

A. realis

D GCL
A

C. 1137601
t. 110084

LIMONES ÁGRIOS.

Esta obra es propiedad del autor,
que se reserva todos los derechos.

LIMONES ÁGRIOS,

COLECCION

DE

CUENTOS, CUADROS Y ARTICULOS PARA ALEGRARSE,

Y SOBRE TODO PARA RABIAE,

POR

D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

APROBADA POR LA CENSURA.

Noviembre de 1866.



MADRID.

A. DE SAN MARTIN. | AGUSTIN JUBERA.
Pta. del Sol, 6. | Bola, n.º 11.

1866



1003000

LIMONES AGRICOLAS

COMERCIO

COMISIONES, CUANTOS Y ACCIONES PARA APLICAR

Y BORRE TODA HABILIDAD

D. VENTURA RUIZ AGUIRRE

REPOSICION DE LA VENTURA
REPOSICION DE LA VENTURA



REPOSICION

REPOSICION DE LA VENTURA | REPOSICION DE LA VENTURA
REPOSICION DE LA VENTURA | REPOSICION DE LA VENTURA

1003



R.87092

*A los Sres. D. Manuel Sobarinas y Carabias y D. Pea-
mon de Colsa y Pando*

En testimonio de fraternal é inalterable cariño, su
amigo de infancia

EL AUTOR.

700000

En testamento de fecho e inalterable como en
origo de infancia

ET ALIORUM

AL QUE LEYERE.

¿Han de gozar siempre las plantas y las flores el privilegio de ser elegidas para título de libros?... ¡Qué injusticia! ¡Qué monopolio!... Protesto en favor de los pobres frutos, y quiero dedicarles un recuerdo.

No espere el lector que le explique las razones en que me fundo para bautizar y calificar, como lo hago, este producto del jardín—si tan ambiciosa palabra se me permite—de mi entendimiento. Pase los ojos por las páginas que siguen, y las comprenderá: no le haré yo el agravio de suponer que no ha de comprenderlas desde luego: básteme, y aun esto sobra, apuntar la idea de que son de distinta naturaleza: unas,

puramente literarias; otras, filosóficas y morales.

¿Qué derecho tienen las flores sobre los frutos, para ser eternamente preferidas á ellos en las exposiciones que con frecuencia ocupan los escaparates y los estantes de las librerías? ¿Qué digo las flores! hasta los abrojos, hasta los vegetales más dañinos entran en el número de los privilegiados. ¡Mi amigo Rafael García Santistéban tuvo, años há, la increíble audacia de ofrecer al público, y á sangre fria, que es la más negra, un *Ramo de ortigas!*

Siquiera con los limones ágríos puede prepararse un refresco gustoso: verdad es, que se necesita endulzarlo... Lector caritativo, ¿tienes la bondad de prestarme un poco de azúcar?

Octubre de 1866.

PROFESION DE FÉ.

Grandes impulsos hemos sentido de arrepentimiento antes de tomar la malaventurada pluma en nuestras manos; pero, como quiera que uno de los pecados más frecuentes que en el día comete todo bicho vivo es el de alimentar el cólera periodístico, nosotros, como pecadores, no hemos podido resistir á la tentacion de vernos en letras de molde, que es lo mismo que si nos viéramos en berlina. Porque ¿cómo agradar á todo el mundo? ¿Qué haríamos, ¡pobres de nosotros! para evitar las mil murmuraciones, las mil censuras, las mil risas, de ese gigante llamado *público*, que tiene tantos caprichos como cabezas, tantos antojos como una coqueta?—«Escribir bien, se nos dirá, estudiar eso que llamais *caprichos* y *antojos*, y si no, abandonar semejante empresa. El

público que paga, y el que no paga lo mismo, siempre que lea, tiene derecho á que no se insulte su buen sentido, su admirable é instintivo gusto con producciones que necesiten á toda prisa la extrema uncion, so pena de morir, no bien nacidas, sin los postreros auxilios espirituales.»—«Pero eso, contestamos nosotros, es pedir prodigios, imposibles, cosas nunca vistas ni oidas.»—«No es pedir imposibles, se nos replica; lo que yo, que soy el *público*, quiero, es que se me guarden las debidas atenciones; y estas atenciones se me guardan, no olvidando que soy el público de 1849, esto es, un público sin andadores, mayor de edad, ilustrado.»

Ni por esas: nuestra resolucion es inflexible; escribiremos, aunque nadie nos lea; hablaremos, aunque nadie nos oiga; nos distinguiremos, aunque nadie nos vea. ¿Por qué no hemos de contribuir, siquiera con un fósforo, á la iluminacion que presta la gran lucerna del siglo XIX? ¿Vaya si concurrirémos! ¿No faltaba mas, sino que Francia, por ejemplo, Alemania, *verbi gratia*, se quedasen á oscuras por nuestros escrúpulos de monja! Y, sobre todo; ¿qué se diria si no *poetizáramos* un poquito? ¿Qué sería de la calma sepulcral de Cervantes Saavedra, si no hubiese en nosotros, ya que no unos colosos, cuando menos unos conservadores puntiagudos de la lengua

del autor del *Quijote*, de Santa Teresa de Jesus, y de Hurtado de Mendoza?

Repetimos que nuestra resolución es inflexible, y lo demás que ya sabe el curioso lector. Con tales precedentes, permitasenos entrar en materia, que sobra la han de dar, por ejemplo, la literatura, las ciencias, las artes, las modas, la chismografía, las costumbres, los viajes, la poesía, los estudios biográficos, etc., etc. Estos trabajos son, prescindiendo de otras consideraciones, sumamente accesibles á toda clase de personas. Y si no, veamos.

¿Qué es la *Literatura*, en la actualidad? Literatura es... cualquier cosa. Escribamos... cualquier cosa, y habrémos escrito de literatura, y serémos tan literatos que no haya sino colocarnos bonitamente cien codos sobre la Academia Española, y allí nos den todas.

La *Moda* presta sobrada materia al escritor más pedestre. El mundo es un gran taller de sastre, dirigido por el diablo. En este taller se cortan los trages más elegantes, las prendas más acabadas que se pueden imaginar, puesto que en él se reciben del infierno los figurines, y sabido es que el mundo imita al infierno, en punto á modas, como Madrid á París. ¿Se estila en el infierno la hipocresía? Al momento se plaga el mundo de hipócritas, que no lo

parecen. ¿Se estila en el infierno la ignorancia? No se pasarán dos dias, sin que se vean por el mundo millares de ignorantes, con aspecto de sábios. Por lo demás, como dijo mi amigo D. Miguel de los Santos Alvarez:

¡Bueno es el mundo! ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!

¿Pues qué diremos de la *Poesía*? ¿Quién no es poeta? ¿Qué familia hay tan desdichada, que no cuente en su seno una generacion de trovadores, cada cual con su correspondiente misioncita que llenar en esta tierra de garbanzos?

Dicho se está con lo que apuntado llevamos, que nos pondremos á poetas, y que nos creemos con tantas facultades como el que más para contarnos en el número de los consumidores de papel, artículo cuya escasez ha de ser extrema andando el tiempo, á no ser que se nos caiga como llovida del cielo alguna ley marcial, contra los *génios* al uso.

¡*Costumbres!* ¿Cómo no hemos de hablar de costumbres, siendo ellas tantas y tan puras? ¿Ni qué cosa más fácil de tratar por cualquier escritor, no decimos conociéndolas, sino aunque así las conozca como ahora se conoce la cuadratura del círculo? La crítica decente, el buen discernimiento, la filosofía, la *vis* particular para manejar tan delicado asunto,

son dotes, ó comestibles si se quiere, que se encuentran y se compran en el mercado por una friolera.

No menos decididos estamos en punto á *Viajes*. La pobre humanidad, condenada á caminar al través de los siglos como el Judío de los siete clavos, ofrece en su perpétua peregrinacion por la tierra, larga materia de aventuras, de escenas interesantes, de cuadros originales, ya serios, ya festivos, horripilantes unas veces, alegres otras. Á esa gran peregrinacion concurren todas las familias humanas reunidas; es una federacion universal de tribus y de razas. Cada viajero lleva su fardo al hombro; el de unos, es enorme y pesado, á manera de plomo; el de otros, pequeño y leve, como una pluma. El vicio, camina al vapor, bullicioso, jugueton, risueño, bailando, cantando, gozando. La virtud, á paso de tortuga, llorosa, desnuda, hambrienta, suspirando, gimiendo, ayunando. A su paso tropieza la humanidad con países en mil maneras diferentes: aquí, un desierto; allá, una ciudad; aquí, se come á los hombres crudos; allá, se los devora cocidos ó asados; en una parte, una fuente, una cascada, un rio, un mar; en otra parte, un arenal de centenares de leguas, sin una flor, sin un pájaro, sin una gota de agua. ¡Qué mina tan inagotable encierra la palabra *Viajes!*

¿Y la palabra *Historia*? ¡La Historia! Esa gran

verdad, segun unos, esa gran mentira, segun otros, ese *ojo*, *antorcha* ó *testigo* de los siglos, en concepto de muchos, es, en el nuestro, el repertorio dramático más divertido que existe. De él sacaremos varias piezas escogidas, para ponerlas ante los ojos del público. Cuidaremos de que cada actor de ellas salga á las tablas con su traje correspondiente, no sea que se le confunda con otros.

Fuera de lo vedado por la legislacion de imprenta á las publicaciones literarias, no hay cosa que no quepa en nuestro programa, que para eso, además de la osadía, se inventaron el papel, la pluma y el tintero.

Declaramos desde ahora guerra á muerte á todos los abusos, á todos los vicios: en nuestras críticas procuraremos no ver *personas*, sino *hechos*; no escogeremos á este ó al otro individuo con su nombre y apellido, para modelo de un retrato que todo el mundo escarnezca y apunte con el dedo, sino que pintaremos cuadros colectivos, donde cada cual pueda descubrir sus defectos, sus miserias.

No hay para qué justificar el título con que hemos bautizado nuestra obra, por la sencilla razon de que nadie en la moderna sociedad se cuida de justificar el que le distingue; lo cual no impide que muchos

vivan tan sanos y rollizos que es una bendición de Dios. En esto, como en todo, es de necesidad amoldarse al uso corriente, so pena de exponerse á ser ridiculizado. ¡En buen pantano se metería la sociedad, si se preguntase á un mal actor por qué se llama actor, y no *mata-comedias*, á un escribano por qué se llama escribano, y no *escriba* ó *fariseo*, y á un zapatero remendon por qué se llama *artista*! Otro tanto sucede con los títulos de los periódicos. Tal habrá que se llame *La Civilizacion*, debiendo llamarse con más propiedad *Las Tinieblas*; cual habrá que se titule *El Iris*, debiendo titularse con más exactitud *La Calabaza*.

Decir que con esta publicacion no tenemos pretensiones de ninguna clase, sería decir lo que dijo *el otro*, á uno que le daba una propina: *No se canse usted*, y se metía el dinero en el bolsillo.

Pretendemos dos cosas: ante todo, agradecer á nuestros lectores, y despues contribuir, como Dios sea servido, á que se mantenga vivo el movimiento literario que se observa en nuestra pátria.

(LOS HIJOS DE EVA).—1849.

vivir en un mundo y reflexionar que es una condición de
Dios. En este mundo como en otro es de necesidad mol-
darse al uso corriente, ser un de exponerse a ser
revelado; pero bien pronto se ve que la socie-
dad, si se progresa a un mal actor por que se llama
actor y no auto-cómodo a un escribano por que
se llama escribano y no actor a un actor. Es a un
zapatero remendado por que se llama zapatero. Otro
tanto sucede con los títulos de los periódicos. Tal
habrá que se llama La Cruzada, debido a la
manera con que se propaga. Las Ximbras, cual habrá
que se titule El Año, debido a titularse con una se-
ñal La Colaba.

Déjase que con esta publicación no tenemos pro-
posiciones de ninguna clase, sólo se dice lo que dijo
el otro, a uno que se daba una página; No se con-
voca, y se mata el dinero en el bolsillo.
Procederemos de las cosas: esto todo, a saber
nuestros lectores y después contribuir como los
sea escrito, a que se mantenga vivo el movimiento
literario que se observa en nuestra patria.

LOS PRÓLOGOS.

Un jóven, hoy ventajosamente conocido en la república de las letras, casi desconocido hace pocos años, me regaló un ejemplar del primer libro que habia dado á la estampa, á fin de que le manifestase con franqueza y lealtad mi dictámen acerca de él, convencido sin duda de que no desmentiria estas cualidades que, á falta de otras, ciertamente poseo. No me permitieron mis ocupaciones leer la obra con la premura que el amigo deseaba; sin embargo, tampoco lo descuidé tanto, que no pudiera darle un testimonio de que la habia comenzado. Pero no fué precisamente lo que llevo dicho lo que más le extrañó en su segunda entrevista conmigo, sino el oirme que habia dado principio á la lectura por la poesía con que terminaba el volúmen. Hé aquí, en

sustancia, el diálogo que medió entre el novel poeta y yo, con tal motivo.

—He principiado por la última página la lectura de su libro de V., porque lleva al frente un prólogo de agena pluma; y yo, que no acepto celebridades ni críticas impuestas por sorpresa, quise formar mi juicio, antes de revisar el prefacio, cuyo contenido, aunque lo ignoro, presumo que será una alabanza de V. á pedir de boca. ¿Es cierto?

—Sí, señor.

—Pues bien, respetando como acostumbro todas las opiniones, por más que disientan de la mia, creo que lo que se hace con los prólogos en obras de autores noveles es suponer al público, implícitamente, incapaz de apreciar por sí las bellezas y los defectos que contengan; despertar y alimentar en muchos de ellos un orgullo desmedido (que á veces los pierde), sin otro fundamento que la obligada benevolencia del prefacista, y, en fin, descubrir, en muchas ocasiones, no la modestia y la desconfianza del autor en sus propias fuerzas, sino el deseo de encaramarse de golpe y porrazo á un puesto, que únicamente se conquista, por regla general, á fuerza de años, de trabajo y de méritos. Hablar á V. de otra manera sería engañarle, y yo, á sabiendas, jamás engañaré al que apela, confiado, á mi buena fé.

—Nunca abrigué yo las pretensiones á que V. alude; me contestó balbuceando el jóven.

—¿De veras no?

—De veras.

—Pues vaya otra pregunta: supongamos que su padrino de V. hubiese dicho con toda sinceridad (persuadido de que sus palabras eran expresion de convicciones profundas), que la obra de V. es mala de remate ó una pobre cosa; ¿habria tenido V. la sublime, la incomprendible abnegacion de publicar el prólogo?

—Mi interlocutor no supo qué responder.

—No lo hubiera V. publicado; nadie, por modesto que sea, busca voluntariamente heraldos que pregonen sus defectos á són de trompeta; hartas personas hay que se dedican al rebusco, y aun á la invencion de todo lo que tienda á rebajar al prójimo. Seamos francos; lo que ansía el que pide prólogo, por modesto que sea, son elogios, y sino lo es, grandes elogios. ¿A qué negar estas debilidades, tan propias de nuestra flaca naturaleza, que sería milagroso encontrar un hombre exento de ellas?

—Entónces, ¿cómo ha de darse á conocer el jóven que empieza? ¿quién lo presenta al público?

—¿Quién ha de presentarlo? El mismo se presenta, pues supongo que ya anda solo. ¿No camina sin

andadores por el mundo? Pues ¿por qué no ha de caminar por la literatura? Sólo el público tiene derecho á colocar en las sienes de un autor el laurel que se anticipa á ceñirle, ya la lisonja, ya la particular condescendencia. ¿Quiere V. que le diga lo que me parece un principiante *prologuizado*?... Me parece un niño con chichonera: V. sabe lo que es una chichonera y para qué sirve. Citeme V. un prólogo donde no se elogie la obra que va á leerse: el prefacista más concienzudo (y de estos entran pocos en libra), si no halla títulos suficientes para ponerla en las nubes por su mérito literario, ó bien hará un elogio tibio y forzado, citando algo de ella, ó bien dirá que su fondo es altamente moral, religioso, etc., y que los padres de familia pueden y deben, sin el menor escrúpulo, ponerla en mano de sus hijos. ¡Como si la moral fuese el arte! ¡Como si un hombre excelente no pudiera ser un poeta detestable! ¡Qué desengaño y qué castigo, para el que conoce el valor y el alcance de lo que ciertos juicios significan! ¡Medios de darse á conocer! Pues qué, ¿hay autor tan desdichado que, tarde ó temprano, no encuentre un mal semanario, una revista, un periódico político, que le inserten sus elucubraciones? Una produccion, una sola, como sea buena (que no ha de medirse por arrobas el mérito) basta para acreditar

á un poeta, sin necesidad de ser exhibido en espectáculo sobre el pavés de un prólogo, para escamotear aplausos á las gentes. La verdad es, que por cada poeta (*sic*) hay quinientos versificadores vulgares y hasta inmejorables; y como á estos se les oye poco, aunque se desgañiten (porque la voz de la calandria no tiene la extension ni el timbre que la del rruiseñor), se ha inventado el prólogo, especie de porta-voz, por cuyo conducto se anuncia al auditorio que Fulano ó Zutano es un estuche de habilidades: no de otro modo anuncian en las plazas y en las calles ciertos charlatanes (eligiendo por tribuna, ora las ancas de un caballejo escuálido, ora un coche de alquiler desvencijado), que sacan las muelas sin instrumento alguno, y que poseen el famoso elixir de larga vida.

— Yo he publicado más de veinte poesías sueltas, y no he conseguido fijar la atencion sobre ellas.

— ¿Está V. seguro de lo que dice?

— Como de que el sol nos alumbra.

— Ignoro el juicio que V. pueda formar acerca de lo que me ocurre; pero, cualquiera que fuere, no será obstáculo para que yo asegure, á mi vez, sino he de faltar á mi conciencia, que lo que V. ha publicado han sido *versos*, no *poesias*: y versos, más ó

ménos sonoros, más ó ménos tolerables, y aun irreprochables, apenas hay quien no los haga. Yo me comprometo á enseñar en quince dias á mi aguador el modo de hacerlos, y no así como quiera, sino tan bonitos, que al oirlos las mozas se pirren por él, y le sigan como las ovejas al carnero, cuyo cencerro las llama. La cultura actual ha facilitado y difundido mucho los diferentes medios de expresion; de aquí el que las exigencias de la crítica sean tambien mayores que en otras épocas. En poesía, igualmente que en bellas artes, en ciencias y en letras, no se admiten ya medianías: es necesario ser ó no ser, como dice Shakespeare. ¿Comprende V. un poeta sin personalidad propia? ¿Quién conoceria en una coleccion de retratos el de V., si todos los que la compusieran apareciesen de igual tamaño, con las mismas líneas y colorido, en una palabra, con facciones idénticas, ó sin caractéres esencialmente distintos?

—Es imposible hacer nada nuevo. Horacio lo ha dicho: *Nihil novo sub sole.*

—Sobre eso habria mucho que hablar. Yo creo que en el arte, menos aun que en otras cosas, no se ha pronunciado, ni probablemente se pronunciará en tiempo alguno la última palabra. El mundo moral, en el que está incluido el arte, se conserva co-

mo el mundo físico, y se revela como él, por medio de una série de fenómenos, que indican el hecho constante de una creacion jamás interrumpida, sino modificada, á lo sumo. Observe V. los diferentes individuos de una familia: los hijos se parecen á los padres en ciertos rasgos, pero cada uno se distingue tanto de los otros en el conjunto, que no hay temor de confundirlos. Así sucede tambien con las obras del espíritu: se encontrarán analogías de un órden secundario entre dos grandes poetas, *verbi gratia*; jamás una semejanza perfecta en lo principal, en lo importante. Lamartine se parece á fray Luis de Leon, y sin embargo, se diferencian grandemente; Beranger se parece á Quevedo; su estribillo es el de la letrilla del autor castellano, y no obstante, se necesitaria ser ciego para confundirlos. ¿Y esto por qué? Porque todos ellos han traído algo nuevo, algo propio, algo esencialmente individual á la obra humana. Si yo hubiese tenido la honra de ser consultado por V. antes de buscar el prólogo, le hubiera dicho: «no lo pida V., jóven; estudie, medite, escriba y espere, que no por mucho madrugar amanece más temprano; componer poesías no es asar castañas, y á pesar de todos los prólogos del mundo, si V. no sirve para el caso, el rumorcillo del aplauso que hoy le halaga tanto, pasará en breve, y nadie volverá á

acordarse del santo de su nombre.» ¿A mí qué me importa que un prefacista asegure que ahora amanece, cuando estoy viendo la puesta del sol?

—¿Se paga tanto el vulgo de lo que dicen las personas competentes!

—¿Escribe V. acaso para el vulgo? Si así fuese, le compadecería á V.; además, el vulgo tiene anchas tragaderas, y no extraño que comulgue con ruedas de molino; pero yo no reconozco más competencia que la de la verdad; un disparate, disparate sería eternamente, aunque Salomon en persona lo patrocinase.

—Yo he oído ponderar siempre como un acto casi heroico, la conducta del literato de fama que tiende su mano generosa al principiante modesto, y que le.....

—Pero hombre, ¿qué mano generosa, ni qué ocho cuartos? ¡No parece, según el ruido que se mueve con semejantes pamplinas, sino que se trate de algún arco de iglesia! Aquí no hay más heroísmo, que el sacrificio del tiempo que se emplea en emborronar unas cuantas cuartillas de papel, y el sacrificio, frecuente por desgracia, de la conciencia. Por lo demás, tengo para mí que en estos asuntos quien más gana es el prefacista, el cual, entre paréntesis, puede muy bien ser en ocasiones algún literato,

que se meta á protector (pase la palabra) de la juventud, cansado ó imposibilitado de ejercer las funciones de dómine regañon de todo naciente ingenio. Usted irá conociendo el orbe literario, si es que ya no lo conoce bastante, y la experiencia le abrirá los ojos respecto de esta y otras farsas que en él se ejecutan. El prólogo sirve, segun he dicho, de chichonera ó de para-caidas al escritor novel, pero, no lo dude V., á veces sirve asimismo de esponja para borrar pecados añejos del prologuista. Ha repetido usted la palabra *modestia*. ¿Dónde vive esa buena señora? Yo la he buscado en la república de las letras, y casi siempre he visto gazmoñas tapadas con un velo, no tan impenetrable, sin embargo, que dejase de verse detrás de él la vanidad más hinchada; prefiero el orgullo, ese orgullo que se inspira en la conciencia de haber trabajado para conquistar la estimacion pública, por más que alguna vez tenga el dolor de no conseguirlo. A la jóven que es hermosa, bástale presentarse, para que todos, al primer golpe de vista, confiesen sus atractivos. ¿No sería altamente ridículo que la precediese unregonero, gritando, á guisa de chalan que conduce sus bestias al mercado: «¡Miren Vds. qué ojotan vivo, qué cintura tan esbelta, qué aire tan elegante! Pues ¿y esa boquita de risa, y ese cútis de jazmin, y esa ma-

deja de pelo, que de hebras de oro finísimo parece formada?» Una obra literaria, débil ó mala si se quiere, al fin y al cabo no es un crimen, y no siendo un crimen, el jóven que la ha escrito con fé, con cariño y lleno de nobles aspiraciones, puede y debe presentarla, sin bajar la frente y sin ruborizarse.

—Usted habla de jóvenes principiantes, y yo no me refiero exclusivamente á ellos. Autores hay muy provecos y machuchos, que buscan un prólogo casi para cada página que escriben, como se busca un paraguas por si llueve. Y, á propósito, algo bueno tendrá el agua, cuando todos la bendicen.

—Así es, en verdad: autor hay de varios libros, cada uno de los cuales lleva á la cabeza su correspondiente gorro para que no se constipen, ó sea su prólogo, destinado á gruñir contra la literatura actual y contra los escritores que la atmósfera del siglo respiran, esceptuando, por supuesto, al ídolo, en cuya comparacion es el mismo Cervantes niño de teta. Esta prologomanía pesa (diria Victor Hugo), como una especie de *ananké* (fatalidad) sobre algunos escritores, á cuyo *ananké* obedece con mansedumbre su modestia. Yo compezo, no obstante, al escritor que muchos años despues de abandonar la papilla literaria, no sólo necesita andadores, sino que ciñe y ajusta á su fa-

ma, para sostenerla, cuantos aparatos ortopédicos ayudan y facilitan la locomoción.

—Pero es triste cosa que el principiante se exponga á perder, por falta de patrono, cuando dá á luz su primera obra, el fruto de sus vigilias y el dinero que la edicion le ha costado. Supongamos (y desgraciadamente no siempre hay que suponerlo), supongamos, digo, que el principiante es pobre, que ha tenido que sudar la gota gorda para reunir la suma necesaria á la impresion, que publica la obra... y que no la vende. ¿Qué come este infeliz? ¿Quién le regala un gaban? ¿Quién le fia unas botas?

—Si hemos de tratar el asunto en ese terreno, diré á V. que el escritor se encuentra en una situacion análoga á la de cualquier industrial. ¿Qué comen el zapatero, el sastre, el que comercia en vino y el que corta carne, si no despachan sus mercancías?

—Las letras no son artículos de primera necesidad.

—En efecto, no deben asimilarse á ellos; á nadie le ha ocurrido hasta ahora matar el hambre comiendo versos, ni cubrir su desnudez con un pliego de historia en forma de montera. Las necesidades físicas son apremiantes, exigen más pronta satisfaccion que las intelectuales. Pero dejemos esta digre-

sion, que nos separaría mucho de nuestro objeto, y volvamos á los prólogos. El prólogo, tratándose de autores vivos, no puede ménos de ser una apología; si es una apología, no debe aplicarse más que á personas, cuyas producciones sometidas varias veces á la piedra de toque de la crítica durante una dilatada série de años, hayan recibido constante y general aplauso.

—Usted, que tan severo se muestra, no negará que de ese modo se establece un monopolio injusto, irritante, y se usurpa á la posteridad un derecho propio y exclusivo de ella.

—El monopolio existiría, si los autores no se hubieran sometido antes al fallo del público y de la prensa; y en cuanto á lo que dice V. de la posteridad, no siempre comienza el día en que un autor muere: esa respetable señora responde, y anticipa su aparición, cuando las repetidas obras de un autor de verdadero génio han logrado con su poderosa magia invertir las leyes que rigen el curso del tiempo, haciendo que lo que habia de suceder mañana, suceda hoy. Muchos años antes de morir Quintana, habia principiado para él la posteridad.

—Veo que dá V. al prólogo casi la importancia y la gravedad de un delito.

—Es un error; le doy (salvas las escepciones) las

que tiene, las de una engañifa; como sucede con esas damas de pega, que en salones, paseos y teatros parecen ángeles venidos por equivocacion á la tierra, y que, bajo las rosas y los claveles de que las surte el perfumista para sus lábios y mejillas, bajo los postizos que compran al peluquero para su cabeza, y bajo la provocativa morbidez del corsé algodónado y el volúmen del miriñaque, ocultan el color enfermizo del rostro, la calva prematura, la raquitis del pecho, el esqueleto, en fin, de una menguada naturaleza. Para concluir, el prólogo suele ser como el anuncio de un banquete babilónico, en el que las mesas, alumbradas por lámparas y candelabros de oro, estuviesen cubiertas de brillante bagilla y magníficos jarrones de flores, y en el que no se sirviese á los convidados más que un cocido prosáico y vulgar; por principio, sardinas remojadas con un vinillo ordinario, y mal queso manchego de postre.

Después de estas palabras, levantóse mi interlocutor, tendile mi mano, que estrechó afectuosamente, fuése, y me puse á trabajar para ganarme el sustento. ¡Que si quieres! No habrían transcurrido seis minutos, cuando entró en mi despacho otro individuo, que venia con la pretension de que le hiciese un prólogo: era sábado; ¡magnífico fin de se-

mana! El lunes, habia asistido yo á una junta para establecer una sociedad de socorros mútuos de artistas y escritores, y compuesto un epitafio de encargo; el mártes, recibí tres visitas de igual número de personas, que iban á verme; el miércoles, me invitaron para leer versos en una reunion de gente desocupada, y fui á la reunion; el jueves, oí pacientemente, por espacio de cuatro horas, lá lectura de un drama, donde, por fortuna, sólo morian la gramática y el sentido comun; el viernes, tuve que corregir los versos de un individuo, que se empeñaba en trepar al Parnaso, cuando lo que habia que corregir era su entendimiento. La historia de esta semana, es la historia de todo el año. ¡Dios mio, proporcióname una buena renta, ó inspírame el medio de vivir sin trabajar, para dar *gratis* mis escritos y para dedicarme á complacer á todo el género humano!

Inédito. — 1866..

YO ESTOY POR LO POSITIVO.

No vayas á pensar, lector amigo, que el que tiene en este momento la honra de dirigirte la palabra, es de los que están por lo que indica el epígrafe del presente artículo; pues aunque el término con que lo encabezo (llámalo, si quieres, sombrero ó montera) se refiere al individuo parlante, esto es, á mí, has de saber que yo, no soy el *yo* de que se trata, sino el que se aprovecha de una frase que principia con la primera persona del singular del repetido pronombre, para entretener á la segunda, que eres tú, á costa de la tercera, que es el que está por lo positivo, ó sea el positivista; persona á mas no poder, sin embargo de que no falta quien opina que es cosa, porque no puede menos de serlo. Sea, pues, persona en buena hora, y tratémoslo con el respeto

y el cariño que se merece por sus atributos de tal, dejando escrúpulos á un lado.

El positivista disfruta, como cualquier prójimo, el privilegio de comer en plato y de beber en vaso; privilegio que—digámoslo de paso—le conceden á regañadientes los fabricantes de pesebres y de pilones, cuya industria se halla en lamentable decadencia, desde que nuestro héroe sabe y cree que el positivismo es compatible con la racionalidad, el decoro y otras zarandajas.

Entregado en cuerpo y alma á esta creencia, no concibe que haya goces fuera de los que le pinta en su imaginacion la brocha del materialismo, célebre artista del siglo XIX. Una botella de excelente vino, negocios limpios ó súcios que le proporcionen utilidad sin trabajo, un manjar succulento, y si es raro mejor, una habitacion lujosa, una querida ó dos, ó media docena... hé ahí comprendidas muchas de sus aspiraciones sublimes, de sus venturas supremas. Si en su corazon no hay fibra que responda á un sentimiento generoso, es porque los tiempos están malos, y la generosidad es derroche, casi crimen. Si en su cerebro no bulle un pensamiento levantado, es porque su humildad se lo prohíbe: su juicio le dice que los afectos son ilusiones, patarata la fe, el amor mentira; y para que se vea hasta dónde llega

su penetracion, ha descubierto que la amistad es un comercio que debe cultivarse mas ó menos, segun sea mayor ó menor el beneficio *positivo* que deje: de manera, que los amigos vienen á ser á sus ojos pedazos de galena ó de carbon de piedra.

Para encontrar un positivista, no es necesario andar de zeca en meca armados de linterna, como el zascandil de Diógenes en busca de un hombre; pulula por todas partes, existe así bajo los hielos polares, como bajo el sol de los trópicos.

Entablemos conversacion con el primero que se nos venga á la mano: alguno se nos vendrá, mas facilmente que el premio grande de la lotería moderna ó que una comedia regular. ¿No digo? Ya me saluda uno.

—¿Qué hay de nuevo?

—Perdone V., ando de ojéo, sigo la pista á esa doncella.

—¡Acabáramos! Va V. á caza de zangas!

—Es mi fuerte.

—Pero, hombre; ¿es posible que, con cuarenta y nueve años á la cola, continúe V. siendo tan calavera? Siempre en galanteos, siempre en orgías.....

—Eso es decirme indirectamente, que ya debia reducirme al rosario y la bota.

—No tanto; pero la vida que V. trae no es para llegar á muy viejo.

—Al contrario; esta vida me satisface, me engorda y hasta me rejuvenece.

—¿Y qué adelantará con engañar á esa pobre muchacha, á quien conozco y es pura como un lirio, qué sacará con envolverla en las redes de su experiencia mundana, con reducirla tal vez á la vergüenza y á la desesperacion? Porque supongo que no tratará V. de casarse con ella.

—¿Qué es casarme? ¿Soy, por ventura, algun hortera? Primero me arrojaría al Canal.

—Basta, basta; V. me enternece y me persuade. ¿Para cuándo se dejan las coronas y las estatuas? ¿Para cuándo...

¡Calle! Voló el gavilan en pos de la paloma. ¡Ah! yo haré que el hermano de esa jóven, que es teniente de granaderos, corte las alas á semejante pajarraco, antes de que caiga sobre la presa.

Ahora va el lector á hacer conocimiento con don Zoilo Ziruteкас, excelente filántropo, que ha construido el edificio de su fortuna colosal con el oro, la plata y el cobre de los necesitados, á quienes ha socorrido en sus miserias, sin mas ganancia que undocientos cincuenta por ciento... raña, como quien dice. El *Avaro* de Moliere seria un niño de teta, un

hijo pródigo al lado del incomparable Ziruteкас; cuyos consejos, si se solicitasen y él quisiera darlos, derramarían torrentes de luz en varios problemas nebulosos de los que hoy rodean á la ciencia económica. Don Zoilo es la quinta esencia del positivismo. No saludará á un amigo, por no malgastar un movimiento de cabeza, por no despilfarrar una palabra; es el Demóstenes, el Mirabeau del silencio. En sus operaciones usurarias jamás se anda con rodeos, sino que se va derecho al bulto, como los toros bravos, ó al grano, como los gorriones hambrientos, con la certeza de que en negocio en que él tome parte, desde luego puede exclamar, como César: *Veni, vidi, vici*, ó mas vale llegar á tiempo que rondar un año, que dijo el otro. Asegura que es sordo; pero yo creo que lo es sólomente á la voz de la razón, cuando esta no se halla en armonía con sus intereses, y á la desgracia, cuando la desgracia es irresponsable y le pide, aunque no sea mas que un ochavo; pues para el caso, basta que se le pida. Crucemos con él algunas palabras.

— ¡Señor D. Zoilo!

Nada: ¡silencio sublime! Le tiraré por el gaban.

— ¡Eh! Una viuda con cuatro niños muere desamparada en la calle de...

— Agur.

—Señor D. Zoilo...

—Hombre ¿me deja V. en paz? Ya sabe que *yo estoy por lo positivo*, que detesto la conversacion, que el tiempo es precioso.

—Ya lo sé: ¿me compra V. un pedazo de tiempo?

—¿Un pedazo de qué..? A ver, á ver, espíquese V.

La sordera tiene una breve intermitencia: Ziruteкас abre desmesuradamente los ojos y la boca, saca la caja del rapé y toma un polvo.

—Deme V. un polvo.

La sordera de D. Zoilo se reproduce, lo cual coincide fatalmente con la *guardadura* de la caja.

—¿Conque no hacemos nada? me pregunta con candor angelical.

—Mañana (aquí levanto la voz) escribiré á V. por el correo interior, y le hablaré largo y tendido sobre el importante asunto que...

—Mire V. mas vale que se pase por *mi* casa: ¡son tan remolones los carteros!

Ziruteкас quiere ahorrarse la contestacion escrita, por no gastar dos cuartos en el sello de franqueo.

—Corriente, iré á su casa.

Don Zoilo aplica la punta de un mal *coracero* á un soberbio habano que acabo de encender, con el cual se queda, á lo tonto, alargándome aquella, á lo sábio; operacion en la que apenas ganará un qui-

nientos por cero: en seguida me tiende un par de dedos, por no tenderme la mano y se larga con la música á otra parte.

El *estoy por lo positivo* es una bobería, en concepto de algunos; pero en cambio, y váyase lo uno por lo otro, indica un olvido completo de la modestia y de las reglas de buena crianza; porque quien tal frase pronuncia, parece casi como que presume de más avisado y perspicaz que los que le oyen; quien siempre la tiene en los lábios, no expresa con ella precisamente lo que significa, sino estotras ó parecidas ideas:—Ustedes son unos peleles, unos angelitos; yo sé donde me aprieta el zapato; mi penetracion es admirable; á mí nadie me la pega.—Y lo bueno del caso es que muchos de los que blasonan de sagaces, nunca pasan de ser unos desventurados que no tienen sobre qué caerse muertos; lo cual demuestra, que toda su perspicacia sucumbe, cuando no es favorecida por la suerte.

Hay positivistas que cifran toda su gloria en las comodidades personales; háilos que sólo piensan en francachelas y liviandades, como el libertino: quien, se eterniza hablando de *acciones, céntimos, empréstitos, valores y cotizaciones*; quien, revienta caballos y desvencija carretelas, eternamente ocupado ó desocupado en visitas y paseos.

Conozco á uno, cuya insaciable voracidad le hubiera hecho digno rival de Eliogábalo, á vivir en tiempo de este ogro coronado. Mi amigo es hombre sin instruccion alguna, pero se las echa de erudito, figurándose que, para serlo, basta aplicar á tontas y á locas media docena de voces, que suelen poner más en evidencia su ignorancia supina. Lo mismo fué anunciarle mi nombre el criado que me abrió la puerta de su casa la última vez que estuve en ella, salió á recibirme, envuelto en una bata de damasco estampado, cubierta la cabeza con un gorro argelino de paño de grana, armada la una mano con un cerrillero encendido, una botella y una barra de lacre, y con un látigo en la otra.

—¡Paso á la poesía! ¡Viva la literatura! gritó, res-tallando el látigo y tendiéndolo en seguida sobre las inocentes costillas de tres perros como tres elefantes, que de seguro devoraban al día lo que acaso pudie-ra mantener á dos familias pobres.

Los perros agacharon las orejas, y huyeron gru-ñendo, rabo entre piernas, á los aposentos interiores, resentidos, al parecer, de que su dueño mostrase á un extraño, á un intruso, deferencias que general-mente reservaba para ellos.

—Dispense V., amigo mio—prosiguió—que le reciba con esta facha; á saber yo que un protegido

de Apolo habia de favorecer y honrar esta prosáica choza, otra acogida más digna le hubiera preparado. Sin embargo, aun podemos celebrar tan fáusto suceso haciendo una pequeña libacion á Baco, porque debo confesarle que hago tal cual sacrificio al dios de las viñas, divinidad pagana que me los recompensa proporcionándome momentos de alegría. Vea V., estaba lacrando botellas de dorado Jerez! Pero vamos al comedor, V. es de confianza.

Y quieras ó no quieras, me condujo al comedor, templo y al par teatro de sus glorias cotidianas, y me hizo apurar una copa de no sé qué vino.

—Amigo, tengo ya cincuenta años; he logrado reunir una renta que me da lo suficiente para vivir con independenciam, aislarme en medio de la sociedad como S. Pacomio en medio del desierto, y reirme de todo el mundo, el cual se rie, á su vez, de los tontos que se alimentan de sueños y de pensamientos que, por sublimes que sean, de nada sirven en el mercado. En una palabra, *yo estoy por lo positivo*. Dentro de mi concha como una tortuga, contemplo tranquilo el espectáculo de las miserias humanas; y aunque el cielo se venga abajo, no saldré de la indiferencia que forma mis delicias... Dirán que soy un egoista, un hombre sin entrañas... ¡música, música celestial! ¡Estríbillo eterno de la filosofía mendicante!

—En suma, V. reconcentra todo su cariño en el hogar doméstico, en la familia.

—En la familia, exactamente; pues aunque soy célibe, por aquello de *el buey suelto bien se lame*, no puedo dispensarme de simpatizar con esos leales animalitos que ha visto V. en el pasillo, los cuales constituyen mi verdadera, mi única familia. Y, á propósito, voy á declararle todos mis pecadillos; sepa V. que vivo en pleno gentilismo, que mi casa es una miniatura de la Roma idólatra, y si no, á la prueba. ¿Qué vé V. ahí?

Al dirigirme esta pregunta, abrió una de las puertas que habia yo notado en el comedor, y entré en una espaciosa despensa que contendria provisiones para dos años.

—Veo—le contesté—docena y media de estupendos perniles, otras tantas hojas de tocino, enormes atados de chorizos y sobreasadas; racimos de guindillas; dos cabezas, que si no me equivoco son de jabalí; cuatro tinajas de aceite; tres valientes pellejos, generales en jefe del ejército de botellas que en correcta formacion están en el suelo, esperando la hora de derramar su sangre; salchichones, ollas de manteca, excelentes quesos, aceitunas como nueces, tarros de dulce, barriles de escabeche... y qué se yo cuántas cosas más!

—Pues bien, esos son mis dioses penates.

—Observo, no obstante, que con todo su amor á la antigüedad, no hay señales de que profese V. mucho amor á las artes.

—Observacion es esa que dejará de serlo, en cuanto le enseñe mi biblioteca y mi museo.

Introdújome en un lindo gabinete alfombrado, y parándonos junto á un estante no muy surtido, en verdad, de libros, me dijo:

—Tome V. la obra que guste.

Saqué una, y leí, *Arte de cocina*.

—¿Se convence V. ahora de mi aficion á las artes?—me preguntó, con sonrisilla burlona.—¡Vaya otro! continuó, cogiendo el segundo.

Diómelo, y ví en el lomo este titulo: *El Gastrónomo perfecto*.

Examiné la portada del tercero, la cual contenia esta sola línea: *Placeres de la mesa*.

La del cuarto decia: *Arte de trinchar*.

La del quinto: *Lecciones de tauromaquia*.

La del sexto: *Destilador de licores*.

El museo de mi amigo se reducía á una mala copia del *Cuadro de los borrachos*; una cacería, copia tambien, de menos mérito, si cabe, que aquella; cuatro lienzos de frutas, gallinas y palomas con el cuello retorcido, y platos con diversos manjares,

obra todos ellos de algun pintador de burras de leche y de chuferías.

Mi amigo, observando mi admiracion, no cesaba de repetir:

—Esto se llama entenderlo, querido, lo demás es pamplina. Déjese V. de retóricas y de calendarios, dedíquese á negocios de utilidad efectiva, tangible, y echará otro pelo más lucido. Yo he tenido tambien mi alma en mi almarío; he gastado nervios como cualquier hijo de vecino, ideas tan elevadas que se perdian en las nubes; y recuerdo perfectamente que nada sacaba en limpio, y que siempre, por ello, andaba hecho un pelagatos; pero lo que es en el dia, *estoy por lo positivo y sólo por lo positivo*.

El positivismo, como las epidemias, deja por donde quiera que pasa huellas profundas de sus estragos, no perdonando sexos, edades, gerarquías, ni profesiones. La literatura misma, se ha positivizado; y de árbol verde, frondoso y elegante, háse convertido en tronco arrugado y seco, por cuyos vasos apenas circula sávia bastante para alimentar su raquíica existencia. El magestuoso, el elocuente, el abundante idioma de nuestros padres, es un galimatías ridículo, inarmónico, embrollado; una jerigonza compuesta de retruécanos, antítesis, agudezas romas, sales insulsas, sentencias alambicadas ó

traidas por los cabezones, y juegos de palabras, en la cual no se encuentra un pensamiento por un ojo de la cara, ni un chiste natural ni de buena ley, por entrambos ojos. El novelista corta el vuelo á su imaginacion y empobrece la frase, no siempre por ignorancia, sino por cálculo; así es que, en lugar de períodos numerosos y de rumbo, como se usaba en nuestra tierra, en los que puedan lucirse y campear las galas de la lengua, nos da palabrillas con pujos de renglones, su poquito de guion á cada paso, y su mucho de admiraciones y puntos suspensivos. Un ¡ay! ocupa una línea, y vale tanto como una línea llena de letras. (Véanse los diálogos de este artículo). De esta degeneracion literaria ha nacido la *Zarzuela* que conocemos, engendro ruin, producto enfermizo del contubernio del ingenio con la especulacion, del cual ha resultado un repertorio modelo de..... El público sensato llenará este claro.

Pero la *Zarzuela* constituye *lo positivo* de nuestra literatura escénica, y mucha virtud y gran temple de alma, ó posicion muy desahogada, ha de tener el pobre autor que no doble su frente á la necesidad, y que no concurra con su piedra á levantar el monumento de nuestra ignominia.

Ni la santidad del amor se libra de la influencia del positivismo. Para contraer un lazo que decide

de la suerte de toda la vida; ¿qué persona hay ya tan cándida, que se tome la molestia de consultar su corazon y su conciencia? ¿Quién tan ignorante, que no sepa que un buen dote es la base mas sólida de la tranquilidad y de la dicha conyugales? Cierto es, que en ocasiones, si se verifica el enlace, uno de los cónyuges apalea al otro con lo de si aportaste ó no tanto ó cuanto al matrimonio, si te casaste ó no por amor; añadiendo, para amenizar la fiesta, interjecciones y dictados que todavía no se permiten en los diccionarios y que se conservan por tradicion oral; pero esas son tempestades que, como todas, suelen pasar pronto, si pasan; y nunca es mas hermoso el cielo doméstico que cuando aparece el arcoiris de la reconciliacion, despues de una hora de voces, chillidos, amenazas, cachetinas, repelones, pataletas y lloriqueos, oidos y á veces presenciados con apacible satisfaccion por el curioso vecindario, ó al menos por tal cual inquilino aficionado á tan divertidos espectáculos; de donde resulta, que si bueno era el *contigo pan y cebolla* de los románticos, bueno y bonísimo es el *estoy por lo positivo* de los novios que hoy se estilan.

El positivismo hace que el jóven fresco, entero y sano, se una con la anciana marchita, achacosa y derrengada como silla vieja; que el periodista que

quiere medrar, venda á todo el mundo su pluma ramera; que se mire con desdeñosa compasion al que tiene la osadía de creer en los afectos nobles y delicados, á los cuales pospone los que dominan en gran parte de los hombres entre quienes vive; y, finalmente, que el chalan político se encumbre, y se arrastre en la miseria el que mira la política como una especie de religion.

Ahora podria yo exclamar con el orador latino: *¿Qua in urbe vivimus?* ¿Qué sociedad es esta, en que lo malo pasa por bueno, por verdadero lo falso, la hipocresía por religiosidad, la virtud por necedad, casi por delito afrentoso?.. Pero no, no haré esta exclamacion, ó por mejor decir, al hacerla sólamente me propuse lucir mi *profundidad filológica*; pues tras de gustarme poco las jeremiadas, no soy de los que suponen que nuestros abuelos fueron unos benditos de Dios, y nosotros unos tales y unos cuales, dignos de sufrir, por nuestros vicios, la suerte de los habitantes de Sodoma y Gomorra.

Conste, pues, que el positivismo es, ni mas ni menos, una moda que pasará, sin remedio; y el positivista uno de los tipos mas curiosos, si no menos dañinos de nuestros dias.

DOS DE MAYO DE 1808.

I.

El fúnebre clamoreo de las campanas, desparramándose por el viento el día dos de Mayo, evoca en nuestro espíritu las glorias y los dolores del pueblo generoso que, hace medio siglo, se ofreció en holocausto á la patria, vilmente hollada por planta extranjera, escribiendo al mismo tiempo con la sangre preciosa de sus hijos la primera página de la redencion española.

Bonaparte conocia que sólo la astucia, el disimulo y el engaño podrian tal vez domeñar á esta nacion, heróica entre todas las naciones heróicas del globo; y fingiéndose amigo, y bajo pretesto de pasar á Portugal, renueva la invasion de Carlo-Magno,

olvidando la historia de Roncesvalles, y lanza de las cumbres de los Pirineos la flor de sus ejércitos, al mando de los capitanes más famosos del siglo. Merced á esta cobarde traicion, nuestras plazas fuertes quedaron convertidas en nidos de aquellas águilas hambrientas que se habian cernido sobre las viejas Pirámides de Egipto, sobre las llanuras y las montañas de Europa, y que esperaban el momento de caer sobre la codiciada presa que habia de formar parte de la monarquía universal, soñada por el gran bandido.

Aherrojada sin lucha la nacion española; atraidos alevosamente á Francia el monarca, el infante don Carlos y los reyes padres, y huérfana de proteccion, porque la Junta Suprema, único poder que la gobernaba, carecia de dotes de civismo, de inteligencia y energía á la altura de las circunstancias, devoraba en silencio su afrenta y su amargura, é iba á ser borrada del catálogo de las naciones independientes, si no se salvaba por sí misma, haciendo un esfuerzo sublime que recordase las glorias de Covadonga.

Y esa hora habia llegado. Los ánimos andaban inquietos; el ódio, reconcentrado hasta entonces, ya mal reprimido, revelábase á la luz del día en todas partes y en todos los semblantes; el nombre francés

era maldecido de un extremo á otro de la Península, y todos los oídos percibían esos rumores vagos, sordos, incesantes, inesplicables, que preceden á las tormentas populares. Pero donde la fermentacion llegaba á su colmo y el sufrimiento no conocia ya límites, era en la capital del reino, en cuyo recinto é inmediaciones habia agolpado el usurpador sesenta mil combatientes, los soldados más aguerridos del mundo.

De repente cunde la noticia de que Murat, gran duque de Berg, va á presentar á la Junta una carta de Carlos IV dirigida al infante D. Antonio Pascual, presidente de la misma, ordenándole que al punto disponga que salgan de España la reina de Etruria y el infante D. Francisco de Paula, fijando para ello el dia 2 de Mayo. En cuanto á la primera, hija del anciano monarca, amiga del privado y de Francia, al púeblo le era indiferente; pero no así respecto de la del segundo, como muy pronto vinieron los sucesos á demostrarlo.

II.

Era el dia 1.º de Mayo de 1808. Murat habia dispuesto, segun costumbre, para amedrentar al

pueblo, pasar revista á sus tropas en el Prado, como la pasó, en efecto, despues de oír misa, por ser domingo, en el convento del Cármen. Siempre habia acudido gran concurrencia á las revistas, aunque más por mera curiosidad que con deliberada intencion de mostrar claramente el desprecio profundo que le inspiraban tan belicosos alardes. Al volver Murat al interior de la capital, entre el estruendo armonioso de las músicas militares, rodeado de generales y seguido de su ejército, cuyas armas y uniformes brillaban al sol como un rio de plata y oro, todas las calles del tránsito se hallaban obstruidas por un gentío inmenso, pero silencioso y amenazador como nunca.

Si se oía tal cual palabra, pronunciábanla los lábios de algun hijo del pueblo madrileño, que, para revelar el ódio que hervia en su corazon, no usaba de pavorosas exclamaciones, ni de trágicos ademanes, sino del picante y expresivo gracejo que le es propio. Murat habia atravesado la calle de Alcalá, sin accidente que digno de mencion sea; cuando al desembocar dos ayudantes en la Puerta del Sol, llena tambien de damas y currutacos, de majos y artesanos, de casacas y pelucas empolvadas, de berlinas y forlones, una manola, que llamaba la atencion así por su provocativa hermosura, como por su rumbo

y singular donaire, plantóse en medio del arroyo con los brazos en jarras.

Iba Maruja—que tal era su nombre—de manga corta, luciendo un brazo que envidiaría la misma Vénus; y llevaba en la cabeza una peineta de plata derribada á la izquierda, detrás de una espléndida rosa de Alejandría y de un ramo de jazmines, flores que igualmente ostentaba prendidas en medio del levantado pecho. Un corpiño de raso negro con hombreras de madroños y bellotitas de pasamanería, saya corta de la misma tela con iguales adornos y largos flecos de seda, media calada y como el ampo de la nieve, ceñida sin la más leve sombra de arruga á una pierna soberana, cuyo pié, artísticamente modelado, parecia de una niña de doce años; zapato bajo, de tabinete, con escarapela rizada, y una ancha tira de terciopelo por mantilla, terciada á manera de banda, componian el traje de la airosa madrileña.

Uno de los ayudantes, porque el otro ya corria por la calle Mayor, tuvo que sujetar un momento el caballo para no atropellar á la manola, quien aprovechando la ocasion, acercóse al oficial y le dijo:

—¡Agur, monsiú!

Y volviendo la cabeza á los circunstantes, añadió:

—¡Sobre que se le han encandilao los ojos á esta criatura! Dígale su mercé á su amo don Morral ó



Murat, ó como se yame, cay una rial moza que le requiere. Con que, repitiendo: ¡agur y mandar, monsiú! me recopilo á los piés de su mercé.

Hízole una reverenda cortesía, y tornó á su sitio entre los aplausos de la multitud que, saliendo de su silencio sombrío, y alentada con el ejemplo de Maruja, no bien distinguió á Murat, lo saludó con una silba, que no la oyó tan estrepitosa en plaza alguna el toro más marrajo. El gran duque, tal vez por convenirle entónces evitar que semejante demostracion adquiriese otro carácter, pues la prudencia no era virtud que le fuese muy familiar, sufrió sin alterarse aquella carrera de baquetas, jurando, no obstante, en su interior, vengar tamaña afrenta con un escarmiento que horrorizase al mundo.

III.

¿Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolacion habrá que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?

(Juan Nicasio Gallego.)

A las ocho de la mañana del dia 2, hallábanse en el cuarto bajo de un viejo casucho de la calle de

Lavapiés tres personas, á una de las cuales ya conocemos, pues era la tentadora Maruja en cuerpo y alma, ataviada lo mismo que en la víspera, y mirándose á un pedazo de espejo medio desazogado, indigno ciertamente de reflejar la soberbia belleza de la gentil manola, que sin duda se preparaba á salir á la calle á conquistar voluntades y robar corazones.

Al pié de la reja estaba sentado su padre, el señor Geromo, hombre de pelo en pecho como suele decirse, moreno como un gitano, de unos cincuenta años de edad, pero robusto, recién afeitado y recién peinadas las estrechas y rectas patillas de cuatro dedos de largo, camisa de chorrera, sombrero apuntado, larga coleta, chupa de seda de color de leche, bordada de flores amarillas y lentejuela, cascaca morada, calzon negro de pana, medias de estambre azul, zapatos con hebillas, y cubriendo toda su respetable persona, una capa de tela color de chocolate, con esclavina cortada á picos. El señor Geromo parecia por su traje y su gravedad, todo un corregidor.

Acompañábales Lagartija, el pretendiente de Maruja, mancebo conocido en Lavapiés, en el Rastro y en Maravillas; menudo y listo como una ardilla, gran jugador de naipes, maestro en el manejo de la navaja, y valiente hasta rayar en temerario. Ningun-

no de sus compañeros punteaba mejor una vihuela; pocos entonaban con la gracia que él una copla, y no habia nacido en *el universo mundo* quien le echase el pié delante en esto de bailar unas boleras. Amaba á Maruja como á las niñas de sus ojos, á pesar de los desdenes de ésta, que picaba más alto; y aunque aborrecia, como ella, á los enemigos de su patria, pues era español hasta la médula de los huesos, por ella habria sido capaz de *pasarse al francés*, sacrificio el más heróico que un verdadero español pudiera concebir en aquellos aciagos dias, cuanto más llevar á efecto.

La mañana estaba deliciosa, despejado el cielo, y alegres pajarillos, tendiendo sus alas por el aire tibio, inundado de luz y de perfumes, iban de vez en cuando á posarse en los rosales y enredaderas de la reja, saludando con sus gorgoros á la reina de las manolas, que cuidaba por su mano á dos tórtolas colgadas en jaulas de mimbre, en las cuales ponía comida bastante para estas y para las aves que del campo acudian á visitar á sus cautivas compañeras.

Lagartija preludiaba una tocata en la vihuela.

El señor Geromo, apoyado un codo en la mesa de pino que á su lado tenia, y la cabeza en una mano, como quien á sérias meditaciones se entrega, ha-

cia rato que callaba; cuando levantándose de repente dijo, encarándose con Lagartija :

—Dígame, Manolo, que los españoles de estos tiempos no tenemos el aquel de los antiguos, y que semos unos gayinas; con mucho del pico y mu poca de la virgüenza.

—Señor Geromo—respondió Lagartija, colgando la guitarra en un clavo romano—los españoles del dia tenemos tambien corazon á la izquierda, y en *quantis* sofresca la casion... ¡no igo más!

—Pues ya esa casion ha yegao. Murat mandó anoche á decir á la Junta que hoy mismo proclamará á Cárlos IV, si no le entriega el infante D. Francisco pa invarlo á estranjis. Y es sugeto abonao pacerlo, y golverá á traernos al favorito Godoy, que Dios confunda, y ayá serán capaces de apretarle el goyete á Fernando. Ya no pué uno ser güeno. Esos perros quien sangre, y se van á encontrar con la horma de su zapato.

—Del dicho al hecho hay mucho trecho, señor Geromo; y si en la Junta hubiese hombres de corazon y patriotas, no quedaba francés pa contarlo, que bien lo merecen. ¡ Si no tien religion ! ¿ Le paece á su mercé que no hay en Madrí quien se trague la artiyería que tiene Murat en el Retiro, y la Guardia imperial, y la division de infantería de Meynier,

y la division de cabayería, con cabayos y todo?

—No te dejes en el tintero las tropas acantonás en San Bernardino, en el Pardo, en Chamartin, en Fuencarral, en Pozuelo, en Toledo y en Segovia; porque esos marditos de cocer son mas que las hormigas del campo y las arenas del Manzanares.

—Lo malo siempre abunda.

—¿Y qué guarnicion tiene la Junta en Madrí? Tres mil hombres, y á esos no les dejan pasar de la puerta de los cuarteles.

—Porque la Junta y los gefes de tropa estarán vendíos al francés; observó Maruja, calzándose un zapato.

—Y el pueblo ¿qué hace?—preguntó el señor Geromo—dir de dia á las mojigangas de las revistas, á ver á esos musulmanes de mamelucos, y de noche á la ritreta.... ¡Si mandase este cura!

Á las ocho y media entró Juanelo, carnicero con tabla en la Plaza de la Cebada, en mangas de camisa, sudando á chorros, jadeante, mas sofocado que un horno y con los ojos saltándosele de las órbitas.

—¿Qué hay, Juanelo? preguntaron á un tiempo el señor Geromo, Lagartija y Maruja.

—Que estamos perdíos: la Plaza de Palacio está yena de gente, porque á las nueve se nos van á yevar las presonas riales.

—No pué ser, dijo con aplomo Lagartija.

—He visto yo mismo los coches.

—Serán pa la reina de Etruria y sus hijos: váyanse benditos de Dios, y así cargue con eyos el diablo; exclamó el señor Geromo.

—Es que tras eyos, irá el infante D. Antonio, y tras el infante D. Antonio, el infante D. Francisco...

No bien pronunció Juanelo el nombre de este último, el señor Geromo entró en la alcoba, saliendo cuatro minutos despues con un trabuco para él, y un par de pistolas que distribuyó entre el carnicero y Lagartija, dando á Maruja una tremenda navaja, que con trabajo acomodó ésta en un bolsillo disimulado del corpiño, no sin aflojar algo las costuras el volumen del instrumento.

Armados de esta suerte, el señor Geromo dijo á su *ejército*:

—Andando se quita el frio: vamos, hijos, que hoy va á ser día grande.

Y se dirigieron los cuatro á la Plaza de Palacio, punto en el cual iban desembocando por diferentes avenidas los habitantes de la córte, atraídos por las siniestras noticias que de muy temprano corrian de boca en boca, y que acababan de colmar la copa del sufrimiento. Cuando llegaron á la Plaza de Palacio, apenas se podia dar un paso por ella. Hombres, mu-

jeros y niños de todas clases y condiciones habian acudido allí como si los hubiesen citado.

Ya no cabia duda acerca de la próxima salida de las personas reales: allí estaban, segun el anuncio de Juanelo, los coches destinados al objeto, y allí una gruesa escolta de la Guardia imperial, que en vano intentaba despejar el sitio. El pueblo clavaba tristemente la vista en las puertas del régio alcázar, y mas de un ojo centellante acechaba por entre el embozo de la capa y el sombrero apuntado los movimientos de la escolta, como si esperase una imprudencia, una amenaza, un movimiento cualquiera, más ó menos plausible, y estos nunca faltaban, para arrojarla á ella, y combatirla, y anonadarla.

La reina de Etruria y sus hijos subieron á uno de los coches, saliendo de Palacio á eso de las nueve, sin que se levantase ni una sola voz en su favor: bajaron en seguida los infantes don Antonio, presidente de la Junta Suprema, y D. Francisco de Paula; y á la presencia de este último, que se hallaba en los primeros años de la infancia y era idolatrado de aquel mismo pueblo, que veia correr lágrimas abundantes de sus ojos, negándose á subir al carruaje, propagóse por la multitud una agitacion instantánea como el relámpago; bastando solamente el trémulo acento de una pobre anciana que, levantan-

do al cielo sus descarnados brazos, dijo: *¡Que nos los lleven!* para que millares de bocas respondiesen con un grito frenético de furor, repetido un instante despues por Madrid entero que, como dice un poeta (1).

Al águila imperial abrió una herida
Por do se desangró todo el imperio.

Lánzase la multitud á cortar los tiros de los coches, y la escolta hace una descarga contra ella. Á la vista de los cadáveres, el entusiasmo y la rabia exáltanse más y más, y el pueblo, embravecido, aunque indefenso, empeña desigual combate con los vencedores de cien pueblos.

El señor Geromo habia logrado, á fuerza de empellones, colocarse con *su ejército*, como él llamaba á los tres que con él salieron de su casa, detrás de la escolta, y tan próximo á los caballos, que mas de una vez le cruzaron estos el rostro con la cola.

El ejército del señor Geromo, respondió unánime al grito de la vieja, no sólo con los de *¡Muera Napoleon!* *¡Viva Fernando!* y *¡Viva el infante don Francisco!* sino con hechos.

Maruja, que con la irresistible fascinacion de sus

(1) Ribot Fonseré.

ojos atortolaba á un soldado de la Guardia, que medio le chapurraba momentos antes una declaracion de amor y habia inclinado un poco el cuerpo hácia ella desde su caballo para besarla, contestó al francés hundiéndole la navaja en el corazon.

El cuerpo del ginete cayó desplomado á los piés de la manola; ésta, apartando sus ojos preñados de lágrimas, porque nunca habia tenido espíritu ni para ver matar una gallina, huyó clamando:

—¡Santa Virgen de la Almudena, recibe su alma!

El trabuco del señor Geromo derribó otros dos soldados.

Lagartija, viendo caer á sus plantas un pobre anciano herido, se plantó de un brinco en las ancas de un caballo, y doblando su cuerpo flexible como el de una culebra, metió la cabeza por debajo del sobaco del ginete, encaróse con él, y mientras con la mano izquierda le atarazaba el brazo del mismo lado, con la derecha le puso la pistola en la boca, murmurando al dispararla:

—Toma confites, cobarde mataviejos; pero no se lo cuentes á nadie, no me yamen afrancesao.

Y de un salto se echó á tierra, poniendo luego piés en polvorosa, para repetir la escena en otro punto.

Del carnicero, no se diga. Despues de quemar los cartuchos que llevaba, comenzó á descargar puña-

das homéricas á diestro y siniestro sobre los soldados de la escolta. Juanelo era hombre de naturaleza hercúlea, talla jigantesca, músculos de hierro y corazón de diamante. Habia cogido un par de guijarros angulosos y cortantes, con los cuales sus brazos de cíclope, girando rápidamente como las aspas de un molino de viento, hundian costillas y magullaban brazos, como si estuviesen armados con una maza de hierro.

Estos hechos pasaron en menos tiempo del que se necesita para narrarlos; y en verdad que, por triste que sea confesarlo, eran escaso premio á las feroces hazañas de los usurpadores, los cuales, en tanto, se cebaban en una multitud inerme é inocente.

Murat, que se hallaba alojado en la casa del favorito, á espaldas de Palacio, noticioso de lo ocurrido, inmediatamente destacó al sitio de la refriega un batallon con dos cañones que, sin intimacion prévia, hicieron fuego despejando la plaza, pero con gran pérdida de hombres.

Poco despues, todas las tropas francesas que guarnecian la córte, y las acantonadas en los pueblos circunvecinos, se fueron posesionando de las calles y puntos principales, dando continuas cargas á los madrileños que, lejos de abatirse, oponian la resistencia mas obstinada que tal vez habrian encon-

trado en sus campañas los soldados de Bonaparte.

«Viéronse, dice un historiador, jóvenes resueltos, sin mas armas que un puñal ó un palo, arrojarse con el mayor denuedo á los franceses, y morir contentos despues de haber atravesado á dos ó tres de estos: otros, desde las esquinas, asestaban sus tiros contra los edecanes que conducian órdenes, y entorpecian las comunicaciones del enemigo: otros, reunidos en corto número, hicieron retroceder grandes masas de caballería: los albañiles, desde la altura de las obras en que les sorprendió el movimiento, lanzaban sobre los enemigos cuantas materias tenian á mano. Las mujeres, desde los balcones, arrojaban tiestos, ladrillos, piedras y agua hirviendo sobre las tropas francesas que recorrían las calles, y hasta los niños tomaban parte en esta heróica lucha; y así se vieron muchos descalzos de pié y pierna, que á diez pasos de distancia tiraban piedras cara á cara á los dragones formados en escuadron. Cien combates se traban á la vez en distintos puntos. El ódio de los españoles es, sobre todo, inexorable contra los mamelucos que caen en sus manos, ansiosos de herir con un solo golpe un francés y un musulman.»

Los franceses no estaban ociosos; al contrario, la vista de la sangre aumentaba su crueldad hasta un punto increíble. Reunidos los que guarnecian la córte

con los que llegaron de fuera, á los tiros aislados de los madrileños contestaban con sesenta mil bocas de fuego, que si arrancaban gritos y ayes de consternacion en ánimos apocados, en pechos varoniles acrecentaban el ardimiento y la sed de venganza, manifestándose estos sentimientos en frases, al parecer sencillas, pero de significacion funesta.

Al pasar por la calle Mayor una patrulla de seis granaderos, que en la misma calle habian degollado á dos infelices mujeres, paráronse á descansar y á limpiarse el sudor que por sus atezados rostros corría: en este momento, Juanelo, que con dolor habia presenciado los asesinatos, se asoma al balcon de un piso tercero, y volviéndose al señor Geromo, le dice:

—Esos muchachos tienen sed.

—¿Quieres que les demos agua? pregunta el padre de la manola.

—Sí, ayúdeme su mercé; responde el carnicero, señalando un grande armario.

Cogen entre los dos el macizo y pesado mueble, y saliendo al balcon, lo dejan caer á plomo sobre la patrulla, gritando Juanelo:

—¡Agua va!

—¡Dos por dos! respondió el señor Geromo. Nada nos deben.

Dos franceses quedan aplastados, y los restantes huyen despavoridos, porque empezó á llover de otros balcones un diluvio de piedras y de balas sobre ellos.

Lagartija, escondido detrás de una puerta entornada en la calle del Arenal, pinchaba á todo francés que por allí pasaba desperdigado. Ya no tenia la pistola con que lo vimos en la Plaza de Palacio. Habría perdido sin duda en la brega; pero en cambio, llevaba un largo chuzo, regalo inestimable con que le obsequió un herrero de Puerta de Moros.

En el momento de soltar el señor Geromo y Juanelo el armario, acercábase medio beodo y tambaleándose, un granadero que cometió la vileza de dar un bofeton á una pobre señora porque le tropezó en la acera. Obsérvalo Lagartija, espera que el granadero se acerque más á la puerta, verificado lo cual empuña con fuerza el chuzo y atraviesa con él de parte á parte al enemigo, diciendo:

—Véte á dormir la mona.

Lafranc, general de brigada, sabe que uno de los puntos más importantes, ó á lo menos de aquellos en que la resistencia parecia formidable, era el llamado Parque de Artillería, sito en el barrio de Maravillas, calle de San José, el cual, en suma, no era sino una casa sin grandes obras de fortificacion; pero que,

merced á sus bravos defensores, reducidos á 33 hombres del regimiento de Voluntarios del Estado, 14 artilleros, la mayor parte inválidos, y algunos paisanos y mujeres, al mando de los capitanes don Luis Daoiz y D. Pedro Velarde, secundados por el teniente D. Jacinto Ruiz, habíase convertido en fortaleza casi inespugnable. El general francés corre, pues, sin detenerse al Parque, al frente de las tropas acantonadas en San Bernardino, y es recibido con un fuego tan horroroso como certero, que sembró el espanto y la muerte en las columnas francesas. Desgraciadamente, cuando ya los restos de estas comenzaban á desmayar apelando á una fuga vergonzosa, una bala hiere en un muslo al intrépido Daoiz, quien, mas atento á la comun salvacion que á su propia vida, continúa en medio de una nube de fuego y de metralla á la cabeza de los suyos, dispuestos á sucumbir entre sangre y escombros, antes que rendirse. Pero sus esfuerzos y su abnegacion iban á ser inútiles, porque ya faltaban municiones. Velarde pudo recoger un cajon de piedras de chispa; agotáronse tambien estas muy pronto, y ya no quedaba más esperanza que la de una muerte gloriosa, cuando el enemigo enarbola bandera de paz y pide parlamento. Replegados al interior del edificio los valerosos patriotas que lo defendian,

Daoiz, que cada vez iba perdiendo más sangre, pero á quien el espíritu le sostenia firme en la pelea, quedóse en medio de la calle casi solo, apoyado en un cañon y espada en mano. Entonces Lagrange se acerca al bravo español, y, pretestando parlamento, levanta el sable para herirlo. Daoiz castiga su cobardetraicion con una estocada; pero carga sobre él una turba de enemigos, que lo dejan en tierra acribillado de heridas, á las cuales sucumbió algunas horas despues.

No tuvo más fortuna su compañero Velarde, quien, al salir del almacén del Parque, donde habia ido en busca de municiones, fué mortalmente herido de un pistoletazo por la espalda.

¡Así perecieron estos dos mártires de la Independencia española, cuyo heroismo llenó de asombro aun á los mismos enemigos de la patria, y cuya fama y grandeza irán creciendo con el transcurso de los siglos, para ejemplo de las generaciones venideras!

Lejos de terminar con estas catástrofes la lucha, seguia más encarnizada: la insurreccion era general, tomando parte en ella todo el pueblo, y reemplazando las mujeres á los hombres, en los puntos de más peligro, cuando estos sucumbian. Madrid renovaba los prodigios de Numancia y de Sagunto, ardiendo

en deseos de acabar con el extranjero, que profanaba la santidad del hogar doméstico esterminando sin piedad, mancebos y doncellas, ancianos y niños, sacerdotes y magistrados, y entregándose, además, al incendio y al saqueo.

El pueblo, como hemos dicho, no cedia, y mucho menos contemplándose vencedor; sólo á la voz de los ministros de la Junta, que salieron por las calles agitando pañuelos blancos en señal de tregua, según lo convenido con Murat que habia propuesto este medio, más que compadecido de tanta desgracia, temiendo quedar vencido y derrotado en la demanda, sólo á la voz, repetimos, de aquellos ancianos que iban gritando: ¡Paz! ¡Paz! por todas partes, amansóse como por encanto este pueblo indomable al poder de las armas extranjeras.

IV.

«¡Ah! ¿qué te hice?»

(Esclama el triste, en lágrimas deshecho);

Mi pan y mi mansion partí contigo;

Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,

Templé tu sed, y me llamé tu amigo;

¿Y ahora podrás pagar el hospedaje

Sincero, franco, sin doblez ni engaño,

Con dura muerte y con indigno ultraje?»

(Juan Nicasio Gallego).

¡Héroes de Mayo, levantad las frentes!

Sonó la hora, y la venganza espera;

Id, y hartad vuestra sed en los torrentes

De sangre de Bailén y Talavera.

(Espronceda).

Faltaba á la negra historia de Murat un epílogo digno, y él mismo lo escribió con las manos ensangrentadas, mientras los madrileños se retiraban pacíficamente á sus hogares, descansando en la fé de un extranjero; sí, hasta en la fé ¡tanta era su lealtad! de un extranjero como el duque de Berg, cuñado de Napoleon. Hélo aquí, copiado *literalmente* de un documento de aquel dia:

«Soldados: la poblacion de Madrid se ha sublevado, ha llegado hasta el asesinato. Sé que *los buenos españoles* han gemido de estos desórdenes: estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no

desean más que el crimen y el pillaje. Pero la sangre francesa clama por la venganza: en su consecuencia, mando lo siguiente:

Art. 1.º El general Grouchi convocará esta noche la comision militar.

Art. 2.º Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano, *serán arcabuceados.*

Art. 3.º La Junta de Estado va á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes, que despues de la ejecucion de esta orden se hallaren armados ó conservaren armas sin una permision especial, *serán arcabuceados.*

Art. 4.º Todo lugar donde sea asesinado un francés, *será quemado.*

Art. 5.º Toda reunion de más de ocho personas, será considerada como una junta sediciosa y *deshecha por la fusilería.*

Art. 6.º *Los amos quedarán responsables de sus criados; los gefes de talleres, obradores y demás, de sus oficiales; los padres y madres, de sus hijos; y los ministros de los conventos, de sus religiosos.*

Art. 7.º Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos y manuscritos provocando á la sedicion, *serán considerados como unos agentes de la Inglaterra, y arcabuceados.*»

El bando se ejecutó á completa satisfaccion de Murat. Todo comentario es ocioso.

El presidente de la comision militar, era un español, sin duda *de los buenos*, el capitan general don Francisco Javier Negrete.

Numerosas hordas de asesinos extranjeros, beodos y desenfrenados, recorriendo y registrando en las sombras de la noche las calles y casas de la capital, sacrificaron en horrible hecatombe ciudadanos indefensos é inocentes, cuyos ayes desgarradores y el *pavoroso estruendo de las descargas que abrian la puerta de la inmortalidad á centenares de víctimas*, eran lo único que interrumpia el silencio sepulcral de aquella noche horrenda (1).

Los combustibles para el gran incendio estaban hacinados: ciento cincuenta mil franceses caminaban, sin saberlo, sobre un volcan, ó si lo sabian aparentaban despreciarlo, ensoberbecidos con la conquista de medio mundo. En tales circunstancias, pues, don Juan Perez Villaamil, fiscal del Supremo Consejo de la Guerra, que para reponer su salud habia ido á

(1) La pérdida de los franceses durante el dia, añade el historiador á que antes hemos aludido, fué de mil quinientos muertos, incluyendo un general de division y más de sesenta oficiales, á los que los españoles persiguieron con más ardor; al paso que la pérdida de los madrileños, segun el expediente formado por el Consejo de Castilla, fué sólo de ciento cuatro muertos, cincuenta y cuatro heridos y treinta y cinco estraviados. Segun el parte de Moncey, se echaron de menos cinco mil franceses; el general Grouchi rebaja la mitad.

Móstoles, sabiendo el estado aflictivo de Madrid, é inflamado por el fuego del patriotismo, toma el nombre de la autoridad municipal del mencionado pueblo, y despacha á todas las provincias de comunicacion segura y expedita el siguiente oficio:

«La pátria está en peligro. Madrid perece víctima de la perfidia francesa. Españoles, acudid á salvarle. Mayo 2 de 1808.—El alcalde de Móstoles.»

Á poco, España toda se levanta como un solo hombre. Los jardines y los bosques sagrados de la patria reverdecen con la fecunda sangre de Mayo, y las viudas y las doncellas y los huérfanos arrancan de ellos laureles y encina, para las trescientas coronas que nuestros abuelos y nuestros padres conquistaron en las trescientas batallas ganadas á las legiones del moderno César.

¡Qué contraste, el del valiente oficio de Villaamil, con la menguada carta que el infante don Antonio, presidente de la Junta, remitió el dia 4 al bailío don Francisco Gil, horas antes de abandonar el pueblo que se habia sacrificado tan caballerescamente por sus príncipes!

«Al señor Gil (decia la carta).—A la Junta para su gobierno pongo en su noticia como me he marchado á Bayona, de órden del rey, y digo á dicha Junta, que ella siga en los mismos términos como si

yo estuviese en ella. Dios nos la depare buena. Adios, señores, hasta el valle de Josafat.—Antonio Pascual. »

V.

El día 3, día también aciago por los fusilamientos de la montaña del Príncipe Pío, no se veían los frescos y olorosos *mayos* que acostumbraban á poner los niños y las jóvenes en celebrad de la Invenzion de la Santa Cruz, en las puertas de las casas ó delante de las paredes de las aceras. Día era de llanto y de oraciones por los que habían muerto en la víspera, y no de tejer guirnaldas de rosas y de azucenas.

Ya no trepaban por la reja de la manola aquellas verdes enredaderas que vestían las barras de hierro; vacías estaban las jaulas de las tórtolas, y ningún pajarillo se acercaba á ellas buscando el grano de trigo ó la rizada hoja de escarola que allí ponía Maruja todas las mañanas. La pobre muchacha, tendida sobre una manta rota, y mal envuelta en una mortaja de lienzo de estopa, apagados aquellos ojos amorosos, encanto y alegría de los corazones,

desmadejada la larga cabellera negra sobre su seno de alabastro, en el que se veía la huella sangrienta de dos manos, era una de las víctimas en que más se había cebado la crueldad de la soldadesca, y una también de las que habían espirado murmurando en su agonía las santas palabras de todos los mártires de aquella espantosa lucha:

—¡Viva España!

Lagartija yacía también cadáver á su lado. No queriendo sobrevivir á su amada, en un raptó de delirio clavóse en el pecho un cuchillo que todavía empuñaba tenazmente su mano crispada, quedándose con los ojos vueltos hácia la manola, y sonriendo sus labios entreabiertos como si la pidiesen el último beso, ó acaso el primero.

El señor Geromo, de rodillas en un rincón de la estancia mortuoria, rezaba devotamente con Juanelo por los difuntos. Concluido el rezo, encendió un cigarro, tosió, escupió por el colmillo, y con acento ronco, pero firme, dijo al carnicero:

—¿Sabes lo que digo, Juanelo?

—Dígalo su mercé y lo sabremos.

—Yo voy ya caminando pa cincuenta años.

—Así lo creo.

—El día menos pensao, estiro la pata y *sansacabó*.

—No hay que cavilar en eso, señor Geromo.

—Pues como digo, voy á sentar praza.

—¡Trempano y con sol! Su mercé está loco.

—Entavía puedo manejar el fusil.

—¿Y en qué regimiento? ¿En voluntarios del Estao?

—¡Quiá! me paso al francés.

—No cuela.

—Como esa luz que nos alumbra.

—¿Se güelve su mercé afrancesao, dempues de haber perdío... ¡Ah! ¡qué animal!—se interrumpió Juanelo, dándose una palmada en la frente.—¡Ya caigo!

—Me hago afrancesao—añadió el señor Geromo, acercándose al oido de su interlocutor—pa matar franceses, sin responsalidá. ¡Si pudiera espavilar á Murat! (1).

—Pues yo, que no tengo ya padre ni madre, ni perrito que me ladre, tamien cambio de camisa. Mañanita á güena hora, á ver al general Morral.

—Aquí espero, Juanelo.

Diéronse las manos los dos madrileños, y al dia siguiente sentaron plaza como afrancesados..... para matar franceses.

(MUSEO UNIVERSAL).—1858.

(1) Don Francisco Alcalá, compatriota nuestro, prendió á Murat que pretendia sublevar el reino de Nápoles, cuyo trono habia ocupado, y que fué **arcabuceado** en Pizzo, siete años despues del **Dos de Mayo**.

TOMANDO EL SOL.

Calle de Toledo. Es una mañana de primavera, de una primavera favorable á los campos, cosa que se conoce en el precio de los comestibles (á seis cuartos la libra de patatas). La tía Pelos vendiendo naranjas, cacahuets, altramuces y chufas; la señá Maruja cosiendo una cincha, y el señor Manuel haciendo calceta, sentados los tres en sus correspondientes sillas viejas, é impidiendo á los transeuntes el paso por la acera, no más que para que por ellos no se pierdan las escelentes costumbres madrileñas.

Pelos.—Vecina (á *Maruja*); ¿ha visto usted á esa fachendona cacaba de pasar? ¡Vaya un meriñaque! ¡Si paece á nuestra señora del pompillo, que rompió el manto haciendo cucharitas y molinillos!

Maruja.—¡Misté que no caigo, vecina!

Pelos.—¿No sacuerda usted de aquella que vendia jabon, y zapatos, y rosquillas, y coliflores el otro año en la esquina de...

Manuel.—¡Quién! ¿Aqueya chupáa que icen que estaba comprometía con el monicipal de la boca

tuerta? ¡Jesús, y qué espelujáa que va, y qué superferolítica!

Pelos.—La misma que viste y calza.

Maruja.—Pues, hija, no sé cómo selas gobiernan algunas presonas pa gastar tanto rumbo y tanta fanfarria de la noche á la mañana, vamos al decir.

Manuel.—Labrá salio algun marío mayorazgo.

Pelos.—¿Mayorasno? ¡Por su puño se coge la espada!

Maruja.—Labrá tocao un terno de la premitiva!

Pelos.—¡Chucho, no te untes! Misté, compadre, yo no soy amiga de mormuraciones, así me salve; pero cuando el rio suena, agua lleva, y no quiero que nenguno salabe de que ma oido de que la tal sa echao como quien dice á la vida airá.

Manuel.—El que quiera honra, que la compre.
(*Cantando*):

A la Habana me voy,
te lo vengo á decir,
que man hecho sargento
de la guardia cevil.

Maruja.—¡Muchacho! ¡Pepico! (*Levantándose asustada, y corriendo á coger á un niño de seis años que está en medio del arroyo, y á quien por poco no atropèlla un caballo*).

Pepico.—¡Gim! ¡gim! ¡gim! (*Llorando*).

Maruja.—¡Calla, arrastráo, que me tienes seca!

Pepico.—¡Gim! ¡gim!

Maruja.—Mira que te pego unos azotes, condenáo.

Pepico.—¡Gim! ¡gim! ¡gim!

Maruja.—¡Toma, toma, berraco! (*Le dá cuatro bofetones en la cara posterior del cuerpo*). Te he de arrancar el pellejo pa correas.

Pelos.—Seña Maruja, deje usted á ese angelito. No sé cómo hay madres que tienen entrañas pa castigar así á los niños.

Manuel.—Tia Pelos, caprendan, pues como dijo el otro la letra con sangre entra y la labor con dolor. (*Pasa un mozalvete, que por mirar al cielo, esto es, á su novia, que está en un balcon, no mira á la tierra, y pisa á Pepico: este da un chillido*).

Maruja.—¿Qué tienes, alma mia? (*Al niño*).

Pepico.—¡Macho pupa!

Maruja.—¿Quién, corderito? ¿Quién te ha hecho pupa? (*Besándole con ternura, y mirando alrededor, como una fiera*).

Pepico.—Ese... ese... (*Apuntando con un dedo al enamorado*).

Maruja.—Oiga usted, seo silbante, tio cursi: ¿no tiene usted ojos en la cara?

El Silbante.—Perdone V. señora.

Pelos.—¡Chufas y tramuces! ¡Ay qué ricos! ¡Naranjaaas! ¡Á cuatro y á dos, á cuatro y á dos!

Maruja (al silbante).—¡Misté qué Dios! Por mirar á aquella relamía.....

El Silbante.—Calle V., señora.

Maruja.—No me dá la real gana.—(*La del balcon se retira y cierra las vidrieras; el amante aprieta el paso, huyendo de la señá Maruja*).

Una Señora (con una niña de la mano).—¿A cómo vende V. las naranjas?

Pelos.—Estas, á dos; aquellas, á cuatro.

La Señora.—Son muy caras.

Pelos (con la dulzura de la tierra).—Pues no las hay más baratas.

La Señora.—Las de á cuatro las pago á dos.

Pelos (volviéndose á Maruja, y señalando á la Señora).—En cuanto ví el viento que soplabá, dije: va á llover.

La señora.—¿Las dá V. ó no?

Pelos.—Llévelas usted de balde: niña, toma este terron de azúcar, te lo regala una probe. (*Da una naranja á la niña, y la Señora la paga*).

Manuel, (cantando):

En este mundo, señores,
quien mal anda mal acaba;

en casa del jabonero,
el que no cae resbala.

Pelos.—¿De verás, señor Manuel? Pues paece mentira.—(*Pasa un correo, y restaña el látigo*).

Maruja.—¡Pepico, lucero, corazon, quítate, correrito!

El látigo.—¡Chis! ¡chas! ¡chis! ¡chas!

Un ciego (con voz gangosa):

Las Julianas son golosas,
las Luisas largas de lengua,
murmuradoras las Blasas,
las Joaquinas callejeras,
las Juanas... ya usted me entiende,
muy bailarinas las Teclas,
y las Petras muy redichas,
y las Conchas zalameras.

Un Alcarreño.—¡Miel de la Alcarria! ¡miel!

Rebuzna un burro.—¡Ahuuu! ¡Ahuuu! ¡Ahuuu!

Pelos.—¿Qué hora es, señor Manuel?

Manuel.—Las tres en burro y sereno.

Pelos.—Entavía es trempano pa comer.

Un Arenero.—¡Azul y blancáaa!

Una Señora (con voz atiplada, desde un sotabanco):
—¡Arenero!

Maruja.—¿De dónde ha salido esa voz? Parece la trompeta del Viernes Santo.

El Arenero.—¿Quién llama?

La Señora.—Al sotabanco.

El Arenero.—Allá voy.

Manuel (rascándose la cabeza con una aguja de hacer media):—Angelitos al cielo.

Maruja.—Pues no está mu alto que digamos el sotabanco.

Manuel.—Ya se vé que no; en subiendo ciento cincuenta escalones, ya le andará cerca. Verá usté cuando abaje, como es un mozo con barba.—(*Después de diez minutos baja el arenero, y al verle, el señor Manuel exclama*):

Manuel.—Tia Pelos, lo que yo decia; el arenero ya es hombre.

Pelos.—Espricotéese usté.

Manuel.—Que ya es hombre el arenero.

Pelos.—¿Si no le apunta la barba!

Manuel.—Es que se ha afeitao.

Maruja.—¿Saben ustés que el sol quema de veras?

Manuel.—Tia Pelos, saque usté una sombriya pala señora.

Pelos.—¡Naranjas! ¡Valencianitas y murcianas! ¡A cuatro y á dos! ¡A cuatro y á dos! (*Pasa un carro fúnebre.*)

Maruja.—¡Pepico! ¡Pepico!

Pepico.—Yo quiero amontar en ese coche.

Maruja.—¡Calla, chico!

Pepico.—Que yo quiero amontar en ese coche; tamien yo sabo amontar. ¡Arre, mula, arre! ¡Sóooo! ¡sóooo!

Pelos.—¡Pues no es náa la cola que lleva! Uno... tres... siete... ocho... ¡Virgen de la Paloma! ¡Decinueve coches!

Manuel.—Sabrá muerto algun menistro.

Maruja.—¡Quiá! ¡No te compongas! Esos tienen siete vidas, como los gatos.

(Se acerca un muchacho saboyano, tocando un organillo.)

Manuel.—¡Válgame Dios, lo que semos! Este toca el jaleo, y al que va en el coche le han cantado el gori-gori.

Maruja.—Oye, franchute *(al saboyano)*; toma un chavo, y echa una sonata.

(El saboyano toca un aire de la Linda de Chamounix; Pepico escucha, abriendo unos ojos como napoleones y una boca de á palmo.)

Manuel.—¡Sobre que está bueno ese fandango! ¡Alsa, pilili!

Pelos.—¿Qué ha de ser fandango, señor Manuel? Si es la ópera. Hágase usté cuenta que está en el

treato.— (*Se acercan dos aguadores asturianos, con las cubas al hombro, y principian á retozar al estilo de su tierra.*)

Manuel (cantando):

Al pasar el arroyo de Cangas
un marusiño robóme las mangas;
sácate de ahí, ladron forrunqueiru,
las mias mangas no tienen diñeiru.

Una Ciega.—¡A cuartito, á cuarto! (*Deteniéndose junto á un grupo de chalanes.*) La *Gaceta extraordinaria* que acaba de salir ahora, con las desgracias que han ocurrido en Barcelona á cuarto. ¡A cuartito, á cuarto!

Maruja.—¿Cabra sucedio?

Chalan 1.º—Es la fin del mundo.

Chalan 2.º—Icen que lo prenostica un astrólogo animal.

Chalan 3.º—Estrólago; hable usted bien (*al segundo*).

Manuel (cantando):

Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,
mira que te has de morir,
mira que no sabes cuándo.

Una Viejecita (llegándose al grupo de chalanes.)—
Encomendar á Dios al probe Juanillo, el Pelao.

Chalan 1.º—¿Pues qué hay, madre?

La Vieja.—Que ya está en el otro mundo, despues de penar tanto.—(*Momentos de silencio.*)

Chalan 2.º—A mi lao estaba cuando recibió el balazo.

Chalan 1.º—Y yo le puse las primeras hilas en la barricada de la calle de la Ruda. Era una oveja; pero más valiente que un leon cuando era menester.

Chalan 3.º—¿Y cómo queda la viuda?

La vieja.—Ya podeis considerar, hijos mios. Cinco criaturitas le piden pan, y no tienen más amparo que las buenas almas.

Chalan 1.º—No hay que apurarse, por vida del chápiro... Ya verémos lo que se hace. Por de pronto, echarémos un guante en todo el barrio, para el entierro, y para que esa familia coma siquiera un par de meses. Allá va un duro. (*Los demás chalanes entregan algunas monedas á la anciana.*)

Maruja (dando cuatro cuartos y limpiándose las lágrimas):—Vamos, yo no soy para oir estas cosas.

La Vieja.—Diquiá luego. Dios os dé el cielo, hijos mios. (*Vase.*)

— *Chalan* 1.º—¡Amen! (*En seguida se pone en medio de la acera para requebrar á una muchacha de quince, á quien dice:*)—¡Vaya usté con Dios, mi alma! ¡Sobre que me hace tilin ese cuerpecito!

La Muchacha.—Déjeme usté pasar.

Chalan 1.º—Pa eso no se ponga usté coloráa.

Pelos.—¡Arcagüés! ¡Ay qué dulces! ¡Naranjitas, naranjaaas! ¡A dos y á cuatro!

Una Rabanera.—¡Rábanos, la rabanera! ¡Coloraditos!

Manuel (*cantando*):

Mucho pican los rábanos,

mucho el pimiento;

pero mucho más pican,

niña, los celos.

(*Pasa una compañía de Cazadores de Madrid, al són de cajas y cornetas. El cielo se va nublando.*)

Pepico.—¡Raaan! ¡tran! ¡tran! ¡cataplan! Madre, yo quero ser sordao.

Maruja.—Primero ciegue que tal vea.

Pelos.—Pues á mí me gusta la vida melitar.

Maruja.—Pues á mí no.

Manuel.—Eso va en gustos.

Pepico.—¡Rrrraaan! ¡plan! ¡plan! ¡tra, ta, taa!

Pelos.—¡Bendito sea tu pico, pichon mio: me lo comería á besos!

Manuel.—Misté, señá Maruja; quién sabe la suerte de las criaturas! El general Mina fué antes pastor; y el general Lorenzo sentó plaza de sordao, y el general....

Maruja.—Si digo que no quiero que sea melitar.

Pelos.—¿Le cria usted para archipámpano?

Maruja.—Vecina, vecina... misté el cabayero de enfrente; ahora entra en su casa.

Pelos.—¿Quién, EL SECO?

Maruja.—Sí, ese que casi todos los dias sale en coche.

Pelos.—¡Tanto aparato y tanta fantesía, y dicen que á todos los de su casa los tiene rabiando de hambre!

Maruja.—Esas son habladurías.

Pelos.—Es la pura, señá Maruja; como que lo dicen sus criados.

Manuel.—Entonces... no hay mas que hablar.

Pelos.—Cuentan que se desayuna con un cortadillo de agua fresca de la fuente del Berro, porque se lo han mandao los médicos pa el dolor de estógamo y pa que le crezca el pelo: á media mañana, toma un biscocho de lengüeta con otro sorbo de horchata de ranas: á las cinco de la tarde, un caldo de lechuga,

una docena de garbanzos y un ala de calandria ; por principio, dos caracoles con cuernos y todo, y un cangrejo ; y por postres, unos cuantos higos chumbos, con unos granitos de sal de la barata. El otro dia se le murió tísico un gato, y su hija tuvo un cólico, porque se le indigestó un calabacin.

Maruja.— ¡ Viva el regalo ! ¡ Ni el ruso !

Pelos.— Y eso que EL SECO es el que se da mejor vida. Así está todita su familia, que paece un cuadro de ánimas.

Manuel.— Únicamente su mujer está gorda.

Pelos.— ¡ Ya quisiera ! Es que lleva mucho almidon debajo del vestío.

Manuel.— Dicen tamien que muchos dias se queda á comer en casa de unos parientes, y que ayí saca la tripa de mal año.

Pelos.— ¡ Miren la tia roña !

Maruja.— ¡ La hambrona ! Yo no sé pa qué quieren ciertas gentes las pesetas.

(*Se acerca un criado de EL SECO á la tia Pelos, y ajusta cuatro docenas de naranjas. Crece el nublado y chispea.*)

Pelos.— ¿ Son pa los de enfrente ?

Criado.— Sí, señora. ¿ Cuánto debo ?

Pelos (contando por los dedos).— Cuarenta y ocho cuartos.

Criado.— ¿Las ha escogido con cuidado? Ya sabe usted que yo no regateo.

Pelos.— Son como almíbar. ¿Y tus amos?

Criado.— No hay novedá.

Pelos.— Dales muchos recáos de la naranjera. ¡Qué buenos señores son!

Pepico (uniéndose á otros muchachos) :

Que llueva, que llueva,

la Virgen de la Cueva,

los pajaritos cantan,

las nubes se levantan...

(Dan las doce.)

Maruja.— ¡Pepico, niño, que llueve!

Manuel.— Las doce, señora; vamos á hacer por la vida.

Pelos.— Buena mañana; seis riales he vendío por junto; de esta voy á echar coche y polison. Manolo, perla mia... *(á un niño.)*

Los Chicos:

Que llueva, que llueva,

la Virgen de la Cueva,

los pajaritos.....

Pepico.— ¡Gim! ¡gim! ¡gim!

Maruja.—¿Por qué yoras, que paeces el profeta Jeremías?

Pepico.—Man pegao.

Maruja.—¿Quién, rey mio?

Pepico.—Manolo, el hijo de la tia Pelos. Ma dao un cantazo en esta mano.

Pelos.—Oye, mentiroso (á *Pepico*); ¿pa qué mientes? ¡El demonio del muñeco!

Maruja.—El muñeco será el de usté. ¡Si lo he dicho! Tenemos que salir mal yo y usté.

Pelos (poniéndose en jarras).—¿De veras?

Manuel.—Vamos, vecinas..... eso no es náa entre dos platos.

Maruja.—Misté, señor Manuel, se me ponen unas tripas en viendo que maltratan á mi chico!

Pepico.—¡Gim! ¡gim! ¡gim!

Maruja.—¿Vé usté? Si tiene un bollo en la frente.

Pelos.—Labrá rompío alguna costilla.— (*Aprieta la lluvia.*)

Manuel.—Señá Maruja, ponga usté á Pepico una pieza de dos cuartos envuelta en un trapo mojado en vinagre, apriétesela bien con una venda, y eso se quita en menos tiempo que canta un gallo.

(*Llueve á cántaros, y en un momento queda la calle limpia de gente. Cada mochuelo se va á su olivo, me-*

nos tres ó cuatro muchachos que permanecen gritando con todos sus pulmones):

Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva,
los pajaritos cantan,
las nubes se levantan.....

(Los POSTRES).—1857.

... de los señores de esta ciudad y de los señores de ...
con todos sus señores;

(Yo el Rey, que Dios ...)

... de la Villa de ...
... de las señoras ...

... de ...
(Yo el Rey, que Dios ...)

... de ...

ENTIERRO DE UNA NIÑA.

Voy á describiros un entierro, pero en mi cuadro no habrá colgaduras enlutadas, túmulos medrosos, lúgubres blandones; ni el tremendo *Dies iræ*, cayendo desde el coro de la iglesia, con las demás pavorosas palabras del oficio de difuntos, vendrá á unirse al tañido lastimero de las campanas, para sobre-coger de espanto vuestros corazones.

Es una tarde de otoño, á la hora en que es mas melodioso el gorgceo de los ruisseños, en que el sol se hunde detrás de las montañas, y en que el céfiro desprende las hojas amarillas de los árboles y los últimos pétalos de las flores.

Van á dar sepultura á una niña... ¡Feliz mil veces ella, que cruzó el mundo como una ave-cilla, sin mancharse las alas purísimas, y sube al seno de

Dios, como el eco de una oracion, como la fragancia de una azucena!

Estoy en la calle de Toledo, entre pobres mujeres del pueblo, traginantes que acaban de arreglar las cargas para principiar su viaje, vendedores y curiosos parados en las dos aceras, artesanos que han concluido el trabajo del dia, y tal cual carretero ó ginete, que se dirigen al campo. En la Plaza de la Cebada reinan la animacion y algazara de siempre.

¿Quereis saber ahora quién era Consuelo, esa dulce criatura, que duerme en su atahud, lleno de flores, como una alondra en su nido?

Os lo van á decir conocidos de sus padres y compañeros de su infancia, no con los adornos de una pomposa narracion, sino con exclamaciones y palabras que sorprenderé, sin duda, en el tránsito; exclamaciones y palabras, más que desaliñadás, más que humildes y más que vulgares, ordinarias y toscas, pero salidas del fondo del alma, y que herirán tal vez las fibras sensibles de vuestro pecho.

El órden de la comitiva es el siguiente: primero, un grupo de niños de uno y otro sexo; en seguida, el padre de la difunta; detrás, la abuela, en cuya casa enfermó y falleció Consuelo, y de la cual fueron á sacarla para conducirla á la última morada; luego, cuatro niñas, llevando el féretro; y por últi-

mo, varias mujeres, con criaturas de pecho al brazo y de la mano.

Las niñas cantan:

Adios, palomita blanca,
adios, clavelito y rosa,
nosotras no te olvidamos...
acuérdate de nosotras (1).

Una corona de rosas blancas y de siemprevivas, ciñe la frente, pálida como la cera, de Consuelo, con arreglo á lo que previene la Iglesia... *et imponitur ei corona de floribus, seu de herbis aromaticis, et odoriferis, in signum integritatis carnes et virginitatis*; esto es, y «llevará (el que muere antes de la edad de la razon) corona de flores, ó de plantas aromáticas y odoríferas, en señal de integridad de la carne y de virginidad.» Un vestidillo blanco á manera de túnica, sirve de mortaja á sus miembros, delicados y blancos son tambien las coronas y los vestidos de las inocentes compañeras que la conducen.

El rostro curtido del padre revela honda y amarga resignacion; amarga, sí, pues por grande que sea la fortaleza de un hombre para resistir las desgracias todas que puedan sobrevenirle en la tierra,

(1) No recuerdo exactamente el cantar de las niñas en el acto que describo, por lo cual lo he suplido con el que acaba de leerse, cuyo fondo es análogo. (N. del Autor.)

cuando la muerte apaga con su helado soplo la existencia de un sér tan entrañablemente amado como un hijo, el dolor llama inexorable con furiosos golpes al corazon, y lo desgarrá, y lo despedaza, y el corazon gime con terrible gemido, con un gemido que nunca resonó igual en el arpa de ningun poeta, y que Dios tendrá en cuenta, para descargo de culpas y de iniquidades, en el dia de los castigos y de las recompensas.

¡Qué vocerío en la calle! ¿Cuánto mejor no serian el silencio, la soledad y el recogimiento, para contemplar esta sencilla y patética escena? Pero recordad que estoy en la calle de Toledo, y precisamente á una de las horas en que más resalta el carácter peculiar de esta parte de la poblacion. Además, la alegría es la luz, es el claro que faltaba para dar el tono debido á este cuadro: un cuadro hecho solamente de una *masa* de sombra, sin un rayo que lo iluminara, sería un cuadro informe, ó por mejor decir, no sería cuadro.

La primera conocida que veo, hablando con una vieja que lleva un cesto á la cabeza, es Juana la melonera, capaz de espetar una insolencia al lucero del alba, pero con un corazon de oro; de modo, que realmente es una buena muchacha. La vieja es la tia Calandria, muy locuaz, muy pobrecita, como

el ave de su apodo, é igualmente conocida en *tó el mundo y más*, segun ella dice; el mundo de la tia Calandria está reducido á la calle de las Velas, la de Santa Ana, un pedazo de la de Toledo y algun trozo de otra media docena de ellas.

Aparece Tomasillo, limpiándose las narices con la vuelta de la manga de la chaqueta, y calado de agua hasta los mismos huesos.

Juana (gritando).—¡Tomasillo! ¡Jesus, si está *enpecatado!*—¡Si un dia me lo van á traer muerto á casa!

Calandria.—¡Calla, hija, si al verlo me he quedao sin pinta de sangre!

Juana.—¿Quién te ha puesto asin, rey de España? Dímelo, que soy capaz de pegarle una puñalá.

Tomás.—¿Que quién me ha ponido asin? (*rascándose una oreja*). Pues ahora no me dá la gana de decirlo.

Juana (coge una vara y se levanta para sacudir al chico).—¡Narices! ¿No quiés decírmelo? ¡Qué repouísimá virgüenza! Aguarda un poco, mal criaio.... si no paece hijo mio!

Calandria.—No echés á nadie la culpa; él mismo se cayó de cabeza en el pilon de la fuentecilla, al ir á poner el hocico en el cañuto.

Tomás.—Mentira, tia Calandria, que jué por trepar.

Juana.—¿Y quién te ha sacao del pilon?

Tomás.—El tío Cané.

Calandria.—¡Qué repillo de tío! lo sacó por las orejas, diciendo á tos los presentes que habia pescao un Salomon.

Las niñas cantan, conforme van andando:

Adios, palomita blanca,
adios clavelito y rosa,
nosotras no te olvidamos...
acuérdate de nosotras.

Unos arrieros se quedan mirando el puesto de Juana.

Juana (pregonando).—¡De Chinchon! ¡Á cala! ¡Como azúcar!

Uno de los arrieros coge un melon, lo toma á peso, lo huele y dice:

Arriero.—¿Cuánto vale esta pieza?

Juana.—Dos riales.

Arriero.—Como estos los dan en mi tierra á seis cuartos.

Juana.—¿De veras? ¡Qué rediós! pos diga usted que le envíen uno por telegrájo.

Los arrieros vuelven la espalda y se van.

Juana (pregonando).—¡Á cala! ¡á cala!

Tomás (saltando).—¡Mare, ya viene, ya viene!

Juana.—¿Quién viene?

Tomás.—El entierro de Consuelito, que se ha morido.

Juana.—No sé quién es Consuelito.

Calandria.—¿Ahora te desayunas con eso? ¡La chiquilla del Remellao, el arbañil! ¡Si no se habla de otra cosa en tó Madrid y en el barrio de San Millan! Sa muerto de repente.

Juana.—Pues si hace tres dias estuvo jugando con Tomasillo á la gallina ciega.

Tomás.—¡Toma! y á las cuatro esquinas, y hacíamos meriendas juntos.

Juana.—¡Hija, lo que semos! ¡Cómo estará la Remelláa! ¡probecilla!

Calandria.—¡Considera! No tenia más hijos que esa pajarita, y la queria más que á las niñas de sus ojos. Como yo soy... vamos al decir, curiosa... pues... ¡ya me entiendes! me puse á escuchar á la puerta de la casa de la agüela; hija, y daba la Remelláa unos gritos, y le cogió un cuajo, que aquello era cosa de partirse las piedras al oirla! yo, y tós los cercustantes, llorábamos tamien á moco tendido; ella se conocia que hablaba con el caláver de la defunta... ¡hija, y le decia unas cosas! ¿Cómo le decia?... Calla, á ver si me acuerdo... le decia... «es-

pejo de mi cara,... lucero mio,... pedacito de mis entrañas, ya no te golveré á ver en jamás de los jamases... ¡tanto como me costó criarte!... aquí me quedo solita, sin arrimo, como un árbol sin sombra... porque tú llenabas mi casa... alegría de mis ojos...» Y á todo esto, empeñá en que se queria morir. Hija, la tuvieron que sacar de allí á la fuerza y llevársela á su casa.

Juana.— ¡Calle usted, calle usted por Dios, tia Calandria, que me ha puesto de mal humor!... ¡Como una es así.... tan.... ¡Jesus! creo que si se me muriera mi Tomasillo, me tendrían que llevar á Leganés.

Calandria.— Te digo, Juana, que si no me desapare de allí, me da un no sé qué, porque me acordaba de la mia, que esté en gloria. Sólo la que los pare y los cria á sus pechos, sabe lo que una sufre cuando se le va un hijo.

Tomasillo echa á correr hácia la comitiva, que se va acercando al puesto de melones.

Juana.— ¡Chico! ¡Tomasillo! Sí! ¡échale un galgo! El caso es que está hecho una sopa.

Calandria.— Déjalo, tonta, que asin se crián fuertes y regustos; ya le dará el aire, en cuantis salga al campo.

El entierro se detiene en medio de la calle. Las

niñas que conducen el féretro, lo dejan en el suelo, y formando parejas con las demás del acompañamiento, principian á cantar y á danzar en torno de la muerta, al són de panderetas y alegres castañuelas.

Esta costumbre, que todavia existe (aunque va cayendo en desuso) en lo que se llama barrios bajos de Madrid, y en varios puntos de provincia, y que, mas que cristiana, parece un resto, una reminiscencia de las ceremonias con que se celebraban los funerales en algunos pueblos paganos, no deja de tener su filosofía, y la Iglesia misma saluda con júbilo la ascension del alma de los niños al cielo, puesto que previene que en sus exequias no se toquen campanas, y si se tocan, no sea en són lúgubre, sino de fiesta: *Non pulsantur campanæ: quod si pulsentur, non sono lugubre, sed potius festivo pulsari debent*, ordenando, asimismo, que el sacerdote se ponga sobrepelliz y estola blanca; *et parrochus superpelliceo, et stola alba indutus* (1).

¡Feliz mil veces, repito, el niño que muere, porque ha cruzado el mundo como una avecilla, sin mancharse las alas purísimas, y sube al seno de Dios

(1) Entre los antiguos griegos, era costumbre seguir al cadáver, entonando himnos fúnebres al són de flautas; entre los romanos, los cantores abrian la marcha, y les seguian á corta distancia histriones y bailarines.

como el eco de una oracion, como la fragancia de una azucena!

Zea lo ha dicho en su tierna aureola á la muerte de una niña: el alma de esta descende del cielo, y uniendo su rostro al de su padre y al de su madre, les canta al oido:

«La vida es amarga,

»La tierra una cárcel

»Sombria del alma,

»La gloria una flor.

»¡Dichoso el que muere,

»Cuando la mañana

»De la vida asoma,

»Y al zenit avanza

»Cuando á oriente el sol!»

Las niñas siguen cantando y danzando alrededor del féretro, al cual acude multitud de curiosos. Tomasillo que, por su poca estatura, nada vé, no pudiendo reprimir su impaciencia, se mete en medio del corro, colándose como un raton por entre las piernas de un asturiano, que con la boca abierta y la cuba al hombro, delante de él está; y despues de brincar tambien como los demás, da un beso en la frente á la muerta, y se queda serio y pensativo, adivinando sin duda con su instinto infantil, que nunca volverá ya á jugar con ella á la gallina ciega

y á las cuatro esquinas, ni harán mas meriendas juntos.

Un cuarto de hora despues, el entierro torna á ponerse en marcha.

Al llegar junto á la calle de Calatrava, sale de la acera al arroyo de la de Toledo, en camisa, hozando, mas que comiendo, un melocoton, un amigo de Tomasillo, redondo como una bola, colorado como un tomate, y con más moco que un acha de cera cuando se corre; el cual, aproximándose á aquel, le pregunta:

—¿Adónde vais?

—Á llevar al cielo á Consuelito.

—¿Quiés que vaya tambien yo?

—Por mí, güeno.... ¿me das un cacho de malacaton?

El *rosero*, nombre del vendedor de ojaldres, grita:

—¡A cuarto rosas, niñas hermosas! ¡ay, qué ricas! ¡á las calientes! ¡á quartito, á cuarto!

El chiquillo desnudo, que se ha hecho el sordo á la peticion de su amigo, á quien sigue los pasos, le pregunta:

—¿Dan rosas en el cielo?

—¡Ya lo creo! mi agüela me dice á mí que como sea bueno he de ir al cielo, y que allí reparten confites, y arbellanas, y cañamones tostaos, y arroz

con leche, y miñuelos, y un cordero con cintas y todo en los cuernos y en el rabo; pero que si soy malo, el demonio me agarrará por los pelos con sus uñas, y me echará en las calderas de Pedro Botero.

El muchacho gloton abre unos ojos como napoleones; el asombro y el miedo le dejan estupefacto, al oír las últimas palabras de Tomasillo; tiembla como un azogado, y luego escapa hácia donde está su padre.

Las niñas cantan:

Adios, palomita blanca,

adios, clavelito y rosa,

nosotras no te olvidamos...

acuérdate de nosotras.

Á pocos pasos del entierro, un mozo cae del burro en que cabalga, y los parroquianos de una taberna inmediata, que están *refrescando* á la puerta, celebran el caso, como siempre suelen celebrarse casos tales, con risa y chacota.

Uno le dice:

—Mira, cuando cenes la liebre que acabas de co-ger, guárdame una presa.

Otro observa:

—¡Por eso es malo viajar en perro-carril!

Y un tercero añade:

—¡Chicos! ¡títilimundis! ¡aquí verán ustés el salto del trampolin!

Á corta distancia de la puerta de Toledo, el padre de la difunta vuelve tristemente los ojos hácia una casa de ruin aspecto, en cuya puerta se ha reunido una porcion de gente de la vecindad. En el cuarto bajo de esta casa vivia Consuelo, y allí está su pobre madre, inmóvil, acurrucada en un rincón de la sala, con los ojos hinchados á fuerza de llorar, y fijos en un objeto que en las manos tiene y que lleva á menudo á sus labios, besándolo con el delirio de una loca. Este objeto es un rizo de la dorada cabellera de su hija, que llamaba ella *manojito de flores*, y que le recuerda todas las delicias de tiempos más felices, y todos los encantos de la celeste criatura.

Esta honrada y débil mujer del pueblo, que, por proteger y salvar á su hija, no hubiera vacilado un momento en matar y perder hasta la última gota de sangre de sus venas, desplegando la fuerza de una leona á quien roban sus cachorros, permanece ahora postrada como si la hubiese herido un rayo, insensible á todo lo que la rodea, menos á lo que ha pertenecido á su hija adorada: los juguetes, los vestidos, la sillita, los zapatos, la cama, los toscos muñecos de

carton y de barro, todo parece dotado de vida y de palabra, y de movimiento para sonreirla, y hablarla, y despedazarla con cien horribles martirios; abismándola en tan íntima, y en tan inesplicable, y en tan honda angustia, que involuntariamente recuerda las sublimes palabras de Maria al pié de la Cruz: *O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor, sicut dolor meus*: ¡oh vosotros, los que pasais por el camino, considerad y ved si hay dolor que á mi dolor iguale!

No, no hay dolor comparable al de una madre, que pierde un hijo.

Las niñas cantan:

Adios, palomita blanca,
adios, clavelito y rosa,
nosotras no te olvidamos...
acuérdate de nosotras.

El entierro sale por la puerta de Toledo. El crepúsculo de la tarde baña con su luz suave la llanura, y los cerros vecinos arden coronados de penachos de fuego que iluminan con fantásticos reflejos los bosquecillos del Canal y las márgenes del Manzanares. El rio suspirando, el gorgceo de los ruiseñores, las hojas amarillas de los árboles desprendiéndose

al beso de las áuras, y los últimos pétalos de las flores doblándose mustios, parece que despiden con su tristeza á la que otras veces saludaban con su alegría. Tambien yo, despido á la entrada del puente de Toledo, con ayes de mi alma, y vuelvo á Madrid lleno de melancolía y con lento paso.

(MUSEO UNIVERSAL.)—1860.

al paso de las horas, y los últimos minutos de las
horas holandesas mudas, parece que despiden con
su tristeza á la que otras veces saludaban con sus
risas. También se despiden á la entrada del puerto
de Tolosa con gritos de alegría, y envían á Madrid
línea de manifiesto y con tanto peso.

(Buenos Aires, 1821)

Algunos de los señores de la familia de los señores de
la familia de los señores de la familia de los señores de
la familia de los señores de la familia de los señores de
la familia de los señores de la familia de los señores de

la familia de los señores de la familia de los señores de
la familia de los señores de la familia de los señores de

la familia de los señores de

la familia de los señores de

la familia de los señores de

la familia de los señores de

la familia de los señores de

la familia de los señores de

la familia de los señores de

la familia de los señores de

la familia de los señores de

la familia de los señores de

la familia de los señores de

la familia de los señores de

¡CHIS! ¡CHAS!

La entrada y la salida del correo, es uno, ó por mejor decir, son dos acontecimientos tan ordinarios que, por esta misma circunstancia, parece que están destinados á pasar sin que nadie repare en ellos, ni les dedique un solo pensamiento. Y sin embargo: ¡á cuántas ideas tristes y alegres, blancas y negras no se prestan la entrada y la salida de los correos!

Una balija, puede ser la caja de Pandora que, destapada, derrame sobre el mundo todo linaje de males; la mano de la Providencia que, abierta, haga descender sobre la cabezas de las criaturas abundante lluvia de felicidades, ó, en fin, á la vez las dos cosas.

El inocente, y por lo general poco lucido rocinante, que traslada de un punto á otro la corresponden-

cia pública, es más desgraciado que el *Atlante* de la mitología, pues, además del cielo, está condenado á llevar el infierno sobre sus costillas.

Nadie repara en el sonoro chasquido del látigo que restalla el conductor al entrar ó al salir de una poblacion, y, no obstante, en el eco de ese chasquido oigo yo algo mas que un ruido cualquiera, que un sonido vago é insignificante.

¿Sabeis, amados lectores, lo que quiere decir el *¡chis! ¡chas!* del correo que entra? ¿Podrá vuestra mirada, por penetrante que sea, atravesar el duro cuero de la balija y el sobre no tan duro de las cartas, y descorrer el velo de los misterios allí encerrados, muchos de los cuales serán dentro de poco sabroso alimento de las conversaciones públicas y privadas? No, no sabeis lo que quiere decir el *¡chis! ¡chas!*: no, no descorréis el velo de esos misterios; ni el administrador de correos, ni las autoridades, ni yo, lo descorrerémos tampoco. Para eso es preciso que el conductor se haya apeado antes del animalito que, por lo angosto y escurrido, suele parecerse á el alma de un avaro, y por lo meditabundo y cabizbajo á mas de un amante desahuciado por la señora de sus pensamientos; para eso es preciso, por último, abrir el candado, levantar la tapa de la balija, sacar la correspondencia y escojer carta por car-

ta, papel por papel, paquete por paquete, y distribuirlos entre aquellas personas á quienes veñgan dirigidos.

En tanto que esto se verifica, veamos por un momento si podemos adivinar la significacion del restallido del látigo.

¡Chis! ¡Chas! Querido F: No sé cómo decirte que anoche murió tu padre, etc.

¡Chis! ¡Chas! Apreciable N: Me cabe la satisfaccion de anunciarte que hoy ha dado á luz tu esposa, con toda felicidad, el niño décimonono, etc.

¡Chis! ¡Chas! Me alegraré que al recibo de este *anónimo* te encuentres sin un maravedí, para que te sea mas sensible el disgusto que tengo la humorada de proporcionarte.

¡Chis! ¡Chas! Prospecto: *El Oso*. Con este nombre va á salir un periódico político, cuyo principal objeto es tratar de que los partidos de España no hagan lo que indica el título de esta publicacion, etc.

¡Chis! ¡Chas! Amado L: Tu primo Pepe ha conseguido para tí la plaza que solicitabas en el establecimiento de R.: apresúrate á darle las gracias, y no te olvides de su mujer, tu linda prima, quien me consta que se ha acercado varias veces á tu principal, habiendo convenido los dos, el principal y ella, en que eres un guapo chico.

— ¡Chis! ¡Chas! Estimado S: Los campos presentan el aspecto más hermoso que se puede imaginar. Si el tiempo sigue así, sucederá... *esto, lo otro y lo demás allá.*

— ¡Chis! ¡Chas! El M... PERIODICO DEL MEDIO DIA. Una gran revolucion acaba de estallar en donde menos podia temerse; verdad es, que como en la actualidad suceden cosas que colgadas parecen bolsas, etc.

— ¡Chis! ¡Chas! El C... PERIODICO VERAZ, DEL CREPUSCULO MATUTINO. Ya no hay un faccioso en Hungría. Las tropas imperiales les han pegado una soba, que á toditos los han dejado patitiesos. Los periódicos que digan lo contrario, no saben lo que se pescan, etc.

— ¡Chis! ¡Chas! Amigo J: Las cosas de este país son como ellas solas; sabrás que al fin se ha mamado la escuela de primeras letras un mozo que fué alcalde el año pasado, y que á la hora de esta no sabe leer ni escribir.

— ¡Chis! ¡Chas! Encantadora Dorotea: El prolongado abismo acuático que separa nuestros dos amantísimos corazones, es maldecido por mi blasfema boca todas las alboradas. El dios Morfeo no me visita durante el reinado caliginoso del nocturno astro, y paso las eternas noches de mi desventura derramando líqui-

das perlas, como el pichoncito sensible que se ve ausente de su idolatrada consorte, etc.

¿Habrémos descifrado algunos de los enigmas que proponè el terrible látigo á la penetracion del hombre pensador? Tal vez sí, acaso no: Dios y algunos individuos, estos por arte de birli birloque, son los únicos séres que saben leer en los corazones, y en las balijas cerradas.

Lo que desde luego puede asegurarse es, que muchas esperanzas van á verse frustradas; que muchos deseos van á quedar satisfechos; que va á haber lágrimas y risas; en una palabra, malas y buenas noticias. ¡Qué invencion tan escelente y tan detestable la del correo! Invencion escelente, para aquel que ve por él que le ha caido en suerte el *premio grande*; invencion detestable, para aquel que ve por él que le ha caido un número de los más bajos en el sorteo que se ha efectuado en su pueblo para el reemplazo de este año.

¿Veis ese anciano militar que se pasea á lo largo del muelle, y que lleva pintadas en su rostro la alegría más espresiva, y la cumplida satisfaccion en que rebose su pecho? Las balas, que no suelen gastar cumplimientos, lo respetaron en cien acciones de guerra: tiene sesenta años de edad y treinta y cinco de servicios; es hombre que sabe por principios su

obligacion, y, no obstante, no es mas que capitán; ¡cosas del mundo! — ¿Por qué está contento? me preguntaréis.—Porque espera un ascenso; se lo ha prometido una persona de muchos perendengues, y no le engañará.— ¡Infeliz! Á uno que se hallaba en igual caso, le separaron dias pasados, sin que hasta la presente se haya podido averiguar la causa. ¡Quién sabe si el fatídico ¡*chis!* ¡*chas!* que ahora suena, significará que nos lo dejan en situacion de reemplazo, que es como si dijéramos *en situacion de difunto*, de más que de difunto de... *mómia!*

¿Conoceis á esotro mozo, de chaqueta parda, zapatos *polacras*, gorro encarnado de lana, y semblante curtido por el sol y el aire? No lo conoceréis; pues yo sí. Oid su historia. Tiene veintiocho años, se llama Juan, es hijo de su padre, no gana lo preciso para alimentar á su dilatada familia, compuesta de su mujer, cuatro muchachos y él; está acosado de deudas, y, segun se ha explicado en ocasiones, el dia menos pensado se tira de cabeza al mar, remedio *casero* que muchos buscan para sus males. Pero ¿no puede resultarle un tío en Indias? ¿No puede venirle una herencia, sin saber cómo ni cuándo? Puede y no puede: pronto saldremos de dudas, porque el ¡*chis!* ¡*chas!* ha sonado. Hoy nadie hace caso del hombre del gorro encarnado, ni se le acercan, ni le

hablan, ni le saludan: mañana quizá se desdeñe él de acercarse, de hablar y de saludar á las gentes más encopetadas. ¡Vueltas de la fortuna, ¡chis! ¡chas! de un látigo!

No menos reflexiones acuden á mi espíritu cuando veo partir al correo. La repleta balija es el archivo de mil esperanzas que se realizarán ó no, cuando las cartas lleguen ó no lleguen á manos de los interesados. Siempre que escribo una carta recuerdo lo que sucedió en Francia en cierta época, y casi estoy por imitar aquel ejemplo. Sucedió, pues, en Francia, cuando el destierro de los Parlamentos por el canciller Maupeou, que la violacion del secreto de la correspondencia fué tan pública y desvergonzada, que los negociantes de Roan determinaron no cerrar sus cartas con obleas, sino *con alfileres*. ¡Dios nos libre de que en España haya que cerrar las cartas con alfileres! Cierto es que ni ha llegado, ni es probable que llegue ese caso; pero cierto es, asimismo, que en ocasiones ha habido cartas perdidas, tan *perdidas* como las mujeres públicas.

La balija que sale, se lleva pedacitos de corazones enamorados, protestas de amistades verdaderas y fingidas, noticias de especulaciones mercantiles que pegan ó no pegan, quejas de padres á hijos, peticiones de hijos á padres; ¡quién

calculará lo que se lleva la balija que sale!

El ¡*chis!* ¡*chas!* del correo que sale tiene para mí una armonía imitativa singular, lo mismo que el ¡*chis!* ¡*chas!* del correo que entra. Paréceme, abstraído como me hallo entonces, percibir el eco sordo de un torrente aprisionado en un dique. Y, en efecto, el torrente, es la correspondencia; el dique, la balija: cuando se abra el dique, se desbordará la correspondencia, que irá á repartirse por diversas y multiplicadas localidades. Este torrente distribuirá en los puntos por donde pase, los beneficios del saber, de la moralidad, del patriotismo, de la civilización, de la caridad; al propio tiempo que depositará aquí una semilla de discordia, allá un germen de corrupción, aquí el origen de un odio, allá el fin de una ilusión risueña.

¡*Chis!* ¡*Chas!* ¡Avanza, conductor! ¡*Chis!* ¡*chas!* Corre, vuela, si puedes; clava un cuchillo en el hijar de ese torpe rocín; con vosotros va el perdón de un reo de muerte, que ahora mismo, en este instante está á los pies del confesor; pero no llegaréis, no llegaréis á tiempo ¡Ah! para llevar el perdón de un reo de muerte, no sirve un pobre diablo montado sobre un rocín; debería llevarlo un ángel montado sobre un rayo.

¡*Chis!* ¡*Chas!* No avances, conductor; tira de la

rienda á ese rocin, que parece un águila; con vosotros va la noticia de la bancarrota de un poderoso comerciante; pero sí llegaréis, sí llegaréis. ¡Ah! para comunicar tan fatal nueva, sería mejor que un hombre montado sobre un águila, un escarabajo montado sobre un cangrejo.

Cada ¡chis! ¡chas! del correo que va y del correo que viene, es una entrega de una obra de filosofía agri-dulce, que se publica por la voz de un látigo en medio de las calles, á varias horas del día, sin que haya un oyente que en ello páre la atención.

¡Dios salve á nuestros amables suscritores de todos los ¡chis! ¡chas! de mal agüero!

(LOS HIJOS DE EVA).—1849.

YO EN COMPRA.

CUENTO FANTÁSTICO.

Meditando con tristeza suma en lo que años atrás, cuando vino á venderse al Rastro, acontecido habia al famoso *Bachiller Sanson Carrasco* (que santa gloria haya) (1), insigne amigo mio, y de quien mis lectores, como personas de gusto, supongo, ya tendrán largas noticias, quedéme tan profundamente distraido, y se me representaron tan al vivo los grandes y no merecidos infortunios de aquel desgraciado, al par que el teatro donde le afligieron, que creí hallarme en un mundo muy distinto del mundo real y verdadero que me rodeaba. La noche, que era la de las Ánimas, el silencio profundo que reinaba,

(1) Con el pseudónimo de EL BACHILLER SANSON CARRASCO, firmó Zea la mayor parte de sus artículos, y entre ellos el que lleva el título de YO EN VENTA, modelo de modelos en su género, que me ha inspirado este pobre cuento. (N. del Autor.)

interrumpido sólo, durante un cuarto de hora, por el sordo eco de las campanas, y el estado particular de mi espíritu, contribuyeron también á que mi ilusión fuese completa.

Víme, pues, sumergido en una especie de océano de tinieblas, poblado de sômbra^s negrísimas, pero informes, que vogaban sin rumbo fijo, murmurando palabras que, por lo poco articuladas y por su tono lúgubre, mas que otra cosa, parecían sollozos y lamentos ahogados.

La única forma que, al ténue reflejo de una linterna ruin que en la mano llevaba ella misma, pude distinguir, fué una forma humana que dirigia curiosamente á todos lados su lucecilla, como quien busca algo que mucho le interesa, revolviendo también á diestro y siniestro, para atrás y para adelante, los ojos que, en la parte correspondiente á la cabeza, como estrellas le relucian.

—¿Qué andas buscando? le pregunté, sin poderme contener.

—Un hombre—me respondió al punto.—¡No veo mas que sombras!

Si hubiera sido de dia, y dando un salto retrospectivo de unos cuantos siglos, me hubiese hallado yo en Atenas, por la respuesta de la sombra habria sospechado si ella seria Diógenes. Lo cierto es, que

entonces recordé que este filósofo cínico, para demostrar que Platon habia definido inexactamente al hombre, diciendo que era un *animal bipedo é implume*, peló un gallo, y presentándose en medio de la escuela en que hablaba el sábio autor de *La República*, lo soltó exclamando :

— ¡*Hé aquí el hombre de Platon!*

Con tal recuerdo se enlazó naturalmente esta idea, que me ocurrió en seguida :

— ¡Quién sabe si la sombra encontrará el suyo!

Y volviéndome hácia ella, le dije:

— Espera á que sea de dia, y tendrás hombres á docenas.

— Es que busco un hombre virtuoso.

— ¡Oh! eso ya es más difícil.

De repente se disipan las tinieblas, sale el sol, apaga la sombra su linterna, y aparece á mis ojos bajo la figura de un hombre, á quien seguiré llamando Diógenes.

Era domingo, esto es, el dia de la semana más á propósito para la contratacion de efectos en aquella Bolsa, por ser el más concurrido, no sólo de la gente de la vecindad, sino de la de otros barrios distantes, y en el que suelen encontrar gangas los que á caza de ellas andan.

Un hombre muy feo que á la sazón pasaba, y que,

sino era cosa mala, no parecía cosa buena, acercóse á nosotros con las manos en los bolsillos, como quien tiene frio, y casi entre dientes y como recatándose (1), exclamó:

—No tal; no es difícil.

El nuevo interlocutor era, segun supe despues, dueño de una prendería sita en una de las calles más céntricas de la córte; especie de *cicerone* que conoce las vueltas y revueltas de la Pompeya de harapos llamada *Rastro*, diestro piloto que entiende la aguja de marear en aquel golfo de miseria.

—¡Oh!—repuso Diógenes.—¡Si yo lo encontrara, seria feliz!

—¿Qué cosa de provecho — le pregunté asombrado — se propone V. hacer con un hombre virtuoso?

—Especular con él, enseñarlo por dinero, como un fenómeno, como una preciosidad desconocida en nuestros tiempos.

—¡Oh, qué idea!—gritó el prendero; y luego acercándose á mi oido, continuó diciéndome aparte.

—Puesto que, segun el *Bachiller Sanson Carrasco*, tan por los suelos andan las virtudes, y así es la verdad, que nadie da, ni siquiera ofrece, por ninguna

(1) Palabras de Zea, en el Yo EN VENTA.

de ellas un ochavo morriñoso, ocasion es esta para que gente de poco pelo como V. (yo me tenté la calva), lo eche bueno y abundante. Yo tengo un hombre fisico. ¿Quiere V. ir á medias conmigo? Compre V. el hombre moral, las virtudes: con ellas y la *masa* que yo poseo formaré un prógimo completo y se lo endosamos á ese comerciante, que es persona que tiene el riñon bien cubierto. De esta hecha cátese V. rico.

—Para lo que V. me indica se necesitan fondos.

—Es V. muy niño: para hacer grandes caudales, lo primero que se necesita es no tener ni un maravedí. ¿Como cuánto podrá V. emplear en este negocio?

—¡Si es empeño!... cosa de cien reales.

—Con ellos basta y sobra.

Yo no hubiera querido asociarme para nada con el prendero, pero ejercia sobre mí una influencia tan poderosa é inesplicable, que no me era dado resistirlo.

Llamó el prendero al especulador, y le dijo:

—Caballero, si no quiere V. molestarle, tome esta tarjeta; en ella están las señas de mi establecimiento; pásese V. por él dentro de tres dias, y le proporcionaré un hombre virtuoso, que por casualidad he encontrado entre los trastos viejos de la almoneda de

un anticuario, y que llenará cumplidamente los deseos de V.

—No faltaré.

—Que le espero.

—Adios, pues.

Retiróse Diógenes, y al oír su despedida, el prendero torció el gesto, como sino le hubiese gustado que le desearan la buena y santa compañía de Dios, única palabra de que aquella constaba.

—Pero hombre, ¿será posible que se encuentren aun y se coticen efectos morales en nuestros dias, y que tengan tan pronta salida?

—Todo en este mundo sirve para algo: buen ejemplo son esas ristras de pingajos que trás de V. cuelgan. Pocas noches hace fueron recogidos por el gancho de los traperos; hoy los vemos ya tan lavados y tan limpios que parecen nuevos, y mañana se destinarán á remiendos yaun á otros usos mas nobles.

La respuesta del prendero me trajo á la memoria lo que el *Curioso Parlante*, en su artículo de *Las Ferias*, refiere que oyó, habiendo preguntado para qué servirían ciertos objetos que veía rotos, descabalados, sucios y al parecer inútiles.

—«Señor, le contestaron, soy maestro de obras, y hace diez años que formé el proyecto de hacer una casa en mi barrio del Ave-María; desde enton-

ces voy aprovechando para ello todo cuanto ladrillo y cascote puedo de las obras que manejo, y ya tengo suficientes materiales para empezar, Dios mediante, el verano que viene. Así que ví este puesto, consideraré que la media tinaja podia servirme para el fogon, el espejo para la claraboya de la escalera, las puertas rotas para ventanas, la escopeta para el cañon de la chimenea, las alcarrazas para bajadas de agua, los clavos para los adornos, menos uno que servirá de badajo á la campanilla, y la rodela agujereada para tronera de la cueva. Con que ya Vds. ven que todo puede servir en este mundo.»

—Tiene V. razon—respondí al prendero—y ahora lo principal es saber, si es ó no ocasion oportuna de hacer semejantes compras.

—¿Quién duda que lo es, y mas habiendo ya pedidos? Y aun cuando así no fuese, yo tendré los géneros en mi almacen, pondrémos si es preciso á la puerta un anuncio, y si no de golpe y porrazo, ello irá despachándose poco á poco. Ea, pues, manos á la obra; diga V. en alta voz lo que compra.

—¿Quién vende virtudes? grité con toda la fuerza de mis pulmones.

Los circunstantes se volvieron hácia mí, con ojos de asombro, como si hablado les hubiese en griego, como si hubieran oido un disparate ó un sacrilegio,

y hasta hubo quienes murmuraron, no tan entredientes que se dejase de oírles:

—¿Qué compra ese hombre?

—¡Es tonto!

—¡Es loco!

—¡Parece francés!

—¡No, es inglés!

—Apostaría—saltó un *quidam*—á que es algo del *Bachiller Sanson Carrasco*, de aquel bendito que años há se nos vino con una comision parecida.

—¿Quién vende virtudes? repetí, sin hacer caso de los murmuradores, decidido firmemente á comerciar, ya que la pluma tan poco fruto me habia dado.

—Concrétese V. mas; me dijo el prendero.

Entonces yo, empinándome sobre las puntas de los piés, alargando el cuello, y abriendo desmesuradamente la boca, grité:

—¿Quién vende honra?

En el momento mismo ví dirigirse hácia donde yo estaba, una mozuela de diez y seis años, graciosa, vivaracha, bien peinada, entallada y calzada, con miriñaque más pomposo que la cola de un pavo real, contoneándose con garbo y provocativa desenvoltura, y con pasito menudo y cauteloso como una gata cuando anda en acecho de ratones.

—¡Yo! respondió la jóven.

Aunque nada ducho en el comercio, parecióme el género tan falso y tan flojo, que no pude menos de hacerlo así presente al prendero.

—No la tome V.—me dijo.—Todavía no está perdida; pero basta la simple vista, para asegurar que ahí no hay honra para media hora.

—No me hace al caso la de V.—dije á la jóven —la quiero mas fuerte, que prometa mas duracion.

—Para e..so..soso, la mi, a,aa! Es á prue ba, ba, baba, de bom, bom, bomba, y está ase..gu, gu, rada, de incen, di, dio, dios; saltó una solterona de cincuenta y cinco años, fea como un huron, bigotuda, con mas agujeros en la cara que una espumadera, y mas, corcovada y tartamuda.

—¿Cuánto vale?

La pobre dijo hallarse tan necesitada, que la solitaria aunque fuese en una peseta.

—Déle V. tres reales—me apuntó el prendero—que honra de soltera de cincuenta y cinco años, fea, corcovada y tartamuda, ya tiene colmillos y puede resistir, porque nadie ha de combatirla.

Aflojé los tres reales, aunque de mala gana, si he de decir la verdad, y habiéndolo conocido el prendero, me dijo:

—No tema V.; pues por mal que nos vaya con semejante género, á la hora que se nos antoje podré-

mos largarlo por real y medio, cuando menos. En esto no pueden ser grandes las pérdidas ni las ganancias.

Animado con la observacion de mi consejero, volví á levantar la voz, clamando:

—¿Quién vende fé?

Aproximóse á nosotros un vejete, que bien contaria sus sesenta años, y encarándoseme con ojos alhelados, y pasándose la manga de la chaqueta por la punta de la nariz, atiborrada de tabaco, me preguntó:

—¿Qué es fé?

—¡ Creer lo que no vimos, bárbaro! le respondió el prendero.

—¡Bah, bah, bah! Lo que es de eso—replicó el vejete—milagro será que encuentren Vds. ni un adarme para un remedio. Vivimos en unos tiempos en que no se cree mas que lo que se palpa, y aun... aun...!

—Pero ¿tiene V. fé, ó no?

—La perdí por una esperanza, y es lo que mas siento: ¡si hubiera sido por una realidad!

Grité otras dos veces, y ya daba por cumplidos los pronósticos del vejete, pues nadie se presentaba á venderme ni un adarme de fé, no por no venderla, sino porque ninguno de los circunstantes la tenia,

cuando afortunadamente puso en mis manos la suya, por nueve reales, un escribanillo, que luego supe que lo era hacía sólo dos semanas.

Pedí templanza, y me ofreció la que poseía un beodo que, haciendo eses, vino á caer redondo á mis plantas. Rehuséla, y por dos reales adquirí toda la de un convaleciente de fiebre gástrica, que junto á mí tomaba el sol, y á quien el médico había sujetado á una dieta bastante rigurosa, que aquel observaba como condicion indispensable para conservar la vida. Además, no tenía apetito.

Pedí caridad, y un prestamista, que da dinero (mejor diría *que le quita*) sin mas interés que un 300 por 100, prévias una porcion de garantías increíbles, me dijo con plañidero acento, que por su buen corazon se veía él poco menos que pidiendo limosna (¡el pobrecito era opulento!); que despues de socorrer las necesidades del prógimo, muchos se habian portado con él infamemente, eludiendo el pago; que no se podia ser compasivo, y en fin, que se hallaba resuelto á desprenderse de la caridad. Este hombre me recordó el conocido epígrama que dice:

El doctor don Juan de Robres,
Con caridad sin igual,

Hizo este santo hospital,

Pero antes hizo los pobres.

Viendo yo que no se presentaba otra caridad mejor, ofrecí seis maravedís por ella, pero un desconocido aumentó mi oferta hasta medio real. Santiguéme, porque sólo el diablo hubiera podido atreverse á tamaño despilfarro. Picado yo, subí, sin embargo, hasta seis cuartos, en cuya suma se me adjudicó el disputado artículo, alejándose de mí el desconocido, murmurando :

— ¡ Por fuerza ese hombre tiene pacto con el demonio !

Finalmente, mencionaré para abreviar, algunas de las zarandajas restantes, que tomamos á precios ínfimos.

Patriotismo : á un afrancesado del año 8 : le quedaba un poco, y éste rancio y con cierto saborcillo inglés.

Clemencia : á una tierna madre, que porque el menor de sus hijos, de cuatro años, no queria ir á la escuela, le acababa de dar una tunda que lo dejó sin sentido y arrojando sangre por boca y nariz, con indignacion de la gente que se escandalizaba de oirla decir que si no fuera tan madraza, ya lo hubiera matado por tamaño delito.

Prudencia: á una mujer que sólo cuenta lo que sabe... y mas.

Resignacion: á una esposa que, porque su marido no le consiente ciertos caprichos, dice que es la mujer mas desgraciada del universo; no obstante lo cual, se limita á gemir, á poner el grito en el cielo y amenazar á su consorte con envenenarse á puras cajetillas de fósforos. El, por si acaso, los compra amorfos.

Consecuencia política: en esto creo que di con una buena ganga. Cediómela intacta un pobre diablo tan sin fortuna, que nadie antes que yo le habia ofrecido por ella ni dos cuartos. El se apresuró á entregármela como si hubiese visto el cielo abierto.

Ya íbamos á marcharnos del Rastro, cuando un mancebo pálido, ojeroso, estenuado, mal vestido y de aspecto decente y simpático, me dijo á media voz, con visible timidez y temblando:

—¿Quiere V. talento?

Volví la cabeza para aconsejarme del prendero, antes de comprometer mi palabra, y este me dijo al punto, pegándoseme al oído:

—Si V. da en hacer compras por el estilo, no respondo del buen éxito del negocio.

—Pero hombre, el talento sirve...

—Para morirse de hambre. Si le vendiese á V.

imbecilidad, audacia... nos entenderíamos probablemente.

—Vaya V. con Dios—respondí al jóven;—y pídale que le conceda el milagro de rebuznar, que si así lo hiciere, tendrá V. mucho adelantado para salir de miserias, y entrar en el reino de los tontos, que es el reino de la abundancia.

Despedímonos con esto del Rastro, y precedidos de un par de mozos de cordel, que nos conducian todo lo que comprado habíamos, nos encaminamos á la prendería, punto adonde, en la semana entrante, habia de ir Diógenes por su hombre virtuoso.

Llegado que hubimos á la tienda, y puestos los géneros en lugar seguro, ocurrióme de repente una dificultad que hasta entonces no habia tocado; y aun comencé á temblar como si tuviese azogue, viendo clavados en mí los ojos malignos é irónicos del prendero que, á pesar de lo obsequioso que se manifestaba, me era cada vez más antipático.

—Se me figura—le dije—que hemos tirado el dinero á la calle, por una mala inteligencia mia, ó de usted acaso.

—¡Oh! no, no, mia no, perdone V.; me contestó, con un acento de seguridad que no admitia réplica.

—Diógenes buscaba un hombre virtuoso.

—Ciertamente.

—Y lo que nosotros almacenamos son virtudes aisladas.

—¡Qué flaco de memoria es V.!

—¿Por qué?

—¿No le indiqué, antes de tomar los efectos que acabamos de traer aquí, que con ellos y la *masa* que ahí dentro guardo formaría yo un hombre virtuoso?

—¡Formar V. un....! ¿Pues quién es V. para formar un hom...

No pude concluir mi pregunta; temblaba de piés á cabeza, sin saber por qué, y la voz se me ahogaba en la garganta.

—Todo lo sabrá V., luego que el negocio esté hecho: ahora sería una imprudencia que yo revelase mi secreto... y no lo revelaré.

A los tres días, volví por casa del misterioso prendero, y media hora despues acudió tambien Diógenes.

Entramos en la salita en donde se hallaba el hombre virtuoso; y reconocido que lo hubo escrupulosamente el comprador—como persona entendida—ofreció por él treinta mil reales. Resistióse el prendero, ofreció nuevamente Diógenes, hubo repetidos regateos de una y otra parte, hasta que, por último, la preciosidad fué rematada en dos mil duros, no habiendo costado mas que ochenta y cuatro reales lo

físico y otros ochenta y cuatro lo moral. Marchóse Diógenes, nos repartimos la referida suma el prendero y yo, y torné á mi casa tan contento como el lector benévolo puede imaginarse.

A los pocos dias, nuestro hombre virtuoso se enseñaba á peseta por persona, en esta córte, como uno de los objetos más curiosos; y varios periódicos científicos entablaron una encarnizada polémica sobre si la especie de que procedia este rarísimo ejemplar, único acaso ya en el mundo, era anterior, contemporánea ó posterior al *megaterio*, animal del que se conservan restos en el gabinete de Historia natural de Madrid.

Los sabios y los ignorantes, los grandes y los chicos, los varones y las hembras, la poblacion entera, en fin, admiraba el fenómeno que servia de tema á todas las conversaciones y á todos los comentarios.

Diógenes continuó exhibiéndolo primeramente en España, despues en otros países de Europa; y no hubo ninguno en que la gente no se hiciese cruces, considerando como un prodigio la existencia de un hombre virtuoso.

Viendo yo el éxito que la virtud obtenia en la tierra, casi, casi estuve tentado á desconfiar del dicho del *Bachiller Sanson Carrasco*, lo cual equivalia á desconfiar de la mismísima verdad en esencia y presen-

cia; y desde luego me propuse resueltamente ser virtuoso, para que la fortuna se me mostrara propicia y me sacase airoso de todos mis planes y empresas.

Más alegre que unas pascuas, fuí á consultárselo al prendero, figurándome que este aplaudiría mi determinacion. Entré en su tienda, hallélo despachando varios muebles, y mientras él concluía recorrí con los ojos un cuaderno que ví encima de una mesa y que contenía, entre otras cosas, la lista de algunos de los objetos que el prendero y yo habíamos comprado meses antes en el Rastro.

—¿Qué hay de bueno? me preguntó él, luego que hubo concluido la venta de muebles.

—¿Sabe V. que he pensado en hacerme virtuoso, para conquistar fortuna?

—No lo sabía.

—Pues sí, señor.

—Pero ¿*formalmente virtuoso*?

—*Formalmente.*

—Hace V. mal.

—¿Por qué? Sólo que, la verdad, no acierto á explicarme cómo poseyendo el malogrado *Bachiller Sanson Carrasco* tantas virtudes, no hubo nadie que les dijese nada cuando las llevó al mercado; al paso que las que nosotros compramos han tenido la salida que V. sabe.

—Consistió eso en que las virtudes del *Bachiller Carrasco* eran verdaderas, y, por tanto, modestas, cosa que no gusta al mundo; y las que nosotros compramos, además de falsas y muy falsas, como tales, ostentosas é impúdicas, y al mundo se le van los ojos tras estas. Mas claro: las del *Bachiller* merecían el nombre de virtudes en toda la extension de la palabra; las nuestras realmente el de vicios, porque eran hijas de la necesidad, de la fuerza ó del interés.

—¡Oh! habla V. como un oráculo, ahora conozco que los apuntes que he visto en este cuaderno son exactísimos.

Decía el cuaderno :

Curiosidades antiguas.

Honra: de una solterona vieja, fea, tartamuda y contrahecha.

Templanza: de un individuo que ni puede entregarse á la gula, ni tiene apetito.

Fé: le duró dos semanas á un escribano, y es un milagro; está nuevecita.

Caridad: procedente de un prestamista, que en vez de cobrar el 1,000 por 50, se contenta (¡qué alma tan hermosa!) con el módico interés de un 300 por 100.

Patriotismo: de un afrancesado del año 8.

Clemencia: de una madre que despedaza á sus hijos por su mucho amor á ellos, y que tiene la humanidad de no matarlos cuando cometen el crimen de llorar al ir á la escuela.

Prudencia: de una charlatana que no dice mas que cuanto sabe é inventa.

Resignacion: de una esposa que alborota el mundo por nada.

Consecuencia política: de un alma de cántaro, de cuyo nombre nadie se habia acordado nunca; especie de pez que picó al primer cebo que le llegó á la boca.

Y otras frioleras.

—Tiene V. razon—exclamé triste y desanimado.—
A estas reliquias de virtudes averiadas, sólo les habia faltado ocasion para convertirse en vicios ó en crímenes.

Un rayo de luz iluminó de improvísio mi mente: recordando la promesa del prendero, me apresuré á preguntarle, para tranquilizar mi conciencia, quién era él, que, por lo visto, poseia el don de formar hombres que llamaba virtuosos.

—Yo soy el...

Interrumpióle una anciana que, arrimándose á la puerta, le presentó, para venderlo, un primoroso

crucifijo de marfil, obra, sin duda, de algun artista inmortal. El prendero, al verlo, dijo con voz ronca y profiriendo una blasfemia, que no lo queria; su rostro se puso casi verde, y de todo su cuerpo se desprendieron un olor como de azufre y una neblina amarillenta, que por poco no me asfixian.

— ¡*Vade-retro, Satanás!* grité, persignándome y saliendo de mi meditacion, que iba trasformándose en horrible pesadilla.

Desde entonces, siempre que oigo á un hombre pregonar mucho lo que llama sus *virtudes*, y hacer ostentacion pública y frecuente de ellas, cambiándolas por riquezas y por *honores*, digo para mí:

— ¡No daria yo por tus virtudes ochenta y cuatro reales!

(MUSEO UNIVERSAL.)—1859.

LAS LAVANDERAS DEL MANZANARES.

Estoy en lo más alto de la Montaña del Príncipe Pio: es una tarde de primavera; va á ponerse el sol. Flotan en el ocaso nubes de color de fuego, á cuyos reflejos parece que arde la mitad del cielo y que se ilumina la tierra con fantásticos resplandores. Estos mismos encendidos reflejos se copian en la pobre corriente del Manzanares que, dividido, serpentea como un manojo de cintas de púrpura agitadas por el viento, entre las alamedas que bordan sus márgenes amenas.

A mi izquierda, en lontananza, se extiende el puente de Toledo, y no lejos de él aparece la ermita de San Isidro del Campo. Mas acá, también á la izquierda, se levanta, bañado por la luz de oro del sol poniente que reverbera en los cristales de sus

balcones y miradores, el real Palacio, gigante que mira con mil ojos á los cuatro vientos; á sus piés se tiende la Cuesta de la Vega con sus lindos jardines, y mas abajo verdea el Campo del Moro, sitio de recreo que pertenece al real Patrimonio.

Enfrente de Palacio, se distingue la veleta de la torre de la Virgen del Puerto, humilde santuario, próximo al puente de Segovia y sepultado á la orilla del rio en un bosque de álamos altísimos. En la opuesta orilla, principia la soberbia posesion llamada la Casa de Campo, y á mi derecha á lo lejos otra ermita, la de San Antonio de la Florida, levanta igualmente su veleta en un punto no menos delicioso que las dos citadas, descubriéndose allí cerca, detrás de la fuente de los Once Caños, el puente Verde, que sirve para la comunicacion de los lavaderos que hay en la otra parte del rio.

Apenas se conciben la vida, la esplendidez, la magnificencia de la vegetacion de entrambas riberas del Manzanares, sabiendo cuán escaso es el caudal de aguas que lleva, cosa que ha dado abundante materia á los chistes y á las sátiras de muchos de nuestros poetas.

Quevedo dice:

Mas agua trae en un jarro
Cualquier cuartillo de vino

De la taberna, que lleva (el Manzanares)
Con todo su argamandijo.

Y en otro romance:

Estos, pues, andrajos de agua
Que en las arenas mendigo,
A poder de candelillas
Con trabajo los orino.

Pero lo cierto es, que el rio puede ostentar con orgullo las pintorescas márgenes que fecunda con su riego, y que desde cerca del puente de Toledo comienzan, y casi desmentir por boca de infinidad de lavanderas, únicas ninfas y náyades de las mismas, y con la blancura deslumbradora de un mundo de trapos, lo que tiene que confesarse por fuerza, sopena de faltar á uno de los preceptos del Decálogo, á saber: la pobreza de sus aguas.

La parte del rio que voy describiendo, está en varios puntos sembrada de isletas, verdes en la primavera y en el verano, y blancas en el otoño y en el invierno, en cuyas dos últimas estaciones el arenal queda despojado de yerba y de flores.

Tal es, en globo, el teatro en que la lavandera de Madrid *limpia, fija y da esplendor*, con lo que hemos convenido en llamar agua del Manzanares, y con el jabon, la paleta, los puños y la colada, á las

múltiples y variadas prendas que para el objeto se le confían.

Estiéndense los lavaderos en línea casi recta desde el embarcadero del Canal hasta la Fuente de la Teja, presentando un golpe de vista que no deja de ser agradable. Á lo largo de entrambas orillas, y en las isletas mas grandes, se ven las bancas y cajones en que las lavanderas se sientan de rodillas, ó mejor dicho, sobre los talones, para hacer el lavado. Cuando inclinándose hácia adelante, con una mano sujetan y traen á la razon la prenda que lavan, y con otra descargan sobre ella furibundos paletazos, parecen á cierta distancia, por el movimiento de brazos y de cabezas, aves acuáticas que tienden el vuelo, pájaros que aletean al salir de sus nidos.

Detrás de ellas, se alzan las casitas de los propietarios de los lavaderos, especie de ventorrillos, en los cuales se despachan los artículos de más consumo entre la gente de paleta y jabon, como esca-beche, callos, sardinas, vino, buñuelos, garbanzos salados, pimientos en vinagre, naranjas, cacahuets, rosquillas y aguardiente.

Por último, delante, entre y detrás de las casas, un sin fin de tendederos para la ropa, formados de estacas y sogas, completa el cuadro de una manera

nueva y sorprendente. Desde el punto en que yo lo contemplo ahora, á la vaga luz del crepúsculo de la tarde, pareceme estar viendo, ya una gran llanura nevada, porque domina el color blanco; ya un rebaño innumerable de ovejas; ora un puerto magnífico, lleno de velas y de buques empavesados con flámulas y gallardetes de colores; ora una feria para la que se han improvisado millares de tiendas; ora, en fin, el campamento de un ejército formidable que ha sentado sus reales á la orilla de un rio, cuya margen opuesta ocupa el enemigo.

La lavandera de oficio procede de las clases mas humildes del pueblo, y generalmente es mujer que ya ha pasado de la juventud. En sus expediciones cotidianas al rio, ella misma (si no es de las que tienen muchas casas, y por tanto, mucho que lavar), despues de recoger la ropa á domicilio, se la lleva en un saco, en una sábana ó en un pedazo de jerga atado por sus cuatro puntas. La que cuenta con muchas casas, busca un mozo de cordel para que le sirva completamente de acémila, ó al menos de cirineo, ayudándola á llevar y traer aquella cruz, mediante una módica retribucion. Lavanderas hay tambien, y algunas pertenecientes al sexo barbudo, en varios pueblos de las cercanías, que vienen á menudo á Madrid á recoger la ropa y conducirla en

carros y caballerías, para lavarla en el punto de su residencia.

Esto en cuanto á las lavanderas públicas, cuyo número, por respetable que sea, es, sin embargo, muy inferior al de las criadas, que también pueblan las orillas del Manzanares, y que lavan sólo para las casas en que sirven. A estas, si tienen novio (y puede asegurarse que todas lo tienen, aunque ellas sean horribles como tragos, pues nunca falta un roto para un descosido), á estas, pues, digo, suele llevarles el lio el novio, si no tiene trabajo, si está desocupado, cosa que también es frecuente, por desgracia de ellos y para tormento de las amas.

Finalmente, hay otra clase, mucho menos numerosa, de lavanderas, si tal nombre merecen las viudas de empleados subalternos, mujeres de cesantes, esposas de militares retirados, señoras, en una palabra, pobres; personas que han disfrutado ciertas comodidades en mejores tiempos, y que ahora no pueden sufragar el gasto de lavado, las cuales, con su pequeño lio bajo el brazo, cubierto el rostro con un velo pardo, raído y lleno de puntos, bajan los domingos al río y ocupan las bancas que las lavanderas de profesión suelen pagar por mes, y que en tal día se hallan desiertas. A estas lavanderas vergonzantes, las llaman *golondrinas*; y cuando, por casua-

lidad, las que han alquilado las bancas tienen que lavar en domingo y encuentran establecido el comunismo dentro de su propiedad, descargan sobre las *golondrinas* una perdigonada de frases y de interjecciones, que es cosa de taparse los oídos. Verdad es, que no siempre todas las *golondrinas* son dignas de la conmiseración de las lavanderas.

Rudo y penoso es, ciertamente, el oficio; y preciso tener naturaleza de bronce para resistir allí la lluvia, la nieve y el penetrante frío del invierno de Madrid, y en el verano los rayos de un sol que de milagro no las derrite los sesos y hace hervir el agua del Manzanares, siendo tan poca esta y tan abrasadores aquellos. En honor de la verdad, debe decirse que regularmente la lavandera, no sólo sufre la intemperie con varonil entereza, sino que la desafía hasta en los meses de Diciembre y Enero, poniéndose en mangas de camisa, desnudos los brazos, cantando y trabajando tan alegremente como si se hallase recostada en muelle sillón al tibio calor de una chimenea.

No se crea que únicamente la canción popular, y las coplas de ciego disfrutaban el privilegio exclusivo de resonar en las riberas del Manzanares; la zarzuela gana cada día terreno en ellas, y desde *Jugar con fuego* hasta *El Tío Canijitas*, desde el célebre *Don Si-*

mon hasta *El Grumete* y acaso hasta el *Suonni la tromba é intrépido* de *I Puritani*, cuentan con intérpretes fogosos en muchas de aquellas sirenas, á cuya voz sacan las cabezas las ranas y acuden los sátiros y silvanos que vagan por las cercanas alamedas, con ros y poncho, casco y casaca.

Si alguno de mis lectores visita los sitios que voy describiendo, no dejará de distinguir á su paso tal cual corrillo. Aproxímese á él, y verá, una de dos: ó que allí se baila, ó que se echan las cartas y se celebran rifas. Si lo primero (que suele suceder á la caída de la tarde, entre dos luces, y para algunos bailadores entre cuatro, si han bebido mas de lo regular), no podrá menos de envidiar la franqueza, el *sans façons* que reina en aquellas campestres *soirées*, en las que se retoza y respinga, y en las que la robusta dama recibe sin melindres las cariñosas y significativas coces del galan fornido, á quien á veces corresponde con iguales muestras de afecto, si no es que le pellizca, le muerde y le estampa en la cara *los cinco mandamientos*. Un ciego preside generalmente, ya con bandurria, ya con guitarra en mano, estas diversiones *patriarcales*, sentado en un banquillo tabernario ó en el tronco de un árbol, y remojando á menudo la palabra con un tinto que, para ser tinta, no necesita mas que cambiarse la *o* en *a*. La

concurrancia más distinguida que allí acude, se compone de *melitares*, por quienes las lavanderas públicas y particulares manifiestan singular predilección, y tras de cuyos botones de metal y carrilleras doradas se les van los ojos como unos tontos.

Las rifas constituyen otro de los recreos de las lavanderas. El rifante paga valor de cinco por uno á las jugadoras que ganan, unas veces en dinero y otras en objetos diversos, como roscas, pañuelos, calcetas, ligas, vasos, peines, etc. Para ganar en tales rifas, es preciso tener mas suerte que para ganar en las loterías del Estado, lo cual prueba que los rifantes entienden la aguja de marear y no se maman el dedo.

Pero lo que más profundamente escita el interés de las lavanderas, es su horóscopo. Rara será la que alguna vez no se haya acercado á que le echen las cartas. Ejercen este alto ministerio viejas que pueden competir en lo repulsivamente horribles con la mismísima estampa de la heregía, desgriñadas, canas, sin dientes, con la punta de la nariz tocando la de la barba, encorvado el tronco y apoyándose en un palo; ó gitanas de las que moran en alguna sucia huronera de los barrios bajos, y cuya misteriosa influencia sobre el vulgo no puede negarse. La sibila, vieja ó gitana, echa las cartas con gravedad pasmosa, refunfuñando palabras tan enigmáticas, que

así las entiende el auditorio como ella misma, hasta que, por, último explica con otras claras y terminantes á la interesada la suerte que el porvenir le reserva, cuya suerte es mas ó menos próspera, segun la cantidad que se ha pagado por el horóscopo. Lo que semejantes pronósticos dan que pensar, no es para contado; y se comprende muy bien que así suceda, porque no es cosa que á una pobre muchacha le sea indiferente ser princesa antes de mucho tiempo, como le han anunciado, ó bien sufrir una gran desgracia dentro de poco. Las vanidades que despiertan estas dispensadoras de fortunas y de felicidades, y los dolores de cabeza y desazones que causan augurando catástrofes, son sin cuento: criada ha habido que siendo, antes que le echasen las cartas á orillas del rio, humilde como una malva y muda como una estatua, se volvió despues de oír su horóscopo soberbia como una emperatriz y respondona como si se lo debiesen y no se lo pagasen.

No es raro que las lavanderas conviertan en tocador la orilla del rio, y el agua de éste en espejo. Mucho debe gustarles hacer su *toilette*, ó hablando como es debido, lavarse y peinarse al sol; porque cuando el dia está bueno, infinitas madejas de pelo flotan al viento, é infinidad de caras son rociadas por las frescas linfas del Manzanares.

Lo que en el río se habla, se murmura, se miente, se interpreta y se comenta entre las lavanderas en general; los epigramas, las risas, las agudezas, las chocarrerías groseras á que dan lugar, ya el estado de la ropa que se orea en los tendederos, ya la casual colocacion de los objetos lavados, es indescriptible. Examinad con cuidado esta colocacion, y descubriréis, en efecto, contrastes singulares. ¿Quereis ver unidos los polos opuestos de la sociedad? Ahí teneis una finísima y elegante chambrá de mujer, en íntimo contacto con una peluda chaquetilla interior de bayeta de color de yema de huevo, propiedad sin duda de un molinero; ahí teneis un par de medias de riquísimo hilo que deben, por la belleza de su forma, haber calzado un par de piernas femeninas que mas de un pintor elegiria para modelo de las de sus Vénus, tolerando, no ya la proximidad, sino la yusta-posicion de unos toscos calzoncillos de hombre remendados, y que por su amplitud pertenecen de seguro á algun aguador de Puerta Cerrada. Un gorro de niño de pecho está atado con la blanca papalina de la abuela: la cuna y la tumba, la generacion que viene y la que se va, el mundo que nace y el mundo que muere. En esta cotidiana exhibicion de trescientas ó cuatrocientas mil prendas (cálculo hecho á ojo de buen cubero) salen á la pública vergüen-

za, codo con codo, la camisa de la prostituta y la de la honesta vírgen; y la media de lana de un lacayo está dando con la punta del pié á las *postrimerias* del pantalon bordado de una señorita de la alta aristocracia.

Para muchas personas es un enigma el que siendo tan sumamente mezquino el caudal de agua del Manzanares, y lavándose tanta y tan sucia ropa en ella, quede esta blanca como la nieve. Unicamente encuentran una esplicacion al referido fenómeno, á saber: que el agua lava la ropa y la ropa lava el agua, esto es, que se lavan recíprocamente, quedando, por efecto de una operacion química natural que no está al alcance de la inteligencia humana, blanca la una y cristalina la otra: lo cual no quita que hasta aquí haya podido decirse á este propósito del Manzanares, lo que ya dijo Quevedo en sus alabanzas irónicas de Valladolid, con respecto al Esgueba:

Mas necesaria es su agua
Que la del mismo Pisuerga,
Pues de puro necesaria
Públicamente es secreta.

¡Oh! ¡si fuera posible que habláran los tendederos! Si de repente diese lenguas el cielo á tanta camisa, á tanto miriñaque, á tanta enagua, á tantas benditas prendas como ondulan á merced del viento, pen-

dientes de las cuerdas como ajusticiados que penan sus delitos! ¡Si fuese dable saber las historias atroces ó divertidas, sérias ó ridículas, de los pecadores trapos que todos los dias van á purificarse, como en un Jordan, al Manzanares!

Tres cuartos por persona cuestan al dia una banca y dos estacas con su correspondiente cuerda para tender: no son caras. Con esto y un trozo de jabon, ¡quién sabe lo que se puede lavar, sobre todo con habilidad y buenos puños!

Lo que no puede lavarse, aunque las lavanderas se descoynten y se pulvericen los dedos y las muñecas á fuerza de refregonés, y aunque empleen todo el jabon almacenado en los comercios y fábricas de la córte, y aunque las lleven mil veces á la colada, son las manchas morales. Es más, y esto affigirá seguramente á todo corazon sensible: aun cuando el agua del Manzanares, y los puños de las lavanderas, y el jabon, y la paleta, y la legía poseyesen tan maravillosa propiedad, contadas serian las personas que irian á purificarse.

Porque ¿de qué, ni cómo vivirian la infeliz Mesalina de calleja y la de los salones, mil veces más impúdica, si su honra pudiera ser lavada?

¿Qué les quedaria á muchos escritores, si se lavasen las inmundicias de sus obras?

Qué sería de la ZARZUELA, dándole unas cuantas jabonaduras?

¿Dirían muchos hombres públicos á su lavandera: «buena mujer, láveme V. la conciencia, que le han caído algunas manchas,» cuando sin estas manchas, que tal vez son errores, quizá desaciertos, acaso crímenes, no tendrían ellos importancia ni significación alguna?

¡Oh! si el agua del Manzanares poseyera esta virtud, ¿quién no tendría en un rincón del alma algún lío que mandarle, por pequeño que fuese, para restituirle su pureza primitiva, suponiendo propósito de no volver á marcharse?

(MUSEO UNIVERSAL).—1859.

MISERIAS DE LA VIDA LITERARIA Y ARTÍSTICA.

El *Café de Venecia* era poco há en esta córte el punto de reunion de actores sin ajuste, que concurrían á él á buscarlo, ó de actores ajustados, que iban á diligencias particulares, ó sin mas fin que matar el tiempo, cuando no tenían que ayudar á bien morir comedias, si pertenecían, por desgracia, al copioso número de los agonizantes del arte (como si la literatura dramática fuese reo en capilla), ó á darlas vida y sér, si, por fortuna, se contaban en el escaso de los que sostenían las gloriosas tradiciones de la escena española.

Allí, pues, hubiera podido el observador formarse, por analogía, una idea de lo que son los grandes hombres contemplados de cerca; esto es, despoja-



dos de sus trajes teatrales, y sin la engañosa perspectiva que producen la luz artificial, los bastidores y hasta la concurrencia.

Hubiera visto á D. Pedro I de Castilla convertido en un zascandil, más alegre que unas castañuelas, y con tanta crueldad en el corazón como una liebre: á Juan de Padilla, no tremolando el estandarte de la libertad, ni reuniendo á su voz los Comuneros para el combate, sino chupando con ánsia canina la mísera colilla de un mísero cigarro, perteneciente á la familia de los *Quijadas*, según Zea, y que debió á la esplendidez de un compañero tan lucido como él; ó bien apurando la negra bebida bautizada con el nombre de *café de Moka*, y que peritos imparciales no hubieran dudado en calificar de *tinta fina de escribir*. La verdad en su punto.

Muchos griegos y romanos de la noche anterior se presentaban en estotro escenario, sin mas clámidas, coronas, cascos, coturnos y sandalias, que gabanes ruines, sombreros alicaídos, gorras roñosas, y botas ó zapatos con tan perversas *inclinaciones* que, á juzgar por ellas de su moralidad (de la de los zapatos y las botas), dignos eran de ser enviados á presidio.

Pero la clausura del *Café de Venecia* contrarió, por de pronto, mi deseo de complacer á mi amigo Mar-

timez, recién llegado á Madrid, el cual tenia particular empeño, como todo el que viene de provincias, en ver á los hombres más eminentes, así en las letras, en las ciencias y en las artes, como en la política, en la milicia y en el mundo elegante. En una palabra, deseaba conocer de cerca toda clase de notabilidades, con la curiosidad intemperante del honrado vecino de Vallecas ó de Miraflores, que va á ver las hienas de la Casa de fieras ó *Los polvos de la madre Celestina*.

Habíase formado Martinez en su mente un Olimpo, un mundo poblado de seres que en nada se asemejaban al hombre, y sí mucho á las divinidades de la teogonía pagana; seres que no hablaban, reian, andaban, comian, ni bebían como los demás, dotados de todas las perfecciones apetecibles, y rodeados del esplendor con que el espíritu embellece sus risueñas creaciones.

Sin embargo, Martinez no renunciaba á su idea, y al fin me decidí á sacrificar de vez en cuando en su obsequio algun rato, pero sin prevenir nunca anticipadamente su ánimo declarándole el nombre de las personas que me propuse visitar, ni el de las que encontrásemos al paso en la calle, para ver el juicio que Martinez formaba de ellas.

Llevélo un dia á casa de Claramonte, apellido in-

ventado por mí, al efecto, diciéndole que iba no mas á hacerle una pregunta, que despacharíamos al punto, y que luego destinaríamos un par de horas á pasear por la córte.

Eran entonces las ocho de la mañana, de una hermosa mañana de Junio, en que el Retiro convidaba con sus frescas arboledas á los habitantes de Madrid, gran parte de los cuales descansaba todavía en brazos del sueño, y otros, como Claramonte, acababan de abandonarlos. La patrona de éste, que sabia mi intimidad con él, nos dejó entrar en su habitacion, la cual era un reducido cuartó en que apenas cabíamos los tres, y cuyo mueblaje y adorno consistian en lo siguiente: una cama, que parecia de perros, con almohadas sin funda y una manta sin pelo; una mesita que levantaba del suelo poco mas que las que usan para su trabajo los zapateros remendones, y encima de la mesa un tintero de barro y muchos papeles révueltos; en un rincon, tres botas viejas, pero muy viejas, llenas de polvo, y en cuyo interior habian establecido pacíficamente sus telares y despleaban todo su ardor industrial varias arañas, pudiendo tambien suponerse, razonablemente, que en el fondo habria sapos y culebras; tres sillas lisiadas y cubiertas sus fracturas con apósitos de cáñamo y de tablitas claveteadas; un cabo de sebo, encajado en

una palmatoria de barro; y en medio del cuarto, un plato roto, que servia de paleta al betun con que el pincel (vulgo cepillo) barnizaba unas botas refractarias á los heróicos esfuerzos de Claramonte, bañado en sudor al entrar nosotros.

—Buenos dias, Antonio; le dije, pronunciando su nombre, y no su apellido, como otras veces.

—¡Hola, chico!

—Me dispensarás que venga á estas horas con el señor—añadí volviéndome á Martinez;—es un amigo de confianza, forastero; pensamos ir en seguida á correrla un rato, soy su *cicerone*, y he querido evitarme un viaje á casa, sólo para buscarlo.

—Has hecho perfectamente; ya sabes que no me gustan etiquetas; el señor puede, cuando le plazca, honrar esta *cueva*.

Tomamos asiento, y Antonio (ó sea Claramonte) continuó su operacion, pretendiendo sacar á las botas un lustre que se empeñaba en no salir; luego, tomando una aguja enhebrada, se cosió tres ó cuatro botones con una facilidad que descubria lo acostumbrado que estaba á semejantes labores.

En esto oyóse fuera la voz de la patrona, que disputaba á la puerta con un hombre, cuyo ronco acento apagaba el agudo de aquella.

—¡Es un tramposo!—gritaba el hombre.—Ya he

hecho cien viajes, usted siempre me lo niega, y hoy vengo dispuesto á todo; ó me paga el gaban y los pantalones, ó lo desnudo en medio de la calle.

—Vaya usted mucho con Dios, seo insolente—respondió la patrona.—¡Habrás visto! ¡el escandaloso! Yo soy una señora de vergüenza y de honor, y si no se larga usted prontito le pondré las peras á cuarto.

—¡Qué ha de poner usted! Yo si que voy á ponerlo á él por justicia; verémos quién lleva el gato al agua.

—¡Sí, señor; lo verémos, lo verémos!

El hombre cerró la puerta, pero con tal fuerza, que se rompieron los dos únicos cristales, que, de cuatro, le quedaban á la ruin ventanilla por donde entraba la escasa luz del cuarto de Antonio.

—¿Qué ha sido eso? preguntó éste á la patrona, acercándose un poco al pasillo.

—¿Qué ha de ser? Esto tiene que acabar muy pronto, Sr. D. Antonio, pues así no es posible que usted permanezca mas en mi casa. Ha venido el señor Tijeretas, el sastre, á reclamar á V. el dinero del gaban y los pantalones, y lo malo es que se queja con mucha razon; sólo para idas y venidas necesita el buen hombre la mitad del tiempo. Se conoce que se ha sulfurado, está que trina, escandaliza sin miramiento, y llegará á desacreditarnos á usted y á mí.

—Pero, señora...

—Mi corazón es bueno, Sr. D. Antonio, harto lo sabe V.; pero ya no puedo suplir ni un día más el gasto que V. hace.

—¿Qué gasto yo, señora?

—¿Qué gasta V.? ¡Pues qué! ¿acaso me dan de balde, por mi linda cara, ó sólo por ser vos quien sois, como dijo el otro, el pan que V. come, aunque es del barato, y las lentejas que le pongo á todas horas, aunque no son de las caras? ¿Csee V. que me regalan la luz, el lavado, el agua, el...

—Señora—interrumpió Antonio,—me revisto de paciencia, porque al fin y al cabo es V. mujer; tengamos la fiesta en paz, vaya V. á sus quehaceres, que yo le prometo arreglar á la noche nuestras cuentas.

Desapareció el ama, escusóse Antonio con nosotros lo mejor que pudo, nos despedimos de él, y bajamos á la calle.

—Acabas de ver—dije á Martinez—una *notabilidad*.

—¡Estoy! ¡estoy! ¿Será un petardista, uno de esos hombres que andan por Madrid, sin oficio ni beneficio, acostumbrados, como vulgarmente se dice, á vivir sobre el país? ¿Qué tal? ¿Acerté?

—No, es uno de nuestros buenos escritores y poetas.

—A otro bobo con esas. ¡Bonitas trazas tiene él de poeta! Miserable, feo, lleno de deudas, hambriento....

—¡Qué niño eres! Si fuese un poeta adocenado, un mamarrachista fecundo, un escritor chapucero, quizá lo hubieras visto elegantemente vestido y vi- viendo con cierto lujo y comodidades.

—No conozco el apellido de Claramonte.

—Pero conocerás el de Ocho-Iglesias.

—¿Es ese D. Antonio de Ocho-Iglesias?

—Sí, amigo: en otros países basta una obra buena, menos aun, basta una obra que, con justicia ó sin ella, adquiriera celebridad, para dar siquiera provecho al autor: en España basta, y sobra eso mismo, para que un autor se muera de hambre. En Francia, por ejemplo, Eugenio Sue, *el abogado de los pobres*, escribe *Los Misterios de París*, y gana montones de oro, y compra un palacio para habitarlo con el fausto y la opulencia de un sultan: Alejandro Dumas acaso emplee tanto en sus caprichos como la mitad de nuestros literatos en mantener á sus familias, y ahora mismo anda por Italia haciendo costosas tonterías en su yacht, producto sin duda de algunas *Impresiones de viaje* por el estilo de las que escribió acerca de España: Lamartine, acosado por sus acreedores (fieras que no puede amansar con su

lira como amansaba Orfeo los leones y los tigres), publica un libro para evitarse el sentimiento de vender la casa paterna, y pagar á aquellos; y cuidado que los acreedores de Lamartine no le piden el valor de un gaban, de un pantalon y de un plato de lentejas, sino algunos millones..... ¡Pobrecito Lamartine! ¡Con cuánta razon está lamentando á todas horas su miseria! (1). ¡Se conoce que ha vivido con tanta economía como nuestro buen Ocho-Iglesias! Pues señor, como iba diciendo, publica Lamartine un libro, y el mundo todo contribuye á la referida obra de misericordia. Bien se le puede aquí caer, no digo la casa paterna, sino aunque sea el cielo encima al

(1) Véase, á propósito de esto, la siguiente gacilla, publicada por toda la prensa madrileña:

Maldicion ridicula. Mr. de Lamartine ha lanzado en su CURSO FAMILIAR un grito profundo y terrible contra su patria, por no haber encontrado medio de que se haya cubierto la suscripcion nacional que tenia por objeto pagarle sus deudas. El párrafo en que llega hasta maldecir á su pais, con motivo de haberse visto precisado á vender un caballo, cuyo color sería curioso saber, merece reproducirse:

«Jamás, dice, perdonaré á mi pais haberme obligado con la dureza de su corazon á vender llorando sobre sus crines mi último caballo de montar, alimentado, criado y adiestrado por mi mano, para pagar con un puñado de oro, oro sacrilego á mis ojos, una deuda que habria preferido satisfacer con algunas onzas de mi sangre. ¡Pais de shylocks, que dejas vender la carne del hombre, caigan sobre ti las maldiciones de los que aman la naturaleza animada! Cuando veo á ese querido y noble animal pasar por casualidad bajo su desconocido poseedor, por la alameda de los Campos Eliseos, vuelvo á otro lado la cabeza y pierdo el color; y si me preguntan qué tengo, respondo: ¿qué es lo que tengo? Que he visto pasar un pedazo de mi corazon arrancado del pecho. ¡Maldita sea la Francia, que se detendría toda entera para arrancar una espina del desnudo pié de un transeunte, y que no se apartaría de su camino para arrancar una espina moral del corazon de un hombre sensible, castigado por haberla amado en demasia! Y tú tambien, Francia, tú serás castigada; lo presiento, y la hora se acerca; pero serás castigada por haber estrechado tu corazon, como yo lo soy por haber ensanchado el mio con exceso.»

El pasaje, añadan los periódicos, es seguramente poético, pero la maldicion un poco fuerte. Es más: nos parece un poco ridicula.

más pintado; si se le cae, dirán sus compatriotas, que la levante, y si no, que tenga paciencia.

—Bien, pero...

—Acaba.

—¡Se escriben aquí unas cosas!

—No digas vulgaridades. Aquí se escriben cosas muy dignas de aplauso y de premio; pero nuestra falta de patriotismo las rebaja á veces hasta el desprecio. ¡Oh! yo te aseguro que si nuestro don Antonio de Ocho-Iglesias se llamase Mr. Antoine d'Huit-Eglises, otro gallo le cantára!

Despues de callejear durante algun tiempo, pasamos á ver á una célebre actriz de provincia, sin ajuste á la sazón. Hallamos á nuestra amiga tan de *negligé*, que la bata, por falta de botones y de cinturón, se abría y se cerraba por el pecho á cada movimiento que Rosmunda hacía, como una ventana entornada, al soplo del viento. Los ojos de la actriz conservaban profundas huellas de una noche de insomnio; la cara y las manos pedían agua para lavarse, y un peine la enmarañada cabellera.

Martinez habia visto á nuestra actriz en *El Trovador* y en *Los Amantes de Teruel*, y apenas podia dar crédito ahora á lo que presenciando y oyendo estaba. Aquella mujer ojerosa, de aspecto enfermizo, tan libre en sus modales, tan condescendiente con la

bata, que cada vez se insubordinaba con mas descoco, no podia ser la *Leonor* de García Gutierrez, ni la *Isabel Segura* de Hartzenbusch. Su voz áspera, sus manos flacas y negras y sus desmesurados piés, no podian ser la voz apasionada, la mano blanca, ni los piés menudos de las amadas de Manrique y Marcilla.

Cada vez que Rosmunda hablaba, era para quitar el pellejo á su mejor compañera, inventando, ó refiriendo verdaderos hechos privados, hechos en que figuraban, por supuesto, sus rivales, y que poco despues habian de aumentar los capítulos de la *crónica escandalosa*. ¡Qué lengua! ¡Oh! ¡Qué lengua!... ¿Y su vida íntima? ¡Qué abismo, Dios mio! De ella habia yo oido decir á compañeras suyas, que no sabia quiénes eran sus padres, y probablemente ignoraria quiénes eran sus hijos. Hablaba Rosmunda del público, segun la acogida que éste le habia dispensado. ¿La silbaron en alguna parte? «¡Ah, bárbaros!—decia—¡lástima de pesebre! No se ha hecho la miel para la boca del asno, etc., etc.» ¿La aplaudieron y la echaron coronas? «No hay en el mundo público más inteligente, más recto, ni más galante que éste.» ¡Pobre actriz! ¡Desgraciada mujer!

—¿Sabes—me decia Luis, bajando la escalera de la casa de Rosmunda—sabes que se me van quitando las ganas de conocer notabilidades?

—¿Qué te parece la que acabamos de ver?

—¿Qué quieres que me parezca? Yo soñaba con un paraíso, y despierto en un infierno; esa mujer me la habia figurado coronada con una aureola de gloria, cruzando entre blancas nubes el cielo en que vivia yo mentalmente, y la encuentro revolcándose en el lodo de la vida terrenal, agitada por pasiones ruines y pensamientos mezquinos.

—No conoces el teatro, Martinez. La conducta de Rosmunda es una necesidad de que no puede prescindir en el ejercicio de su arte: si de telon adentro se acobarda, se inutiliza; las luchas que de telon adentro sostiene todos los dias y á todas horas, son mil veces más terribles que las que desde el escenario ha de sostener con el público. De telon adentro, suele decir ella misma, hasta á los corderos les nacen colmillos de jabalí y á las palomas garras de harpía; ya para habérselas con el *caballo blanco* (1), que suele sacudir fuertes *coces* contra el estómago de los actores, y que á veces acaba como los de la plaza de toros, con las entrañas fuera, *porque le han sacado las entrañas*, ya para los combates de compañero á compañero. Entiende que las garras y los colmillos son morales.

(1) En la jerga de bastidores se llama así al empresario.—(N. del A.)

Tal fué el resultado de nuestras dos primeras y únicas visitas, porque aquel mismo dia recibió mi amigo un despacho telegráfico, en que le anunciaban el fallecimiento de un tio suyo, que le habia dejado una herencia considerable; motivo que le obligó á partir de la córte, aplazando su regreso para el otoño. Pero sabiendo que tenia yo apuntadas algunas observaciones relativas á la vida literaria, que podrian, hasta su vuelta, darle á conocer varias celebridades, aunque anónimas en mis borradores, llevóse éstos, devolviérmelos luego, ya leídos, y yo publico ahora los que verá el curioso que pase los ojos por la siguiente:

REVISTA FANTASTICA.

Doblaban tristemente las campanas de Madrid en la noche del 1.º de Noviembre, por las almas de los que habian cruzado, años ó dias antes, como aves de paso, el valle de lágrimas, dejando entre la maleza sus vistosas plumas, y aun su propio corazon, atravesado por las flechas de esa pérfida é inexora-

ble cazadora llamada *Muerte*, y acababa yo de apurar la última copa de licor y de comer la última castaña, que de algunas botellas y de algunas fuentes de uno y otras quedaban en una de las más decentes buñolerías de la corte, cuando Emilio principió en tono lacrimoso á recordar amigos que todos habíamos conocido y amado, y que, aun muertos en la primavera de su edad, eran ya una pérdida irreparable para las letras. El licor nos daba la loca alegría que á la casa aquella habíamos ido buscando, sin esperanza todos, impelidos por el ansia con que los alquimistas buscaban oro en el fondo de sus misteriosas redomas; y Emilio, el Heráclito de nuestra república, nos la arrebatava con sus elegías intempestivas, con sus gestos fantásticos, y con su voz honda y oscura que parecia salir de un sepulcro.

Esta situación era demasiado violenta y no podia durar mucho tiempo. Luis, que, como sabeis, se parece más á Demócrito que á Emilio, harto ya de fúnebres declamaciones, pidió paz para los muertos, y declaró guerra á los vivos (que, en verdad, fué pedir lo que de sobra tienen) y nos entretuvo agradablemente con la amena y cáustica locuacidad que tanta fama le ha dado en los círculos literarios, á costa del pobre prójimo que coge por su cuenta.

Como yo sólo en ocasiones extraordinarias bebo,

no necesitó mi sistema nervioso gran cantidad de licor para alborotarse, como no necesita mas que una chispa un barril de pólvora para estallar. Así es, que no pude conseguir un sueño sosegado, tranquilo: despues de mucho agitarme en la cama, y de abrir y cerrar los ojos, me quedé en un estado de estupor febril, y principiaron á reproducirse en mi espíritu, pero en desórden, las últimas impresiones recibidas y á zumbar las palabras pronunciadas por Luis; impresiones y palabras á las que mi estado vital prestaba formas y movimientos.

En nuestro banquete necrológico, que así podemos llamar al que casi todos los vivos celebran *en honor* de los muertos la noche del 1.º de Noviembre, no habiamos hablado mas que de literatos y de literatura, y á esto precisamente se refirieron mis sueños.

Hallábase Luis á mi lado y me dijo:

—La Fama, que tantas veces has visto descrita y pintada, como una figura celeste, velado con leve túnica su cuerpo aéreo y elegante, con blanquísimas alas desplegadas y un clarin en la mano, es la que ahora tienes delante de tí.

Abrí bien los ojos, y ví uno que me pareció mozo de cordel, con un par de orejas como abanicos, ro-mo, sucio, remendado, que calzaba enormes zapatos, de andar torpe y lento, y que llevaba en las

manos una especie de estandarte de lienzo ó papel cubierto de enormes letras.

—¡Oiga!—exclamé al verlo:—¿Tambien por acá anuncian las publicaciones los marusos?

—¿Maruso llamas á uno de los dispensadores, de los heraldos de la celebridad? Es la Fama, no la mitológica, sino la de nuestros dias. Si quieres observarla bajo otra forma, acércate aquí, á la derecha. Esta pertenece á una gerarquía más elevada.

Acercámonos á un comercio donde vendian papel impreso, y vimos un mancebo, de gaban raído y tijera en mano, que tenia todas las trazas de un inocente recién salido del colegio, el cual no hacia otra cosa que pegar con obleas á unas cuartillas de papel blanco pedacitos llenos de letras de molde. Figuróseme un periodista, y así se lo manifesté á Luis; pero se me repitió que era otra de las formas de la Fama. La tienda estaba sumamente concurrida de militares, actores, actrices, comerciantes, politiquillos y politicones, literatejos y literatazos, que no cesaban de hacer reverencias y contorsiones ante el mancebo aquel, quien apenas se dignaba concederles una sonrisa de proteccion, cuando no de desprecio. Poco despues, se puso un babero, y se comió muy á gusto un buen plato de papilla.

Presenciando este curioso espectáculo me hallaba,

cuando se dirigió á mí un barbilampiño, con mucho rizo, los dedos llenos de sortijas como escaparate de platero, soberbio reló y bota de charol, seguido de cuatro soldados y un cabo. Saludóme con desenfado, como si fuésemos antiguos conocidos, entregándome al punto un prospecto, á cuya cabeza se leía lo siguiente:

EL CLAVEL DE ALEJANDRIA,

SOLACES Y EMOCIONES DE UN JOVEN SIN UN OCHAVO.

MEMORIAS CLIMATERICO-TRASCENDENTALES,

ESCRITAS POR EL PACIENTE.

—¿Qué se ofrece? le pregunté.

—¡Me gusta la salida! que se suscriba V.

—Prométeselo—me dijo Luis—aunque no se lo cumplas; sin o, tal vez no te deje en paz en un año.

Hicelo así, y desapareciendo como un relámpago tan extraño personaje, siempre seguido de su escolta, continuó mi amigo:

—Ese mozuelo es uno de los muchos vividores que pululan por estos países, y que sólo sirven para desacreditar la noble profesion de las letras, recogiendo las migajas que les echan á los piés los poderosos, en cambio de las vergonzosas adulaciones con

que á veces los aturden. Protector de esos hay, que siendo un mastuerzo ó un tunánte, aparece en las tales obras como un varon insigne ó un santo.

—¡Bravo! ¡Me gustan los *solaces* del niño!

—Cuando no consiguen que un magnate les pague las ediciones de sus cosas, las cuales suelen salir magníficamente impresas, acuden al público; pero el público no se deja sorprender con tanta facilidad; y entonces, para hacer media docena de suscripciones, casi tienen que apelar á la fuerza armada, y aun no logran su objeto.

Oyéronse detrás de nosotros grandes voces; volví la cabeza, y presencié la disputa más encarnizada y ruidosa de que conservo memoria.

Eran los héroes de ella un vejete, cuyo rostro, en carnaval, se hubiera confundido con una careta de pergamino arrugado, y un mozo tan encorbatinado que cualquiera le hubiese tenido por astrónomo, pues el pobre no quitaba, porque no podía, del cielo sus ojos.

—¿Quiénes son esos dos energúmenos? pregunté.

—Dos clasicones, acérrimos partidarios de Aristóteles y del presuntuoso dómine Boileau. Para ellos el mundo no se mueve; pertenecen á la raza de los que encarcelaron á Galileo.

—¡Ave María Purísima! ¡Quién creyera tan poco

seso en gente que tanto debiera tener! ¿Y por qué disputan? Alguna cosa grave ocurre sin duda, para tanta cháchara y mañoteo.

—Van hablando de una obra recientemente publicada.

—Muy mala ó muy buena será la obra, para alborotarlos de ese modo. ¿Qué habrán encontrado en su espíritu y en su forma que en tales términos los exalta?

—¿Qué espíritu, ni qué calabaza? ¿Quieres saber el motivo de esa disputa, que ya dura tres dias? Pues oye: el vejete se empeña, apoyado en la autoridad de Artajerjes, de los siete sábios de Grecia, de Horacio, de Virgilio, de Vulcano, del Gran Capitan y de Hermosilla, en que no puede ser buena la obra, aunque lo mande el *sursum corda*, porque ha descubierto en una página tres sinalefas, porque le falta una coma, y porque hay un asonante donde no debe haberlo. ¡Figúrate qué crímenes! El compás que lleva en la mano derecha, es para medir versos; va tambien armado de escoplo, limas y sierra, metidos en los bolsillos del gaban; y la cajita de hierro que lleva en la mano izquierda, es un *lecho de Procasto* en miniatura, al cual quiere ajustar precisamente todas las producciones del génio, sin que les falte, ni les sobre una línea.

Replicale el del corbatin, que lo menos sería lo de las sinalefas, aunque siempre es pecado gravísimo, si el lenguaje no oliese tanto *al siglo*, deplorando al propio tiempo que hayan ido cayendo en desuso voces tan bonitas, y sobre todo, tan claras, como *inulto*, *coruscante*, *livor*, *cintilantes*, *vórtice*, *tradimento*, *vorágines* y otras muchas muy bonitas que tiene él apuntadas en un cuaderno y conserva como oro en paño.

Suspendimos por un momento nuestro diálogo, y luego continuó Luis:

—¿Oiste? El del corbatin, en prueba de sublimidad de conceptos, despues de censurar los de la obra que motiva la disputa, cita como un modelo inmejorable la octava de *El Macabeo*, de Silveira, que dice:

El cielo abre, con lanzas de cristales,
En el profundo lago ocultas venas,
Y en contra de los orbes celestiales
Graniza al polo el mar turbias arenas.
Exorbitando términos fatales,
De los muros etéreos las almenas
Bañan las ondas, y sus campos largos
Surca segunda vez la nave de Argos.

La claridad de la siguiente, dice que tiene la transparencia del cristal de roca:

La vez primera fué, quedando inmoto
El exe de la máchina fulgente,

Que el celoso precepto á Juno roto
Bebió la Ursa el húmedo tridente.
Halló suspenso el sol, su curso ignoto,
Al tiempo que ilustró la rubia frente
Viendo que falta en la region sublime
Imágenes de luz, á quien anime.

Dejamos á los aristotélicos, y sin nada que nos llamase la atención, llegamos á la entrada de un bosque en donde vimos, á la sombra de unos álamos, un mancebo profundamente ocupado en coser papeles. Á cada hilvan, gritaba con febril entusiasmo:

—¡Magnífico! ¡magnífico!

Y de vez en cuando, despues de un momento de meditacion, se daba una palmadita en la frente, diciendo:

—¡Qué escena! ¡Qué efecto tan sorprendente!
El público va á chuparse de gusto los dedos.

—Supongo—dije á Luis—que este será sastre.

—¿Cómo sastre?

—¿Pues no está hilvanando patrones?

—Es un *génio*, un autor dramático que se pierde de vista, un Calderon, un Shakspeare, un Schiller, un Goethe.

—¡Ah! ¡ya! No sabia yo que aquí se escribian dramas con la aguja.

—Es uno de esos *poetas*, á quienes los que verdaderamente lo son, pudieran dar los nombres de

remendones, cocineros, espigadores ó filibusteros.

—Esplicame esos nombres.

—Te explicaré uno, y fácil te será despues encontrar la justicia y la propiedad de los restantes. Se les puede llamar remendones, porque, apoderándose del pensamiento, de los caractéres y hasta de escenas enteras de una obra inmortal, con el mayor descaro del mundo, sin mas que variar los nombres de los personajes, las localidades, y tal cual incidente ó episodio, y de barajarlos y zurcirlos, pero estropeándolos con conciencia, que es como si dijéramos sin ella, los llevan á los teatros y se los dan á las empresas como originales; y subidos sobre un pedestal usurpado, emboban al público, que arroja á sus piés coronas de laurel, debiendo ceñir sus sienes con ristras de ajos ó guirnaldas de alfalfa.

En vano se han denunciado y probado matemáticamente sus rapiñas, su filibusterismo: ellos sostienen que es lícito espigar, merodear, en una palabra, robar en el campo de las letras, con tal—añaden—que se robe con talento, seguros de que los muertos no han de levantarse de sus sepulcros á darles unos azotitos y mandarlos á la escuela.

Vino á interrumpir el discurso de Luis un manco, que se diria recién escapado de Leganés, cuya locura consistia en correr de acá para allá,

como si estuviese poseido de Satanás, gritando:

—¡Epifanio! ¡Epifanio! ¡Epifanio! ¡Epifanio!

—¿Á quién llama?

Á nadie; no hace mas que repetir su propio nombre á todas horas y en todas partes. Escribe en todos los periódicos, en todas las publicaciones y para todas las empresas, *y mas*; embadurna con sus carteles todas las esquinas: los artículos apologeticos con que le incensó un amigo en *La Aurora*, los lleva á *El Ocaso*, que, *por impulso propio*, despues de mil ruegos de Epifanio, se los inserta con una *cabeza encomiástica*, repitiéndose la operacion hasta lo infinito. Algunas veces, los elogios son *del propio cosechero*, esto es, de Epifanio. No hay rincon donde no se le vea ó se le oiga: ¿hay un banquete diplomático? Epifanio *suplica* que le conviden *espontáneamente*: ¿se trata del entierro de una persona notable? Epifanio concurre, y gracias que no preside el duelo: ¿hubo un desafio? Epifanio fué padrino: ¿se casa la hija de un banquero conocido ó de un conde? Epifanio es testigo. En fin, España entera se halla mas epifanizada, que si le estuviesen tocando continuamente doscientos mil pifanos al oido. No es ya un deseo legítimo y natural de fama el de Epifanio, es rabia, es delirio, es furia, es encarnizamiento.

Aun no habian pasado cinco minutos, cuando vi-

mos otra vez al pobre maniaco en lo alto de un cerro, levantando del suelo una cosa.

—¿Qué hace? pregunté á Luis.

—Está recogiendo los pulmones que habia arrojado á fuerza de gritar. Mira, ya se los mete en la boca; tápate los oídos.

En efecto: dos minutos despues, Epifanio iba gritando por aquellos trigos de Dios.

Perdimosle pronto de vista, y encontramos allí cerca un hombre entretenido en poner encima de otras, qué sé yo cuántas resmas de papel impreso. Á cada resma que añadía, usaba de un instrumento que al parecer servia para medir alturas, repitiendo:

—¡Soberbio! Vamos pian, piano; ya sólo me falta escribir setecientas resmas para llegar al pináculo.

—Ahí tienes—me dijo Luis—otro pobre diablo: vive persuadido de que cuanto mas escriba, mas crecerá su fama, que él cree buena, y de que algun dia tocará con la cabeza al cielo, subiéndose sobre la torre de papel que con gran trabajo está construyendo. Hay quien dice, que no comprende cómo con dos manos (suponiendo útiles las dos para el caso) puede escribirse tanto. Pero hay quien sospecha que el loco este escribe tambien con los piés, y que por eso es tan fecundo.

Aun no había acabado el loco de poner la última resma, cuando de repente vino al suelo aquella especie de castillo de naipes, cosa que desesperó no poco al desdichado escritor, cuyas greñas sufrieron por esta causa cuatro repelones de mano maestra.

La destructora ráfaga había sido producida por el simple movimiento respiratorio de un hombre, cuyo aspecto variaba con frecuencia suma. Unas veces, al echar para adelante la pierna derecha, inflábase su cuerpo, volviéndose esférico y adquiriendo las proporciones de una enorme pelota de viento; otras, al echar la izquierda, se encogía su máquina hasta quedar como un bacalao, en cuyo caso el buen hombre despedía grandes bocanadas de aire.

Al verlo, corrió á su encuentro el de las resmas, y con los ojos saltándosele de las órbitas, le dijo:

—¡Es V. un miserable!

—¿Cómo qué? El miserable lo será V., respondió el hombre-fuelle.

—¿Qué motivos tenía V. para destruir mi obra, el edificio, nada menos, el edificio de mi gloria?

—Pero hombre, ¿qué edificio, ni qué niño muerto? Usted ha comido fuerte. ¡Bonita obra, y bonita solidez sería la suya, cuando de un soplo se ha venido abajo!

—¿Quién es el del soplo? pregunté á Luis.

—Espera un poco, y lo sabrás; aquellos nos lo van á decir.

Eran *aquellos*, dos docenas de papanatas, que se dirigieron á galope hácia nosotros; y apuntando cada uno con su dedo índice al hombre-fuelle, y arqueando las cejas, exclamaron á un tiempo como coristas de ópera:

—¡Qué divinamente sopla D. Junípero!

—Su soplo es el suspiro del céfiro.

—El susurro del agua.

—¡Para soplar, D. Junípero!

—¡Es mucho D. Junípero!

—¡Oohhh!!!

—¡Aahhh!

El hombre-fuelle se fué inflando, inflando, inflando de gusto, en términos que temimos reventase. Estornudó tres veces, y los veinte y cuatro papanatas gritaron:

—¡Asombroso! ¡Asombroso!

—Su estornudo es un ária de Bellini.

—El canto de un ruiñeñor.

—Una armonía celeste.

—¡Ufff!!!

—¡Offf!!!

Bostezó de fastidio, de hambre ó de cansancio el bueno de D. Junípero, y cantó el coro:

—Así abren la boca los ángeles.

—Así sonrie el cielo.

—Recuerda las auroras boreales.

—La luz del alba.

—¿Qué ha de recordar, gazzápiros?—Saltó y dijo un nuevo interlocutor, á quien nombraron Canta-Claro.—¿Qué ha de recordar, peleles?... Cuando respira es un buey, cuando estornuda un camello, y cuando bosteza, no puede oirse otra cosa más parecida á un rebuzno. ¡Por vida de Apolo! Hora es ya de que sepais y sepa el mundo quién es el señor don Junípero. El señor don Junípero es hombre de talento no despreciable, pero á quien la vanidad de considerarse muy superior á lo que es realmente, hincha de tal modo, que, siendo él fideo, se convierte en bombo. Tiene una suerte sin ejemplo, pues todo lo que hace y lo que no hace, lo que dice y lo que calla, y hasta lo que piensa, aunque sea un puro disparate, encuentra siempre admiradores, como vosotros. Para él se inventó sin duda el refran de *mas vale caer en gracia que ser gracioso*. Si anuncia que piensa escribir una comedia, al dia siguiente lo sabe toda España, con el aditamento de tres ó cuatro adjetivos que pongan la comedia, que no escribirá, sobre los cuernos de la luna; si recita un par de seguidillas vulgares, pedestres, simples, de una cosa

en proyecto, se celebran como si D. Junípero hubiese descubierto la cuadratura del círculo. Repito, pues, que D. Junípero es igualmente célebre por lo que hará, ó no hará, que por lo que ha hecho; es cuanta fortuna puede caber á una criatura. Tampoco la tiene mala el que ahora le da la mano.

Era este un cojo, que miraba al suelo como beata que reza y medita, y á quien la visera de la gorra que puesta llevaba, servia de pantalla á sus ojos.

—No creas—me dijo Luis—que ese hombre se tapa; hace que se tapa y como que evita que le conozcan, y que, por consiguiente, se ocupen de su persona. Es primo hermano del hombre-fuelle.

—Paréceme hombre humilde. ¡Qué rara es la humildad de buena ley!

—Pues, según fama, en ese dicen que se encuentra; sin que esto quite, ni ponga, para que malas lenguas murmuren que la tal humildad es la máscara de una soberbia que llega á las nubes, y que detrás de su aparente candor se esconde una intencion como de toro marrajo. Es un consumado cómico de la literatura; y aunque cojo, y mucho, pocos saben del pié que cojea.

En esto principiaron á estenderse las sombras de la noche, desatándose un huracan tan impetuoso, y oyéndose tan horribles truenos, que parecia acercar-

se el fin del mundo. En medio de las tinieblas, se desprendian de los remolinos que por todas partes se alzaban, unos cuerpos ligeros, delgados y de color claro, que la multitud acaparaba, no sin sacudirse recíprocamente buenos torniscones, sobre quién habia de echar primero el guante á los objetos aquellos.

—Luis, ¿qué hace esa gente?

—Cree que llueven ideas, y se apresura á cogérlas, porque las ideas son oro.

—¿Pues no llueven ideas?

—No; esos cuerpos que giran por la atmósfera son pajitas que el viento arranca de los carros de las vecinas eras.

—Luego cogen paja?

—Precisamente; despues querrán vendérsosla por ideas.»

Aquí llegaba mi sueño, cuando se abrió de golpe y porrazo la mal entornada ventana de mi alcoba; á cuyo ruido desperté y oí el aguacero que á torrentes caía entre los furiosos bramidos del viento.

(MUSEO UNIVERSAL).—1861.

CARTA DE UN AMIGO VIVO

A UN AMIGO MUERTO.

Mi querido P.—No creas que te he olvidado, ni menos pensarlo; soy amigo de mis amigos, y tú, mas que amigo, has sido para mí un hermano de quien, hasta el momento de esta tu inesperada ausencia, casi no me habia separado yo un dia en catorce años; asi es, que *desde que te llamaron* y te fuiste, creo que me falta algo, y sin embargo, no se me quita tu sombra de encima. Sabe, pues, que me he acordado de tí una y mil veces; pero ignoro á estas fechas si han llegado á tí mis recuerdos; acaso no; y si es así, no acierto á explicarme la causa, porque el camino á esa es corto, y como la palma de la mano de fácil: no parece sino que distamos mil leguas, cuando en un abrir y cerrar de ojos, como quien dice, podríamos vernos ó saber el uno del otro. Pero

los males de una ausencia, por breve que sea, como lo es la tuya, entre personas que se aman, son incalculables: que la esposa (si uno la tiene), llora á lágrima viva, y grita hasta perder el juicio... que la madre anciana, si vive, clama tanto al cielo, que parece que le arrancan las entrañas á pedazos... que los hijos... — «¡Miserable condicion humana! (exclama aquí un *esprit fort*, conocido mio). ¡Como si uno hubiese nacido para permanecer pegado siempre á los suyos!» Tiene razon; vamos, es cosa de no poder salir uno ni siquiera adonde tú estás, es decir, á la puerta de casa, sin que la familia se alarme, y sin que le lleven un sentido por el viaje. ¿Qué viaje no hay costoso?

Tú estarás descansando; para eso nos dejaste: yo sigo así, así; nunca le faltan á uno sus trabajillos; pero hay conformidad, á Dios gracias, y vamos tirando; me echo la cuenta, y hasta he logrado persuadirme, de que la conformidad es oro, y soy rico, soy opulento, y mas ahora que disimula mi pobreza el traje nuevo que me he comprado, y con el cual voy tan atendible como ibas tú con el tuyo, poco antes de tu partida. ¡Oh! entonces daban ganas de saludarte; estabas ya en camino de parecer persona decente, y hasta cualquier mentecato se hubiera dignado presumir que tenias talento.

—¡Ah! no se me olvide. Elisa me preguntó días atrás:

—Papá, ¿cómo no viene aquel señor que me quería tanto?

—¿Quién?

—Aquel que me dió caramelos estando yo malita.

—Hija mia... no está en Madrid.

—Pues ¿dónde está?

—En el cielo.

—¿Se ha muerto?

—Sí.

—¿Qué es morirse?

—Para los buenos, morirse es nacer.

—¿Dices que está allá arriba, arriba, detrás de aquellas nubes?

—Sí, hija mia.

—¿Cuándo me llevas al cielo? ¿No es allí donde están los ángeles, y la Virgen, y S. José con la vara de azucenas, como lo he visto en la iglesia? Yo quisiera ir al cielo. ¡Dice la mamá que hay allí unas muñecas tan lindas!

Ya sabes que Elisa se ha criado delicada como una de esas florecillas de los jardines, que apenas resisten una ráfaga de viento. Sus palabras, pronunciadas con el candor propio de una criatura de cuatro años, llenaron de melancolía mi alma; y yo, que po-

cas veces lloro ya, sin duda porque he llorado mucho, sentí que las lágrimas se agolpaban á mis ojos. Aquellas palabras tenían un no sé qué de profético que me asustaba (1).

Algunos dias despues Elisa cayó enferma: bañó su rostro de ángel la palidez mate de los niños muertos; la luz risueña de sus ojos negros se fué apagando poco á poco, como el centelleo de las estrellas al asomar el alba; su cabellera, rubia y suave como un copo de lino rastrillado, se puso lacia y áspera como un ramillete de flores cuando les falta el jugo y la frescura de la tierra; y sus labios descoloridos como los pétalos de una rosa arrancada antes de sazón, parecia que murmuraban aquellas tristes palabras: *yo quisiera ir al cielo.*

¡Si la vieses ahora! Es la alegría de la casa. ¡Y qué charlar de criatura! Ni una cotorra. No cesa desde que Dios amanece, hasta despues de acostarse. Su boca es un piquito de oro. Todo lo que oye lo aprende al punto; y aunque yo no quiero que aprenda nada hasta que se desarrolle su naturaleza y pasen algunos años, ya sabe aquello de

¡Y dejas, Pastor Santo,
Tu grey en este valle, hondo, oscuro,
Con soledad y llanto, etc...

(1) La niña á que aquí alude el autor, era su hija, muerta dos años despues.

(N. del E.)

de nuestro divino poeta fray Luis de Leon, y tal cual fabulilla que, si la oyeras, te la comerias á besos.

Suele tambien decir coplas que oye á la criada, grande amiga suya, y con quien hace buenas migas. Ayer sin ir mas lejos, me recitó el trozo siguiente de un romance popular, algo corregido por mí, y que siento no saber entero:

Entre sus brazos llevaba
Á Jesús de Nazaret;
Los calores eran muchos
Y el niño tenia sed.
—No pidas agua, mi niño,
No pidas agua, mi bien,
Que los rios bajan turbios
Y no se pueden beber.
En el huerto de San Pablo
Hay un rico naranjel;
Un pobre ciego lo guarda,
Un ciego que nada ve.
—Dáme, ciego, una naranja
Para el niño entretener.
—Coja, cójala, señora,
Coja lo que es menester.
Ella coje de una en una
Y flores de tres en tres;
Cuantas mas el niño come,
Mas volvan á nacer.
Ya se marchó la señora,
El ciego empezaba á ver.
—¿Quién es aquella señora
Que á mí me ha hecho tanto bien?
—La Virgen María ha sido,
Que otra no ha podido ser.

¿No es verdad que los padres somos lo más pelmazo del mundo? Es el cuento de nunca acabar, cuando nos ponemos á referir las *gracias* de nuestros hijos, fastidiosas á los extraños, á hablar de nuestra casa, de nuestra familia, de las dulzuras del hogar doméstico, y de esas mil pequeñeces que constituyen acaso, y sin acaso, la única, la verdadera alegría y la felicidad verdadera que existen en la tierra.

Otro olvido; éste no tiene perdon de Dios. P** está inconsolable con tu ausencia. Un poeta la compararía á una tórtola, que desde su nido solitario y frio llama á todas horas con sordos arrullos á su amado, que no ha de volver. La pobre muchacha no acierta á enjugar sus lágrimas, ni hace otra cosa que oír misas y mas misas, y rezar rosarios y mas rosarios, oraciones y mas oraciones por el descanso de tu alma. Algunas amigas suelen decirle:

—Pero hija, no sea V. niña; V. se está quitando la vida, y eso no lo agradece Dios, ni el diablo; son cosas del mundo; hoy por tí, mañana por mí; hágase V. superior á la desgracia; si se logra lo que V. sabe, lo pasará como una princesa, puede estar á boca que quieres, y como dice el refran, *los duelos con pan son menos.*

Á lo cual ella contesta:

—Y yo ¿qué falta hago en el mundo? ¡Si yo estaba tan contenta y era tan feliz á su lado!

No hay quien haga vida de ella, amigo. Dicen que es incorregible, y no se engañan. ¡Vaya si tienen razon! ¡No se comprende cómo hay criaturas capaces de tener por espacio de mas de ocho dias memoria, y sensibilidad y lágrimas!

Esta desventurada no se contenta con devorar á solas su afliccion, sino que, á veces, se atreve á comunicárnosla á sus amigos. Lo que dicen las vecinas:

—Hija, busque V. distracciones; aleje de su vista los objetos que le recuerden la pérdida de su esposo. ¿Por qué no sale V. á paseo, donde haya gente? ¿Por qué no va V. al teatro alguna que otra noche, dè tapadillo?..

Pero ella erre que erre en su manía de creer que hay dolores que no se extinguen en ocho dias, y que no debemos avergonzarnos de ellos. ¡Preocupaciones! Y por otra parte ¿qué hemos perdido? ¿Quién eras tú, para que nadie te llorase, ni rodeára de pompa tu féretro? ¿Habias sido, por ventura, banquero tramposo é insolente, noble sin nobleza ganada, bribon solapado, político intrigante y afortunado, avaro sin alma, ó siquiera gobernante concusionario é inepto? ¿Qué fuiste, mas que un hombre de

bien, un ciudadano útil á su patria, un tierno esposo, un hijo excelente y un modelo de amigos? ¿Y hay nada más frecuente que el que una esposa se quede sin esposo, una madre sin hijos, un hermano sin hermanos, y un amigo sin amigos? Como de estas cosas se ven todos los días; y aquellos extremos, aquellos sentimientos sólo se usan ya entre gente así... de poco más ó ménos. ¿Qué es, pues, lo que ha perdido ella?

Y á propósito de sentimientos. ¡Lástima que nos dejases, sin venir una vez siquiera á la sala de Cruzada Villaamil! Esta sala es una especie de isla en medio del océano de la córte, un *oasis* en el desierto, un bosque sagrado y escondido á las miradas y profanaciones del vulgo, adonde acuden á refugiarse para conservar el culto del arte divino esos pobres párias del siglo, conocidos con el nombre de *poetas*, como los primeros cristianos se encerraban en las catacumbas de Roma para mantener viva la religion del Crucificado.

Estas reuniones, ya célebres, son consideradas por algunos bobos como un anacronismo de nuestra época, enemiga acérrima, segun ellos, de la poesía; por otros, como una escuela de párvulos inocentes, aunque barbados los mas, que vienen á dar su lección y se retiran despues tan satisfechos á sus casas;

y los que más favor las hacen, las miran pura y simplemente como un pasatiempo inútil. Como en todas las religiones hay renegados, no faltan en la del arte, y estos suelen ser los que más se ceban en murmurar de ella.

Verdaderamente, es un espectáculo extraño el que aquí presentamos á los ojos del mundo. ¡Figúrate si pueden concebirse asuntos más frívolos que los que nos ocupan en la sala de Cruzada! Muere un hermano nuestro, muere un poeta, y algunos de los que se llaman amigos y protectores suyos y no van á lá sala de Cruzada, ponen la cara más compungida que uno puede imaginarse, y exclaman:

—¡Qué lástima de muchacho!

—¡Qué talento tenia!

—¡Si en España se protegiera el mérito, otro gallo le hubiera cantado!

—¿Recuerda V. aquella magnífica oda á...? (y se cita la *oda*).

—¿Pues y sus romances á...? (y se citan los *romances*).

—¿Pues y su elegía á...? (y se cita la *elegía*).

Y páre V. de contar: esos amigotes, esos admiradores sinceros, encienden luego un cigarro, se atusan el pelo, giran de derecha á izquierda, y aquí paz y despues gloria.

Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

Entonces los *párvulos* (advirtiendo que muchos de ellos no conocen al difunto) acuden presurosos á la *escuela*, y al saber lo ocurrido, desperdician un par de horas en oír la historia de los increíbles infortunios y algunos himnos á las virtudes y al génio del finado, y no son hombres para hacer un gesto, una exclamacion siquiera, contentándose con callar como unos tontos, y derramar lágrimas, y comprar una lápida para la tumba de su compañero, y dar un pedazo de pan á su familia desamparada, y nombrar á unos cuantos para pedir al Estado que proteja la gloria del muerto contra el olvido, y á la reina que proteja á la familia contra la miseria, y.... despues de todo esto, se van á la cama, y hasta otro dia que inventen otra simpleza por el estilo.

¡Ocurrencias como la de esta gente!

Oye otra. Viene una noche Pepe Castro, y dice:

—«Señores: se trata de formar un *Romancero*; es un tributo de admiracion de la literatura actual á esas viejas generaciones de poetas y de artistas, á quienes la patria debe sus grandezas y sus glorias más legítimas y más puras. Conque, ea, ¡fuera pereza! ¡manos á la obra! haga cada cual lo que sepa y buenamente pueda, y tráigalo cuanto antes.» Y cátrate que á los quince dias acude cada uno de nos-

otros con su piedra ó con su grano de arena para erigir esa especie de panteon, donde vamos á colocar los nombres, ya que no las cenizas, de Cervantes, Calderon, Lope de Vega, fray Luis de Leon, Murillo, Garcilaso, Santa Teresa de Jesús, Ribera, Tirso de Molina, Alarcon, etc., etc. Y lo que es más sorprendente, acudimos llenos de fé y de entusiasmo, sin vanidades ni miserias, á contribuir como buenos arquitectos los unos, y los otros como simples jornaleros, pero deseosos todos de que los esfuerzos colectivos den por resultado lo propuesto por Castro.

¿Pararán aquí las descabelladas é insustanciales empresas de los tertulios de Cruzada? ¡Que si quieres! Apuesto á que la noche menos pensada se nos viene uno de ellos con las bases de una sociedad de socorros mútuos de escritores y artistas; ó á que la sociedad de autores dramáticos, nuevo Lázaro, arroja, á la voz de otro muchacho de voluntad firme, la pesada losa que la cubre, y echa á correr por esos mundos de Dios; ó, en fin, á que un cualquiera propone los medios de convertir en nobilísima y lucrativa profesion al par, lo que hoy apenas merece nombre de oficio menudo.

Basta por hoy. Y ahora perdona tú, ¡oh amada sombra de Zea! el tono de amarga expresion de estos renglones, dictados por el desden que me inspiran esas

gentes descreídas que, despues de abandonar á los hijos más ilustres de la nacion, prefiriendo lo extraño á lo propio, no porque siempre sea mejor, sino por ser extraño, los calumnian y los injurian, escarneciendo sentimientos á cuya altura no pueden ellos elevarse desde la ruindad de los suyos.

(MUSEO UNIVERSAL.)—1858.

LA CRIADA.

I.

LA CRIADA NOVICIA.

¿Qué es una criada?

No voy á hablar de la buena, que es la excepcion; hablaré de la regla, ó si se quiere, de la clase en general.

Una criada es una cosa que no se define, que no puede definirse, como se definen, por ejemplo, el cólera-morbo, la langosta, los terremotos, los aprendices de violin y otras plagas que afligen á la sociedad; porque la criada es la calamidad infinita, como la nariz que cantó Quevedo, una calamidad no transitoria como las mencionadas, sino que pesa eternamente sobre el individuo con casa abierta; que le pisa, le burla, le miente, le cocea, le aspa, le zarandea y le descuartiza de mil maneras diversas, y á veces inge-

niosas, y que hasta tiene la osadía de pedir á la víctima dinero encima.

Hé ahí, lector amigo, y perdona la llaneza del tratamiento, en gracia de las noticias que recibes, si por ventura ó desdicha las necesitas. Hé ahí, repito, una idea, aunque muy imperfecta, de la calamidad de que se trata; porque, dígame otra vez, que la criada no es objeto que definirse pueda.

Los estragos que produce son sin número, como las estrellas; y lo peor del caso es, que todos nuestros esfuerzos para conjurarlos son vanos, y que continuaremos sufriendolos hasta que un nuevo Franklin invente un para-criadas, como el célebre americano inventó el para-rayos. La civilizacion cuenta el vapor, la telegrafia, la imprenta, los ferro-carriles, la fotografia, y otras vagatelas semejantes, entre lo que se ha dado en llamar prodigios; pero todo eso es producto de observaciones, de cálculos y de experiencias mas ó menos fundadas, mas ó menos lógicas.... nada en suma. El gran problema, esto es, el para-criadas no se resuelve, permanece siempre envuelto en las tinieblas de lo desconocido; es la desesperacion de la lógica, de la experiencia, de la observacion y del cálculo: es la cuadratura, la piedra filosofal de la felicidad doméstica.

Limitarémonos por hoy, segun arriba se expresa,

á hablar de la criada novicia, de la que empieza á servir, del recluta, digámoslo así, del ejército.

El preocupado gefe de familia que necesita una persona que le sirva, tiembla de piés á cabeza desde que la criada pisa el umbral de su puerta; porque se le figura que ve una estrella con rabo, y sabido es que las estrellas con rabo son siempre, para los astrónomos de escalera abajo, seguros precursores de desgracias sin cuento. ¡La criada! ¡Qué horrible perspectiva de refunfuños, reprimendas, desconfianzas y cataclismos domésticos de todas clases!

—¿Qué sabe V. hacer? le pregunta el ama, examinándola de arriba abajo con una penetrante mirada, y procurando escudriñar hasta los más recónditos pliegues de aquel misterio ambulante.

—Diré á V... no digamos que...—responde la criada—pero como he servido poco... vamos al decir... Sé poner un guisado, un cocido, estrellar un par de huevos, mondar patatas....

—¿Y de planchado, qué tal?

—¡No siendo muy fino!

—¿Cose V.?

—Zurzo medias.... así.... así!... remiendo á puntada larga una sábana....

—¿Qué mas habilidades sabe V.?

La fámula, que acaba de venir *de la tierra* y se

halla en estado semi-salvaje, abre una boca y unos ojos descomunales al oír la palabra *habilidades*, que mas adelante pronunciará *albelidades*, y suele contestar:

—Cómo regularmente: con tres libras de pan al día, casi tengo bastante.

—El ama exhala un profundo suspiro.

El amo se estremece contemplando la sangre fria con que aquel monstruo, aquella especie de ogro, acentúa el voraz *casi*, y se horripilá al considerar las proporciones alarmantes que en su casa va á adquirir la cuestion de subsistencias.

—Bien, ¿y qué salario....

—No habiendo niños, cuarenta reales al mes.

El pobre amo recibe cuarenta tijeretazos en su tísico bolsillo. ¡Cuarenta reales!

¡Y come la friolera de tres libras de pan al día! ¡Cuando esperaba él verse servido de rodillas por veinticinco, por veintiocho, por treinta reales, á lo sumo! ¡Cuando hasta se habia formado la ilusion de que encontraria tal vez una moza que supiese afeitarse, para suprimir el renglon de la barba!

Afortunadamente, recuerda que se está elaborando pan de patatas, y aun funda esperanzas económicas en la eventualidad de un atracon, de un cólico cerrado.

La señora prosigue impertérrita su interrogatorio, porque ya le urge resolverse al sacrificio. ¡Lleva una semana barriendo, fregando, pegada como un molusco al fogon, del cual, sin embargo, tiene que desprenderse cien veces, obligada por los demás quehaceres de la casa!

Después de una granizada de preguntas y respuestas, viene á sacar en limpio :

Que la pretendiente apenas sabe hacer unas sopas de ajo;

Que de planchado sabe lo bastante para quemar la ropa blanca y convertirla en un guiñapo, con la fuerza de sus puños, ó por la torpeza de sus manos;

Que *piensa* tres libras de pan al dia, con el aditamento de un *casi* aterrador, espeluznante;

Que le costará cuarenta reales al mes, gracias á la falta de prole;

Que la abona el tuerto que vende sardinas, botones é incienso al lado de la casa; persona de arraigo y digna de las mayores consideraciones, como que tiene puesto de aguardiente y rosquillas fuera del portillo de Embajadores, y ha sido capatáz de presidios;

Que no tiene mas traje que el que lleva encima, el cual consiste en un jubon de paño color de vino, á manera de casaca de mona de piamontés, saya de

estameña parda, bastante traída, y zapatos con honores de zuecos, bastante llevados; por cuyo motivo insinúa á su futura señora que, para poder acompañarla cuando sea necesario, habrá que adelantarle algunos maravedises.

Agréguese á lo dicho, la figura de la moza, mascarón que parece arrancado del *Cuadro de los borrachos* que existe en el Museo, la cual es redonda, bigotuda, cejijunta, achaparrada, molletuda, desgarradota y con unos ojos como platos; agréguese unas manos formidables, provistas de uñas gavilanescas, unos brazos ásperos y cerdosos, cuyo cútis es de color de salchicha ó almazarron; una cabeza vaciada en el molde mismo que muchas cabezas de criadas madrileñas, procedentes en su mayor parte de las fábricas de Asturias y de Galicia; una cabellera, que podrá ser cabellera, pero es cama de gatos, por lo espeluznada y borrascosa; y finalmente, un acento sutil, entre canino y humano; véase si no es una ganga la tal doncella.

El ama la acepta, como el reo de muerte el auxilio del verdugo que lo sostiene en el camino del suplicio, cuando vacila; como el que acepta en sus apuros el préstamo del usurero, cuya filantropía es una especie de cachete que remata al infeliz, á quien la necesidad ha capeado, picado y banderilleado en

largos días de desgracias y privaciones. Con todo, nunca deja de hacer para su pañuelo estas ú otras reflexiones análogas:

Quizá sea un diamante en bruto;

¡Si no tuviese novio!

Tal vez sea fiel;

Parece algo parada: no obstante, la desasnaremos, le quitaremos el pelo de la dehesa;

Su traza es de humilde y buenota;

¡Y no es fea del todo! Haciendo que se lave y se peine...! poniéndose otro vestido...!

El amo piensa en el bigote de la fámula, cuyo barbero teme ser con el tiempo, si aquel toma vuelo.

En los dos primeros meses, el ama añade al catálogo de sus observaciones los apuntes siguientes:

Me he llevado chasco;

No tarda en los recados;

Es más lista de lo que yo creía;

Sólo ha roto un plato;

Come dos libras de pan;

No es respondona;

Limpia las botas al amo;

Madruga;

Le gusta asearse;

Se va desasturianizando.

Pero llega el mes terrible, el mes de las transformaciones, el mes de prueba, ¡el cuarto mes, en fin! Y todas las esperanzas, de verdes que eran, se vuelven negras, y todas las ilusiones se disipan, y tristes desengaños demuestran una vez mas que la criada novicia es la calamidad mayor de nuestros dias.

Anunciaré una de las causas, la principal acaso, de la profunda metamorfosis que se verifica en la criada novicia en el término que he indicado.

La criada novicia, es decir, recién llegada *de la tierra*, suele venir, como hemos visto, poco menos que en pelota. En los tres primeros meses ha podido comprarse unos zapatos, un cofre de lance, un pañuelo de abrigo á cuadros de colores agresivos, un vestido de indiana barata, un par de sortijas de plomo, unos pendientes de similor, un collar de perlas... de cristal color de leche, un peine de cuerno y una camisa de lienzo comun. El salario regularmente no dá para tanto; pero el ama ha notado que la criada sisa en la compra, se peina con sus peines, se suaviza el pelo con su pomada, se lo recoge con sus horquillas, se prende con sus alfileres, se cose con sus agujas y con su hilo, se lava con su jabon, se remienda con los retazos de tela que inocentemente escamotea en el canastillo de la costura, y se pone las medias y las camisas que el ama deja en el saco de

la ropa sucia hasta que se la lleve la lavandera.

Vemos, pues, que la criada está en el camino del poder, que prospera, que se aristocratiza, y que, como es natural, alimenta grandes aspiraciones. La crisálida mariposea. Desvanécela el humo de sus primeros triunfos, como á ciertos escritores que se esponjan á manera de pavos reales, al ruido de los aplausos con que el público acoge una pobre comedia bien representada por Romea ó Arjona, ó al lisonjero pláceme de la gacetilla ligera y de los artículos apologéticos de los amigos íntimos.

La criada, que ya tiene baul, que es *propietaria*, quiere que le den cincuenta reales. Lo quiere, pero no lo dice, y sólo el ojo práctico de una buena ama de casa conoce el mal de que aquella adolece, por síntomas que á otros ménos sagaces se ocultan completamente.

La doméstica se ha hecho mentirosa;

El viento, antes manso y honrado, se suele llevar camisas y pañuelos tendidos en el balcon; de viento cortés y de verdadero orden, se ha convertido en viento rudo y comunista;

Dice que va á misa los domingos y fiestas de guardar, y va á hablar con el novio;

Tiene dos hermanos y cuatro primos en Madrid, recientemente descubiertos... por su imaginacion;

Es la *vida eterna* para las faenas de la casa;

Así que oscurece, principia á dar cabezadas, se duerme como una marmota;

Es tan chismosa y cuentera, que siempre anda con que si la vecina dijo esto, y el vecino lo de más allá;

Es gruñona, dicharachera, amiga de curiosear y meterse donde no la llaman;

No limpia las botas al amo;

Vuelve de la compra monedas falsas y morriñosas;

Se pasa largos ratos contemplándose al espejo y asomada al balcon;

Se hace la sorda cuando la llaman;

Todos los dias rompe alguna cosa; hoy un vaso, mañana, una cazuela; una vez, una vidriera, otra un barreño;

Inventa mil patrañas para salir de bureo; ya finge que se le han olvidado los postres; ya que se ha dejado el pañuelo de la mano encima del mostrador de la tienda inmediata, ó bien le ha escrito su padre, y tiene que ir á casa del memorialista para que conteste;

Responde con malos modos;

No espuma la olla, y deja que salgan la carne cruda, tieso el tocino, los garbanzos como balas y ahumado el chocolate;

Permite que la sillería esté llena de polvo, el fregon sin fregar, el piso por barrer, la escalera hecha un lodazal... y no se le cae el alma á los piés;

Ha tomado alas;

Levanta el gallo;

Se sube á las barbas;

Por último, se ha vuelto golosa como una gata; el ama, aunque nada le dice, la ha sorprendido rebañando con los dedos la chocolatera, sacando carne del guisado, ó lamiendo el perol de las natillas.

¡Quiere cincuenta reales! Ahí tienen ustedes descifrado el enigma.

Si las indirectas que preceden, y que son otras tantas avanzadas de sus maquiavélicos propósitos, no surten el efecto que apetece, la criada repite á menudo que una paisana suya que sirve á dos viejos y que, por consiguiente, apenas trabaja, gana sesenta reales; que la niñera de enfrente, cuyas obligaciones se reducen á cuidar de los chicos, recibe un salario de cuarenta; que el inquilino de la derecha, viudo y sin hijos, paga cincuenta á su criada, con facultades de ama de llaves, y que continuamente le está regalando pañuelos de crespon y vestidos de lana.

Si aun así no da fuego el arma, la doméstica principia á hacer diligencias para mudar de casa; y por

mas que se le haya pagado exacta y puntualmente el salario; por mas que se la haya tratado con indulgencia y miramiento; por mas que, en una palabra, se le haya enseñado el gobierno de la casa con todo el esmero é interés posibles, estad seguros de que con un solo real de aumento al mes en otra parte, ideará un medio de romper completamente las hostilidades y os dejará con un palmo de narices, despues de haberos desesperado, mal servido y saqueado.

¡Quería cincuenta reales! Pero no atribuirá á este motivo su salida, sino que dirá, por ejemplo:

—Me salí porque no me pagaban;

Porque me tenían hambrienta;

Porque me maltrataban de palabra y de hecho;

Porque habia tanto trabajo, que ni aun tiempo me quedaba para descansar.

Una sola cosa diré en abono de las criadas, en general, y es; que desgraciadamente, en ocasiones tienen muchísima razon para quejarse.

(LA AMERICA).—1857.

II.

LA CRIADA PROFESA.

Á los dos ó tres años, poco mas ó menos, de aprendizaje, nuestra Maritornes pasa de novicia á profesa, habiendo experimentado en la forma y en el fondo, ó si se quiere (para no meternos en honduras) en lo físico y en lo moral, un cambio casi completo; en términos que, como suele decirse, no la conocería ni la madre que la parió.

Las proporciones geométricas de su cabeza parece que se han reducido y regularizado un tanto; pero el hecho es, que se conservan las mismas, debiéndose este progreso ficticio al constante esmero con que la criada se arregla el tocado. Como ya pertenece á la clase media de la sociedad *doméstica*, brotan en su alma aspiraciones más elevadas, puesto que algunas sueñan hasta en ser *doncellas*, y observan atentamente los usos, costumbres, trajes é *idioma* de aquellas que les sirven de modelo, y á quienes se proponen eclipsar con el tiempo.

Dije en la primera parte, hablando de la criada novicia, que con sus ahorros y adquisiciones even-

tuales, se habia comprado un peine de cuerno, y me equivoqué; fué una lendrera de boj, color de azafran, de esas con que se desenreda las lanas á los perros: sirva esta rectificacion de descargo á mi conciencia de observador, y de justificacion á la probidad de la moza, quien generalmente no se atreve á habérselas con el cuerno hasta bien entrada en esta segunda fase, que lo es así de su *doméstica* existencia como de su caja de crédito.

Á fuerza de repelones, ha conseguido calmar la insubordinacion de su cabellera, resultando un órden que valdria más si no costase tanto, porque suele ir precedido y acompañado de arrancamiento de cabellos y aun de sangre. Segun se vé, es peor el remedio que la enfermedad; pero ella debe profesar el principio de que el fin justifica los medios.

Las facciones de la muchacha van adquiriendo ese sello particular de finura, cuando no de distincion, tan raro en los campos y tan comun en las ciudades en las humildes hijas del pueblo. Su cútis, antaño escamoso como el de los peces, se suaviza, es algo más fresco, algo más delicado; y el color de sus megillas, si todavía no compite con el de las rosas, tampoco es el del chocolate.

Su talle es más flexible y esbelto.

Se lava y lustra las manos con salvado y miga de

pan, cuando no atrapa la pastilla de jabon de los amos.

Se corta las uñas.

Su voz va perdiendo el timbre cerril propio de la aldea originaria.

El bigote ha desaparecido como por encanto.

Tiene cofre nuevo, espejito redondo con caja ó tapa de laton ó estaño, y ligas de seda de las de *viva mi dueño*.

Usa zapatos claveteados, únicamente en dias de lluvia ó de lodo.

Procura no decir *paseyo* por paseo, *praza* por plaza, *divirsion* por diversion, *parezgo* por parezco, *terque* por beodo ó chispo, *trempano* por temprano, *peróico* por periódico, y otra infinidad de *palabras* con que al principio afligia á las compañeras que ya han salido del noviciado.

Madruga menos que la novicia, ó á lo *señor*, como ella dice.

Sigue tardando en los recados, trabucándolos ú olvidándolos á propósito, y nunca le faltan primas imaginarias y paisanas inventadas, á quienes echar la culpa de la tardanza.

No rompe, en general, tantas cosas; pero á veces lo hace por venganza, especialmente después de haberla regañado el ama.

Sisa mas, pero con mayor ingenio y disimulo, pues en esto, como en todo, si no se ha perfeccionado, progresa.

Crece su aficion al balconeo, lo mismo en el rigor del invierno que en lo más ardiente de la canícula.

A la sonrisa imbécil y al aturdimiento de la novicia, sucede en algunas cierto aplomo, cierta gravedad que tiene de cómica tanto como de grave y diplomática: criada hay de estas últimas que, pretendiendo hacerse respetable y respetada, con arreglo á las exigencias de la posicion que ocupa en la clase, es un huso por lo tiesa y espetada, y no moveria el cuello (ya no lo llama tan á menudo *pescuezo*) por todo el oro del mundo.

Lleva mas airosamente el vestido, y cuando repican gordo se lo ahueca con un pedazo de estera ó materia equivalente.

Una vez enterada de los *troles* de la casa, el ama puede tirarse á la bartola; parece que todo se lo encuentra hecho.

El dia en que le toca salir, que por lo regular es un domingo sí y otro no (salvo cuando hay fiesta entre semana, porque entonces se altera la cuenta), lleva mantilla de velo con casco de raso muy azulado; al cuello, pañuelo de merino ó de Manila, bor-

dato de chinos, pájaros y flores, que se distinguen á media legua; vestido de lana; mitones de torzal ó de estambre, segun la estacion; pendientes de abalorio ó de mostacilla; abanico de á peseta; en la mano, pañuelo de algodón, cuyo estampado consiste en una galería de retratos, ya de notabilidades taumáticas, ya de militares célebres contemporáneos, ya, en fin, de los actuales soberanos de Europa, á quienes *mete en un puño*, á pesar de sus ejércitos formidables.

Si pasa de veinte años, principia á mirar con aversion á los párvulos, porque no quiere que la llamen niñera, ó crean (si coincide la obligacion de llevarlos en brazos, con cierto desarrollo exuberante de su naturaleza) que es ama de cria, lo cual la perjudicaria en el concepto de los mozos que pudieran poner los ojos en ella; pues la pobre pide novio con mucha necesidad.

Frecuenta menos que al principio la Virgen del Puerto y San Antonio de la Florida, y concurre á menudo á la plaza de Oriente, á Chamberí y á los bailes del Ariel, especie de picadero donde trota polkas, redowas y zorcicos, alternando en el amable desórden con modistillas y ribeteadoras de zapatos.

Antes se dejaba acompañar por soldados; ahora

prefiere los cabos, y sueña con barberillos, horteras y *silbantes* de todo pelo.

Va, de peras á higos, pero va, á la comedia de la tarde, y á los toros de cuando en cuando.

Mira con aire de superioridad y lástima desdeñosa á las que acaban de sentar plaza, á las que principian la carrera. Ella ha pasado ya el *quis vel qui*, *la puente de los asnos* de la domesticidad, y aumentado considerablemente el caudal de sus conocimientos y habilidades. Las sopas de ajo, los huevos estrellados y las patatas, trinidad rudimentaria del arte culinario, no le causan el atolondramiento y embarazo que en su estreno, el miedo que le causaba, por ejemplo, el chocolate; el cual, despues de estarse la moza dale que le das al molinillo por espacio de dos horas, y con el fuelle sopla que te sopla, siempre quedaba espeso como liga de coger pájaros, ó tan suelto que algun amo la dijo en ocasiones:

—Venga V. acá, criatura; ¿esto es purga ó chocolate?

Ahora pica más alto: sabe esparrillar chuletas, asar pollos, hacer pepitorias y rellenos, escabechar perdices y *comerlas* (antes se las engullia, á manera de pavo). El cocido, aunque no contenga todos los ingredientes de la verdadera olla podrida, le sale,

cuando quiere, que se lo pueden comer los ángeles; y su caldo resucitaria á un muerto. Ha aprendido igualmente, á hacer varios platos de dulce, como crema, bizcochos borrachos, manjar y arroz con leche.

De costura y plancha, no se diga. Por ella (este *ella* supongo que es una criada de las de sesenta reales) va á responder doña Gumersinda, á quien tuve el gusto de oír hablar de la suya noches pasadas, contestando á las preguntas de las tertulianas.

—Hija mia (le dijo una de ellas), tiene V. suerte; la que encuentra una criada como la de V. puede hacerse la cuenta de que está en la gloria.

—Sí, querida; en lo tocante á ese punto, no me quejo; verdad es, que me cuesta sesenta reales, pero los doy con gusto, aunque tenga que quitármelos de la boca.

—La mia es un mastuerzo (esclamó doña Serapia). ¡Lástima que coma pan de trigo! Muy fiel, no lo niego; pero ¿qué adelantamos con esto, si me tiene la casa hecha una leonera, y no se le puede fiar lo más mínimo? Y luego, cuando habla hay que taparse los oídos. Vamos, confieso á Vds., que si no fuera porque ciertos oficios no son propios de una...

—No se cansen Vds. (observó doña Gumersinda); sale más caro tener criadas de treinta reales, que de

sesenta. Yo á las de treinta les he hecho la cruz; no las quiero, ni verlas. Aquello no era vivir; me traian todo el santo dia y toda la noche de Dios como un azacan; porque, hijas, no hay que darle vueltas: con las de treinta, necesita una estar en todo, cargar con todo el peso de la casa. Todavía tengo relajadas las caderas de lo que remé cuando la Pepa. ¿Se acuerdan Vds. de la Pepa, de aquel monigote de treinta reales...? Las de sesenta son otra cosa; no les faltan sus defectos, ni harán prodigios, pues no hay ninguna completa; pero ya sirven de algo.

—Conozco lo que V. dice (saltó doña Serapia, poniendo cara de vienes); pero ¿están los tiempos tan malos, que no es cosa de que una pueda desprenderse de un ochavo más de lo regular!

—¡Si mi marido tuviese cesantía como el de V.! exclamó otra interlocutora, dirigiéndose á doña Gumersinda.

—¡Si el mio no se hubiese muerto! dijo otra, haciendo que se enjugaba una lágrima, que no se acordaria de asomar á sus ojos.

—Diga V., Gumersinda (preguntó doña Serapia): ¿entiende de aguja? ¿Maneja bien la plancha?

—Diré á V. (respondió la interpelada), lo que es primores, filigranas, que dicen en mi pueblo, no, señora... zurce regularcito... ¡oh! y lo que es para la

vainica, se pinta sola; como que (añadió modestamente) casi, casi las hace mejor que yo: en cuanto á otras labores, hay sus más y sus ménos. Planchar.... lo gordo, bien; pero no me atrevo á entregarle una camisola de batista, ni unas enaguas bordadas.

—¡Pues dígole á V. que es ganga!

—¿Si es ganga? No lo sabe V. bien. Pero, hija, no todo es tortas y pan pintado. Antes de entrar ella en casa, he despedido á cuatro que no tenia el diablo por donde desecharlas. La primera, manifestaba cierta inclinacion á mi chico, al mayor, á Joaquinito, el cual... yo no creo que... pero, en fin, ya saben Vds. lo que son los muchachos de su edad. En cuanto descubrí lo que habia, dije: «Nada, cortemos por lo sano.» Y voy ¿y qué hago? Me puse á aquella pícara de patitas en la calle. Pues ¿saben Vds. que tuvo el valor de decir en la vecindad, que mi hijo la habia perdido? ¡La trapalona!

—¡Ave María Purísima!

—¡Qué lenguas!

—¡Si Joaquinito es un santo!

—Pues ella le llamaba *mátalas callando*. Momentos antes de salir, mi esposo la registró el baul, en el cual encontró una sartenilla, cuatro jícaras, unas despabiladeras, media docena de cañas de algodón,

un mazo de horquillas, y otras frioleras que me habia ido atrapando.

La segunda, con el achaque de que descendia de buena gente, y de que desgracias de familia la habian traído á la situacion lamentable en que se hallaba, no era mujer para mudar una silla de un lado á otro. ¡Era más cochina... que no sé qué diga! Me veia levantar las camas y mullirlas, y la *señora* (con más cuartos que un mozo de cordel), no queria incomodarse en echar mano á los colchones, para ayudarme. Siempre estaba suspirando, siempre gimiendo, siempre quejándose. Hoy, que la jaqueca; mañana, que las muelas; otro dia, que el histérico. Yo le llevaba á menudo el chocolate á la cama, le servia el caldo, y hasta le puse algunas lavativas (*enemas*, que dice mi médico); y todo de lástima, porque sus indisposiciones y sus tristezas eran mentira. Señoras, yo merezco una albarda, lo confieso. Si alguna vez trataba de reprenderla (porque aquella pícara me tenia dominada), al momento saltaba con el estribillo de:

—Como la ven á una así!

—Si viviera mi mamá y me viese!

—La pobreza tiene cara de hereje.

En fin, mi marido se encargó de echarla, y la echó, harto de sufrirla.

—Vaya una prebenda de mujer!

—Nada, la mia; á algunas les está bien merecido lo que les pasa.

—La tercera, fué una manchega, á quien le daba por empinar el codo en tales términos, que raro era el dia en que no se ponía como una cuba.

—¡Jesús! No hay cosa más repugnante que una mujer en ese estado.

—Tiene V. razon; la embriaguez, siempre mala de por sí, es el peor vicio que pueden tener las mujeres, porque los engendra todos.

—Y tan es así, que la manchega se atrevió á meter una noche en casa á su novio, á quien mi marido sacó por las orejas de bajo de la cama de la criada. Yo me llevé un susto, que no es para contado. La fortuna, que el novio estaba tan bebido como ella, que si no aquella noche hay una desgracia.

De la cuarta, no diré más, sino que era un tolon-dro, un torbellino. La viveza ratonil de Bibiana producía estragos tales, que hubiera acabado con la renta del duque de Medinaceli. Soperas y pucheros sin asas, peroles abollados, sillas perniquebradas, vasos sin fondo, fondos sin vasos, cortinas desgarradas á puros tirones para correrlas ó descorrerlas, manteles llenos de vino y de grasa, por falta de cuidado al poner la comida en la mesa... y luego, un

cantar que te cantarás tan seguido, tan chillon y tan desafinado, que entre unas y otras cosas, parecia que cien legiones de diablos andaban en esta bendita casa. Tenia, además, la condenada, el vicio de ponerse á escuchar detrás de las puertas lo que hablábamos; le gustaba mezclarse en nuestras conversaciones, meter la cuchara en todo... ¿Y de embrollos? No se diga, señoras; armaba unos lios, pero sólo por el afan de mentir, que nadie era capaz de desenredarlos. En los tres meses que duró en casa, indispuso con palabras indiscretas á dos matrimonios que hasta entonces habian vivido en paz y en gracia de Dios, como unos tortolitos, y fué citada varias veces á juicio de conciliacion, de resultas de chismes inventados por ella.»

Resulta de lo expuesto, que las criadas (por mucho que á todos nos interese y nos duela su suerte), vienen á ser, fuera de algunas honrosas escepciones, en las dos fases de su existencia como tales, y á pesar de las ventajas de la última sobre la primera, una de las mayores calamidades que sobre gran parte de los ciudadanos pesan.

La criada á la antigua, es decir, la criada que entrando en una casa llegaba á *cobrar ley*, se consideraba como parte integrante de la familia; y si tomaba *estado*, sus hijos solian servir á los de sus amos,

ó por lo menos recibian de ellos una proteccion y una recompensa, que hoy concluyen generalmente en el último servicio prestado y en el último individuo que lo presta; despues, si te he visto no me acuerdo.

Este fenómeno, que no me detendré á examinar si debe considerarse como un bien ó como un mal, es hijo, á no dudarlo, de la profunda trasformacion que ha sufrido la sociedad desde fines del siglo último, y en virtud de la cual se han modificado las condiciones del amo respecto del criado, y *viceversa*, no menos que las del salario y las del trabajo.

Por lo demás, para encontrar hoy una criada á la antigua, lo primero que debe hacerse es salir de la córte, y tal vez en algun rinconcito de provincia, existan ejemplares, no en gran número, de esta verdadera curiosidad, cuyo estudio recomiendo á los sábios.

(MUSEO LITERARIO).—1864.

EL DIA PRIMERO DE NOVIEMBRE.

Tiene el tiempo, como las fabulosas aguas del Leteo (cuidado que no es fábula) la propiedad de adormecer en el profundo abismo del olvido las alegrías y los dolores de nuestra misera existencia. En este abismo van cayendo lentamente uno trás otro los recuerdos mas queridos y los sentimientos mas tiernos; fríos cadáveres, á cada uno de los cuales espera un oscuro nicho en cada rincon del alma, donde instalarse fácilmente. Pero hay tambien, dentro y fuera de nosotros mismos, armonías indefinibles, voces sagradas, ecos misteriosos, á cuyas vibraciones se levantan galvanizados esos cadáveres, para protestar contra nuestro abandono ante el severo tribunal de la conciencia, juez y verdugo que falla

sin apelacion y ahorca con el dogal del remordimiento.

¡ Amor de otros dias ; antiguas amistades ; dulces nombres de padres, hijos y hermanos ; inocencia de la niñez, memorias de la juventud... todo ¡ ay ! todo ha ido desvaneciéndose, como los tibios arreboles de un cielo alegre, cuando las sombras de la noche se esparcen por los valles y los montes !

La voz de las campanas se desparrama por el aire, inundándolo de fúnebres melodias, como la luz de los astros llena el espacio infinito, como las hojas amarillas de los árboles alfombran la tierra á la venida del otoño, como el agua del torrente que se desploma de una altura riega un campo inmenso ; esa voz es tristísima... aseméjase á un gemido largo, monótono, que brota de un corazon desgarrado, de los labios de un moribundo ; es una elegía cantada por la eternidad, un *requiem* que cae como un aerolito sobre la nada de nuestras grandezas.

Al oirla, estremécense todas las fibras de nuestro pecho, como las cuerdas de un arpa colgada de un sauce, cuando sopla el viento embravecido ; el llanto asoma involuntariamente á nuestros ojos, ó rueda y se deposita sorda y ocultamente en el corazon, escondido lacrimatorio que no pueden profanar las miradas del vulgo.

Al sonido de las campanas del día de los Santos, el alma, desvanecida, ciega, entregada poco antes á las humanas locuras como una prostituta que ha arrojado las flores de su corona virginal para entrar en la orgía del vicio, llénase de una melancolía extraña y suave, sacude el sueño que la aletargaba, y recobrando su túnica inocente y sus castas alas, é impulsada por una fuerza suprema, vuela á regiones purísimas, de las que apenas conservaba un vago recuerdo, como Luzbel recordaba en su caída la hermosura de su patria primitiva.

Las veladas de los inviernos que pasamos bajo el techo natal; el fuego que daba calor á nuestros miembros ateridos; los cuentos de los ancianos; las caricias del padre; los besos de la madre; la sonrisa de los hermanos; los juegos de la infancia; los deseos, los pensamientos, las esperanzas, las ambiciones, cuanto formaba, en fin, nuestra existencia de otros días; ay! más felices, va pasando y sucediéndose en nuestra imaginación, bañándola de tristeza y sumergiéndola en una languidez que sería tranquila, si no viniese mezclada con los remordimientos.

Pero esa resurrección de nuestra alma, esas lágrimas que ruedan por nuestras mejillas ó abrasan nuestro pecho, no duran más que los primeros ecos de

las campanas, son el antifaz hipócrita del dolor, que arrojamós unos momentos después, como arrojamós la careta que nos sofoca, á la media hora de entrar en un salón de máscaras. Entonces se alzan briosas, pujantes, engreidas é insensatas todas nuestras vanidades, todas nuestras pasiones.

Al compás de las campanas de Noviembre, da la coqueta al galán que la ronda, el suspirado *sí*; no parece sino que el bronce anuncia la breve existencia de esta pasión que nace, doblando por ella como si estuviese ya de cuerpo presente.

Al compás de las campanas de Noviembre, se cierran las puertas de los teatros (las de la literatura dramática honrada, las ha cerrado tiempo hace la mano avara de la especulación), y se abren las del recinto de la muerte, para colocar las decoraciones y dar principio á la farsa que todos los años en él se representa.

Al compás de las campanas de Noviembre, la viuda mogigata, rebosando salud y frescura, cuelga guirnaldas de siemprevivas en la sepultura del esposo, á quien dieron muerte, acaso más que la enfermedad, el desamor y las disoluciones de la esposa.

Al compás de las campanas de Noviembre, se despoja la niña elegante y frívola, de sus galas de fies-

ta, y se viste de luto, con alegría quizá, porque le han dicho que el luto la sienta bien. El luto es una vanidad mas para el bello sexo, es el *dominó* de este carnaval que dura veinticuatro horas.

El cielo tambien suele entristecerse en el dia primero de Noviembre; gime el viento, nubes revueltas y oscuras envuelven al sol como cendales mortuorios que descenden hasta la línea del horizonte; pero una ráfaga viene en ocasiones á disiparlas, y entonces se desarruga el ceño del astro del dia, y cantan los pájaros en las alamedas, y exhalan su perfume las últimas flores del año, y salen de las selvas apacibles rumores, y se doran con tintas melancólicas las cúpulas de las torres, y la naturaleza desmayada se incorpora en su lecho de yerbas mústias y de hojas marchitas, y sonríese como una vírgen que va á dormir el sueño eterno, y comienza la romería á la ciudad de los muertos.

Hormigueros humanos, negros y movibles cordones de gente, ligan á la poblacion de los vivos con la necrópolis; y esa alianza siniestra, ese funesto lazo simboliza la imperceptible distancia que media entre la vida y la muerte, entre la cuna y el sepulcro.

Nunca, empero, me ha parecido más alegre el dolor, que el dolor de este dia. El pueblo que dice:

«*hoy me toca llorar*» es como el actor á quien le re-
toza la risa en los labios y tiene, sin embargo, que
encargar al arte que le fabrique unas cuantas lágrima-
s, para verterlas en un drama en el que abunda
la bisutería del sentimentalismo, y falta el senti-
miento, que es oro fino.

El silencio de la tumba es turbado por una mul-
titud de fantasmas que andan, y el lúgubre rumor
formado por las preces de algunos pobres corazones
afligidos, se confunde con los pasos de los que
entran y salen, con las observaciones sarcásticas del
curioso escéptico y con la risa impía del que visita
el cementerio como si fuese un paseo.

Amarillos blandones y lámparas sepulcrales arden
ante los nichos, dentro de los panteones y sobre las
losas del pavimento. Muchas sepulturas se ven adorna-
das, no ya con sencillas ofrendas, ni con humildes
coronas, sino con santitos de porcelana pérfidamente
modelados; con grabados en madera, que dan una
idea detestable del arte; con muñecos de ambos se-
xos, procedentes de un almacén de juguetes; con per-
ros de aguas, cuyas lanas son de algodón en rama y
el cuerpo de badana rellena de salvado; y finalmen-
te, con gatos, caballos y otros individuos zoológicos
de igual procedencia y materias análogas. Entre otros
objetos, he visto un mico de ante ó gamuza, colocado

como un epigrama del dolor, en la cornisa de un nicho.

No van los vivos al cementerio precisamente á rogar por las almas de los que fueron; á la mayor parte los guía la curiosidad, cuando no otros sentimientos más vituperables. Hay quien acude por matar el tiempo, *por pasar un buen rato*; y lo peor es, que no faltan motivos para ello; porque apenas hay cementerio en España que, en vez de ser lugar de recogimiento y de oracion, no sea museo y archivo de rarezas grotescas y afrenta de las artes. Sobre la puerta de muchos de ellos debiera ponerse, más bien que *Cementerio* este epitafio: *Aquí yace la Arquitectura*. Entren Vds. y verán á la Escultura convertida en tosca alfarería, como Magdalena que, renunciando á la pompa mundana, se arrepiente de sus pecados sin número y se ciñe áspero cilicio. Fijen Vds. los ojos en las mil y una lápidas que primero encuentren, y sorprenderán á la Poesía descoyuntada, como si la hubieran prensado los instrumentos del Santo Oficio. Si son Vds., como no pueden menos de ser, buenos cristianos, rezarán un padre nuestro por el idioma de Virgilio y de Horacio, aunque gentiles; que no quita lo cortés para lo valiente; y despues, lamentarán con gritos que lleguen á las estrellas, los falsos testimonios que han levantado los epitafistas á la

lengua que, mal ó bien, habla nuestro pueblo; pero que de seguro no es el galimatías que han querido perpetuar en tablas, mármoles y alabastros.

Pero no atribuyamos toda la culpa á los *artistas* mencionados; echémos parte de ella á nuestra miseria, que difícilmente se resigna á salir de este mundo, sin dejar alguna huella, alguna memoria de su breve tránsito. La fama será una puerilidad, un sueño, un fantasma vano; pero es no menos cierto que desde el mendigo hasta el monarca todos la aman y la buscan. En los cementerios sucede lo que en las funciones de carnaval: la mayor parte de las lápidas, por humildes que sean, sirven de disfraces á glorias y virtudes que, por lo mismo que no existen, se pregonan con terco empeño para engañar á la posteridad, á quien la pequeñez humana se dirige preguntándole:—«¿*Me conoce V?*»—á la manera del que no está acostumbrado á tales cosas y compañías, y no se atreve á apear el tratamiento. La posteridad exclamará para sí, al oír la interpelación:—«¿*Quién será este pobre diablo?*»—«¿*Vaya un bromazo que corre!*»—ó, lo que es más cierto, no se dignará abrir la boca.

La helada simetría de los nichos, da á nuestros cementerios el aspecto de una estantería de biblioteca. Cada hueco encierra un libro, y cada libro su

enseñanza, porque, como dijo no sé quién, no hay obra, por mala que sea, que no tenga alguna cosa buena.

Deletread los epitafios que son, como si dijéramos, los rótulos y al par los compendios de las obras, y observaréis que abunda más la novela que la historia y mas el cuento que la novela. Léense, asimismo, nombres y apellidos, que más dignamente figurarian en sainetes que en libros tan serios. Ejemplo:

«Aquí yace *Crispina Bicoca*, sobrina de X..., modelo de virtudes...»—Que se las cuente á su tia!—Puede concluir el curioso, sin temor de que lo desmientan.

Veamos esotro:—«*La inexorable Parca*...»—adelante, que estamos en un cementerio católico, y ese principio hiede á pagano.

«D. *Lino de Flor-Roja*, nació en 2 de Abril de 1838 y murió en 20 de Junio de 1855: era un ángel...»—Patudo! Diecisiete años tenia solamente; pero podia apostárselas al tahir más consumado y al libertino más furibundo. Hijo único, y por tanto horriblemente educado, su profunda ignorancia parecia á sus padres sabiduría estupenda, liberalidad sus derroches y sus trampas, y gracias propias de la edad sus repugnantes vicios.

«*El Excmo. Sr. D. N.* (aquí sigue todo el calen-

dario), *Conde de Mano-Blanca*, descendiente por *línea transversal del rey Tulga.....* Este no es epitafio; es árbol genealógico: los gusanos, herederos por *línea recta*, de los frutos humanos corrompidos, aunque se llamen condes de Mano-Blanca, son los únicos que deben interesarse en la lectura de este documento de familia.

«*Fabio*» Este es la antítesis del conde de Mano-Blanca. Fué el Fabio de que se trata, mancebo insignie en letras; pero el epitafista ha rebajado su mérito, que era grande, y su modestia, que corria parejas con su mérito, sellando su tumba con una sola palabra, que es un poema de vanidad, defecto de que nunca adoleció el difunto. El epitafio de Fabio es, pues, la única joroba de su gloria.

Mas allá distingo el nicho del actor M** (no lo llamo cómico, porque no se levante del sepulcro y me arañe), cuya especialidad consistia en representar comedias de costumbres... depravadas (por supuesto, las costumbres... y las comedias). El pobre lo hacía *naturalmente* mal, pero el público le aplaudia *ignorantemente* bien. La única vez que desempeñó *en regla* y á conciencia su papel en una comedia titulada *Pulmonia*, faltáronle los amigos, los críticos y el público en general, pareciéndoles sin duda que habia estado abominable. ¡Qué injusticia!

Debajo de este nicho yace (nunca se ha escrito con más propiedad el verbo yacer) un autor dramático. Siempre estuvieron así el actor y el poeta. Este dispuso en el testamento que encerrasen en el atahud juntamente con su cuerpo los manuscritos de varias obras que, por cierto, no había tenido tiempo de leer en varios años el eminentísimo y ocupadísimo M**. La eternidad es probable que anime á M** á mirar el título de aquellas.

Pero inadvertidamente voy siguiendo el ejemplo de los que visitan el fúnebre recinto en el día de los Santos. Por doloroso que sea confesarlo, es indudable que en tal día y de tal sitio, más son los epigramas que las oraciones que suben al cielo, por las almas de los seres que tanto amamos en este valle de lágrimas.

¡Oh! volvamos, volvamos á la populosa capital, envuelta ya en la parda niebla del crepúsculo de la tarde; entremos en nuestras moradas, y allí, en la estancia más sombría, en el rincón más silencioso, allí solos con nosotros mismos, tal vez el eco de las campanas torne á resucitar nuestra piedad y nuestras santas creencias, y nos disponga á las meditaciones propias de esta día, al cual dedica la Iglesia, como cariñosa madre, piadosos sufragios. Sí, sí; despedámonos *de los que duermen*, pronunciando la

frase con que un amigo se aleja de otro á quien ha de ver pronto: «*Hasta luego!*»

La oscuridad reina en la córte: á las nueve de la noche, ó antes, los cafés quedan desiertos, solitarias las calles, y no obstante, resuenan de cuando en cuando cánticos roncós y confusos, se perciben sitios llenos de luz, de donde sale un humo denso y negro. Cualquiera presumiria que en ellos se celebran las honras fúnebres y sinceras que echamos de menos en los cementerios.

¿Si será Madrid el cementerio, como decia Larra? Lo que yo puedo asegurar es, que lo son los heróicos estómagos de sus habitantes, quienes, ejerciendo una obra de misericordia que horripila á la higiene y contenta á los enterradores, dan sepultura á veces bastante cara, en aquella oficina del cuerpo, á millares de arrobas de castañas *calentitas*, á innumerables fuentes y bandejas de buñuelos, y á calderadas de espesos puches, sin contar con mil otras golosinas, rociándolo todo, no con aspersiones de agua bendita, sino con tragos épicos del *anisado* y cien liquidos mas, excesivamente confortables para usados en responsos. El fervor con que se celebra y la manera de celebrar la fiesta de los Santos en la córte, son tales, que exceden los límites regulares, adquiriendo un carácter, merced al cual no vacilo

en bautizarla con el nombre de *Carnaval de Noviembre*, mientras no se me convenza de que le conviene más el que lleva, ú otro cualquiera; porque el día de los Santos principia por una mascarada hipócrita y concluye en una orgía infame.

(MUSEO UNIVERSAL.)—1857.

EL RASTRO DE MADRID.

La primera vez que vine yo al Rastro—y digo *vine*, porque actualmente somos vecinos, y ya nos conocemos *bastante*—fué una hermosa mañana de Abril, en la que el cielo risueño, azul y trasparente, parecia que derramaba todos los esplendores de su luz, y el aire del campo — que al lejos se distinguia como una alfombra de verdura—todo su tibio y perfumado aliento, sobre este punto de Madrid, que me habian pintado con negros y tristísimos colores. El Rastro, plazoleta no muy regular, comprendida entre las calles de los Estudios de San Isidro, Maldonadas, Embajadores, Ruda y Ribera de Curtidores, que en realidad tambien forman parte de él, y especialmente la última, apareció á mis ojos como el mercado más alegre, más bullicioso y más concur-

rido de la coronada villa, disipando las nubes que habia levantado en mi cerebro la relacion de lo que debia presenciar en este sitio.

Un amigo, algo misántropo, me habia asegurado que el Rastro era una especie de cémenterio, en cuyos nichos venian á depositarse tarde ó temprano los últimos restos del lujo y de la miseria cortesana.

Segun las frases hiperbólicas de otro, poeta por mas señas, que acababa de leer al Dante, era *la antesala de la muerte*, y opinaba que, para aviso y escarmiento de las gentes, debia ponerse á su entrada la terrible inscripcion de la Divina Comedia: *Lasciate ogni speranza voi ch'intrate*.

Pregunté á un hombre de negocios, y me respondió que era *la Bolsa de la miseria*.

Un médico, lo comparaba á *un cáncer*, y las calles adyacentes á otras tantas raices del mismo tumor, las cuales, ramificándose y subdividiéndose, penetraban con diversos nombres en el corazon de la capital.

Un filósofo pesimista, lo definia de la manera siguiente: «El Rastro es el Madrid verdadero, el Madrid desnudo, el Madrid que, arrojando la careta que lo cubre, y despojado del traje del carnaval cotidiano, va á sentarse pensativo, solitario y angustiado, allí, en aquel muladar hediondo, como un lepro-

so, y á enseñar al cielo las llagas profundas que cor-
roen sus miembros podridos, semilleros inagotables
de gusanos.» Y en seguida, me recitó estos versos
del libro de Job (1):

.....
Aun mi propia mujer huyó mi aliento
Con asco, y mis brazos, y rogada
No quiso en su regazo darme asiento.
.....

Los que antes eran del secreto mio,
Abominan de mí; y estospreciados
Amigos, me maltratan con desvio.

Mis huesos al pellejo están pegados,
Y ya, de consumido, brotan fuera
Los dientes sobre el cuero señalados.

¡El Rastro! desde mi llegada á Madrid estaba
zumbando en mis oídos esta palabra fatídica, lúgu-
bre, pavorosa, que, á mi juicio, compendiaba todos
los desastres, todos los desengaños, todos los dolo-
res, todas las agonías supremas, conocidas ó igno-
radas, de la vieja metrópoli de dos mundos.

Yo veía levantarse de la noche á la mañana tea-
tros y estátuas, palacios y fuentes, jardines y pa-
seos; construirse calles enteras; abrirse al comercio,
á la industria y á las artes magníficos establecimien-
tos, y pensaba con asombro:—¿Es posible que, cuan-

(1) Trad. por Fr. Luis de Leon.

do todo en la córte se renueva ó nace, sólomente el Rastro conserve la fisonomía peculiar característica con que lo conocieron nuestros padres y nuestros abuelos? ¿Estará ahí el Rastro como un consejo saludable y elocuente, como una amenaza sombría, como un faro salvador, ó como una de esas cruces negras que vemos á orillas de los caminos, en memoria de crímenes atroces, para que recemos un *Padre nuestro* por las víctimas, y huyamos presurosos del lugar de la catástrofe?

El espectáculo que yo presenciaba, contradecía semejantes ideas.

Una plazuela abundantemente surtida de los artículos mas necesarios á la vida; carnes de vaca, de cerdo y de ternera; caza, pescados, legumbres y frutas; una mesa, donde se despachaba café; otra donde vendian leche; una multitud vocinglera, que se codeaba, pisaba y estrujaba, porque no cabia en tan estrecho espacio; señoras, aunque pocas; criadas muchas; aguadores y asistentes de tropa; desocupados y curiosos de ambos sexos; puestos humildes, pero limpios, de loza basta; cristalería, pañuelos, calcetines de algodón, medias de lana, y otras menudencias del comercio ordinario; alguna rabanera; tal cual muchacha con olorosos ramilletes de rosas; dalias, albahaca, yerba luisa y claveles... Hé ahí, en globo,

el Rastro, según se me ofreció al primer golpe de vista, causándome una sorpresa tanto más agradable, cuanto que, fuera de algunas exclamaciones groseras y agudezas desvergonzadas, oí diálogos que revelaban el gracejo natural de los hijos de Madrid, pintado con singular maestría por el valiente pincel del Goya de nuestra literatura, el ingenioso D. Ramon de la Cruz, en sus populares *Sainetes*.

—Soy nuevo en la corte, me dije, y mis amigos pretenden sin duda divertirse á mi costa: el Rastro de que me han hablado, es un ente que no existe, un fantasma imaginario, un espectro abortado por el delirio, un mito medroso, en el cual, escritores visionarios, extraviados por una aberración mental lastimosa, ó idólatras ciegos de tradiciones sin origen cierto, han querido, no sé por qué razón, ni con qué fundamento, personificar el trágico fin de todas las grandezas y de todos los placeres.

El sol, en tanto que yo así discurría, continuaba derramando su luz, que acaso un poeta pobre hubiera llamado lluvia de oro, por aquello de: soñaba el ciego que veía. De vez en cuando, algunos pajarillos, revoloteando sin dirección fija, se posaban en los aleros de los tejados ó en los hierros de los balcones, adornados con tientos llenos de enredaderas y flores, y saludaban con tiernos píos la venida de la prima-

vera; por otra parte, el alegre vocerío del mercado hubiera sido suficiente para disipar las melancolías del hombre mas tétrico del mundo.

Ya iba yo á calificar de calumniadores al misántropo, al poeta, al médico, al hombre de negocios y al filósofo, cuando héte aquí que, abriéndose paso por entre la apiñada concurrencia, atravesó el Rastro, entre cuatro soldados y un cabo, una docena de mozos, ó mejor dicho, de niños, lugareños; unos, en mangas de camisa y con pañuelo á la valenciana atado á la cabeza; otros, con chaquetilla, faja y calañés adornado con lazos y escarapelas de seda; pero todos cabizbajos, silenciosos, tristes como si los llevaran al suplicio, los cuales habian caido quintos en el último sorteo. Venian de la calle de Embajadores, y al entrar en la de las Maldonadas, un moceton alto y musculoso como un Hércules, que cerca de mí estaba, les dijo lanzando una risotada:

— ¡Mira qué alegres que van! ¡Ánimo, hijos míos, que ya poco os falta para tomar la licencia!

Este sarcasmo brutal me recordó los funestos precedentes del sitio en que me hallaba, y despues de una série de racionios incoherentes, confusos, tumultuosos, mi imaginacion, impulsada por una fuerza desconocida é irresistible, me trasportó al seno

de las familias de aquellos infelices; y ví madres sin hijos, hermanos sin hermanos, padres sin apoyo, hogares frios y abandonados, campos estériles, amores sin consuelo; y oí suspiros, y sollozos, y lamentos, y oraciones que no sosegaban el mar de lágrimas que vertian tantos desventurados.

Una jóven, bien parecida, que estaba dando el pecho á un niño, oyendo la exclamacion estúpida del jayan, dijo:

—¡Calla esa boca! ¡Anda, malas entrañas, que no tienes corazon!

E inclinando su rubia cabeza, comenzó á besar al niño que estrechaba en sus brazos, añadiendo con reconcentrada amargura:

—¡Y para eso damos á nuestros hijos la sangre de nuestras venas!

Desde este instante la escena varió á mis ojos. Miré á la derecha, y ví una mujer andrajosa, trémula, encorvada que, semejante á una vid seca, llevaba colgados de sus hombros, columpiándose bruscamente, dos racimos de botas y zapatos de cabra, de becerro, de charol, de paño, de raso y de satén; pero rotos, súcios, remendados, faltos de tacones, ó de cañas, ó de suelas. Cubria la cabeza de la siniestra aparicion un calañés nuevo, *al parecer* (porque en el Rastro, como en literatura, nada puede asegurarse

que sea nuevo); y encajado encima de él, siguiendo un orden gerárquico rigoroso, un sombrero de copa alta, sin alas, con varios hundimientos, pelado á trechos, y de color indefinible. Por último, una capota de raso, de hechura antigua, con flores de tela, arrugadas y descoloridas en las carrilleras, y pendientes de un brazo delgado y tendinoso, un par de vestidos de seda en buen uso, completaban aquella prendería ambulante y acaso todo el capital de su dueño.

—Cabayerito, cabayerito, me dijo, levantando un poco el brazo, cómpreme usted pa su novia este par de alhajas, y hará una obra de caridá. No se figure usted que son por *hay* de alguna de poco mas ó menos. ¡Pobreciya! ¡Era una muchacha como un sol! Un tunante—¡lástima de garrote!—me la sacó engañá de su casa, la mercó estas prendas pa la boda, y despues el arrastrao.... ¡que si quieres! Orozco, no te conozco. La chica, ya se vé, se arreogió otra vez en casa de los suyos como una oveja descarriáa, y se fué poniendo lo mismo que la cera, y tan encanijáa como una lambrija. Si hoy no hago dinero, añadió verdaderamente conmovida, su madre no podrá mandar que recen mañana un responso por el alma de la niña; porque está en sus últimos, acabándose como un pajarito.

¡Aquellas galas de boda iban á servir tal vez para comprar una mortaja! Habian ido á parar al Rastro, y la voz del poeta resonaba en mis oidos: *Lasciate ogni speranza.*

No quise preguntar, ni oir mas historias. ¿Ni para qué? ¿No veia escrita con caractéres horribles, en todo lo que me rodeaba, la epopeya del dolor y de la miseria, á derecha é izquierda, delante y detrás de mí, en el suelo y en los cajones, en tenduchos, en covachas tenebrosas y desmanteladas, y hasta en la fisonomía de muchos de los que traficaban en el Rastro?

Obras científicas descabaladas; pastas sin libros; jaulas sin pájaros; tinajas sin fondo; botellas sin cuello; guitarras sin voz ni cuerdas, y llenas de pegotes de lienzo y papel; mesas cojas; sillones mancos; quinqués, lámparas, velones y candiles sin luz; braseros sin fuego; platos resquebrajados, y cacharros de fuentes, cazuelas, pucheros y barreños; vidrios empañados y rotos; chimeneas inservibles; sartas de botones de metal descascarillados; hileras de zapatos corcusidos groseramente, grasientos, sin lustre, nauseabundos; correajes y monturas podridas; medios tapones de corcho; pedazos de clavos; ristras de tiras de paño, lavadas y cepilladas, y retazos de telas, cuyos colores habian recobrado cierta vida enfermi-

za, merced al jabon; colchones fofos, y jergones raidos, amarillentos, que quizás habian pasado allí desde los hospitales; sables como sierras, sierras desdentadas, y dientes de sierras; espadines romos; pistolas y cachorrillos desarmados; llaves sin guardas; campanillas cascadas; escribanías agujereadas; cascabeles mudos, y otra infinidad de objetos de bronce, de acero, de hierro, de estaño, de laton; pero todo viejo, todo inútil al parecer, amontonado, lleno de abolladuras, confuso, repulsivo, tomado de orin, repugnante, hendido, mutilado.

Medio aturdido y necesitando respirar otro aire más puro, volvíme á casa, con ánimo, sin embargo, de proseguir por la tarde mis observaciones, pues podria verificarlo más á mis anchas.

La hora de la tarde, que fué la del crepúsculo, elegida para mi intento, daba una solemnidad misteriosa á aquella escena de aniquilamiento. A lo lejos, hácia la parte de poniente, los postreros rayos del sol arrebolaban con los colores del iris las nubes que, á manera de islas flotantes, se mecian sobre el horizonte; pero el cielo del Rastro era oscuro, pesado, informe, y envolvía en su manto de sombras el teatro de mis meditaciones. El olor era de cementerio.

Cada uno de los objetos anteriormente menciona-

dos, me hablaba con elocuencia tremenda, fascinadora.

Poseído de un vértigo supersticioso, parecíame que en el fondo de aquellos casuchos, que en las entrañas de aquel mundo muerto, todos los objetos gesticulaban y se reían, andaban y gemían, murmuraban y gritaban, lanzando alternativamente ayes, blasfemias, suspiros, carcajadas y oraciones, y que cada cual me iba diciendo su historia con palabras concisas y aterradoras.

—Yo, decía una chupa bordada con seda de colores, de un palacio pasé con mi dueño á una buhardilla, de la buhardilla á una prendería, de la prendería aquí.

—Yo, respondía una sábana, he servido varias veces de mortaja.

—Yo, soy despojo del orgullo.

—Yo, de una bancarrota.

—Á mí me trajo un ladrón.

—Á mí una prostituta inválida.

—Á mí el juego.

—Á mí el hambre.

—Á mí el cólera-morbo.

—Á mí la muerte.

Fuéronse cerrando los cajones y las covachas, y desaparecieron los puestos del suelo, á medida

que la sombra aumentaba: las campanas plañian el toque de oraciones, y los murciélagos aleteaban sobre aquel desierto, que se iba quedando cada vez más solitario. El único ruido que yo percibía, era el ocasionado por la monótona caída del agua de una fuentecilla miserable, en su mayor parte de ladrillo, y sin más que un caño, situada en la Ribera de Curtidores, frente á la calle de las Amazonas, que, adquiriendo nueva forma al fantástico resplandor de la luna, que ya asomaba, parecía el ángel del dolor llorando sobre una urna.

Amargamente conmovido, me retiré con lentitud hácia el centro de la poblacion, esperando que el bullicio, la alegría, el movimiento, la vida, en fin, que siempre reinan en las principales calles, ahuyentarian los negros fantasmas que poblaban mi imaginacion. ¡En vano! Estaba de Dios que no habia de descansar aquella noche. Una voz secreta me gritaba,

Al pasar cerca de un hospital: *los hospitales son el Rastro de la salud;*

Al pararme junto á un teatro: *los teatros son el Rastro de la literatura dramática;*

Al acercarme á un cuartel: *los cuarteles son el Rastro de las esperanzas más santas y más queridas;*

Al oír á un beodo: *las tabernas y las fondas son el Rastro de la temperancia;*

No lejos de un edificio del Estado: *la ambicion es el Rastro de la moralidad;*

Al recorrer la Carrera de San Gerónimo y otras calles inmediatas: *estas son el Rastro del pudor;*

Al tomar en el Suizo un periódico: *la política al uso es el Rastro de las virtudes cívicas;*

Al leer en él la cotizacion del dia: *la Bolsa es el Rastro de la buena fé y del crédito.*

Reflexionando en el momento en que escribo estas líneas, que mi mala ventura me ha ido empujando del centro de Madrid á la calle en que ahora vivo, no puedo menos de pensar tambien en el dsetino futuro de mis ilusiones más bellas, exclamando:

—La posteridad vendrá mañana como una trape-
ra á la puerta de mi casa, y escarbando y revol-
viendo con gancho seguro los montones con que tro-
piece, encontrará en ellos mis pobres borradores,
harapos de gloria soñada, que tantas vigili-
as, y tantas privaciones, y tantas lágrimas me han costado,
y los llevará al Rastro, en donde quedarán olvidados
y confundidos entre los mil y un harapos del lujo y
de la miseria, del dolor y de la alegría, de la felici-
dad y de la desgracia.

NOCHE-BUENA.

Todos los años se celebra en la noche del 24 de Diciembre el aniversario del nacimiento del Mesías, suceso el más glorioso é importante que la humanidad registra en sus anales: regocíjense, pues, en la de 1857 los ancianos y los niños, los grandes y los pequeños, los soberbios y los humildes; porque el Hijo de María ha nacido para todos, ha venido á redimir á todos de la doble esclavitud del pecado y de la tiranía; porque su brazo divino ha roto la cadena de iniquidades, el círculo de hierro en que se agitaba el mundo antiguo, y ahuyentado su soplo las sombras que ofuscaban la inteligencia humana, abriéndose á su voz las puertas del cielo para las futuras generaciones, y cerrándose las del abismo, panteon inmenso que habia devorado innumerables

razas antes de su venida. Alegráos todos en vuestro espíritu, porque ya la mancha de la culpa no es eterna; diez y nueve siglos hace que está cayendo sobre ella el bautismo de lágrimas y de sangre del justo que murió en el Calvario.

—Todo eso es muy cierto (oigo que exclama al llegar aquí, una de esas personas cuyos nervios no pueden sufrir ni el vuelo de un mosquito); pero si el nacimiento de Cristo se celebrase con menos barullo, con menos desórden, con más recogimiento...

Dejemos á este infeliz, y manos á la obra. El teatro representa la capital de España: redúzcalo el provinciano que guste á las proporciones de una ciudad cualquiera, de una villa, de una aldea; varíe ó suprima algunos accidentes, y tendrá un cuadro de lo que en la noche de que se trata sucede en todos los ángulos de la monarquía.

El telon (al revés de lo que se observa en nuestros coliseos en general), se levanta mucho antes de la hora, esto es, unos ocho días; y aparecen la Plaza Mayor, primero, y sucesivamente los mercados y ciertas calles, adornados con un aparato más agradable á los espectadores que el de *Novedades* en sus funciones, y es cuanto decirse puede en su elogio. El pavo salmantino, digno paisano del toro que mató á Pepe-Hillo, y cuya pechuga insultante está

pidiendo acero, mira con desden al conejo difunto y á la gallina rechoncha y enana, que, colgada cabeza abajo del hombro del paleta ó del vendedor madrileño, aturde con su cacareo lamentable, especie de elegía inarmónica con la que canta en vida sus exequias. Levántanse, como los proyectiles en la plaza de un castillo, pirámides de melones, naranjas, peras, manzanas y granadas enormes, trasportadas de Valencia, Murcia, Aragon, Galicia y Andalucía; y á poco que uno se descuide, pisa una alfombra de higos, nueces, castañas, bellotas, piñones, avellanas y batatas. Muchos puestos de tablas, que ciñen á manera de cinturon el centro de la Plaza, conteniendo gran número de frutas, brillan á la sombra de toldos de lona, hule ó estera, de los cuales penden, como de los emparrados en las huertas y jardines, sendos racimos de uvas tersas y frescas de diversos colores, conservados con tanto esmero que parecen recién arrancados.

El turrón de Gijona, el de Alicante y el de Zaragoza, las pasas de Málaga, el alajú, los dulces variados hasta el infinito, ocupan siempre no sé por qué privilegio ó costumbre inmemorial, los portales de la Plaza Mayor (que, en la geografía de Nochebuena, es la metrópoli de los demás mercados, los cuales son las provincias, digámoslo así), tan asom-

brosamente provista de municiones de boca que, en verdad, asusta: no parece sino que las producciones de la península entera se han almacenado en este recinto, porque Madrid se vé amenazado de un sitio por el estilo del de Troya. Los mercados restantes rebosan tambien de frutas y carnes: los pescados, especialmente, abundan, sobran: el Océano y el Mediterráneo, fieros é inhumanos en ocasiones, se han dejado saquear cobardemente, y para mayor mengua, sus hijos serán devorados hasta por párvulos de cuatro años.

Las confiterías, siempre sirenas *dulces* en la verdadera acepcion de la palabra, desplegan en estos dias una coquetería refinada, almibarada, mostrándose provocativas, deshonestas, en toda su desnudez; casi, casi se *dalilizan* (con perdon de la Academia), y atraen con el mudo, pero elocuente lenguaje de sus encantos, al transeunte mas timorato, que, no pudiendo resistir esas mil tentaciones reunidas, hace la calaverada de rendirse á ellas y entregar hasta la última peseta.

En medio de este mundo de frutas, de confituras, de carnes y de pescados, el mazapan de Toledo, el pavo y el besugo, imperan como soberanos absolutos, á quienes la poblacion alta, media y baja, rinde tributo y vasallaje.

La Plazuela de Santa Cruz, es el bazar de los *Nacimientos*: háilos de carton, de papel, de madera, de corcho y de barro, en profusion alarmante: allí se trafica y chalanea con el cielo, se vende á Jerusalem por dos pesetas, se compra un rebaño de ovejas por doce cuartos, y una pollada por un par de reales; este es el punto de reunion, el *rendez-vous* de todos los chiquillos de la córte y de todas las mamás económicas de la clase media y del pueblo, pues las damas aristocráticas suelen enviar sus lacayos y sus coches para proveer á la menuda prole de rabelles, chicharras, panderetas, *Belenes* y santitos de circunstancias.

Hierve la gente en calles, plazas y encrucijadas; circulan los sacos, las cestas, los cajones y hasta los carros, llenos de cuanto Dios ha criado: dudariase, al observar este flujo y reflujo, este movimiento continuo de la poblacion, si se trata simplemente de comer ó de huir llevándose la casa á cuestas, porque un ejército invasor llama á las puertas de la patria. Alárganse los dientes, menguan los bolsillos, y zumba sin cesar la tremenda bataola de millares de instrumentos bélicos y pastoriles.

Las casas están atestadas de provisiones gastronómicas. Madrid, trasformado en cocinero, empuña el almirez (campana de rebato de Noche-buena)

desde las primeras horas de la tarde, y con el infatigable ardor de un alquimista de buena fé, machaca y machaca algunas de las sustancias que han de servir en la sangrienta hecatombe de generaciones enteras (vivas y *alegres cuando Dios quería*), de los corrales, de los montes, de los rios y de los mares.

Los domésticos de ambos sexos, mandil ceñido y cuchillo en mano, se han convertido en sacrificadores, y despues de desollarlas, contemplan serenos y salpicados de sangre, como los arúspices romanos, las entrañas palpitantes de las víctimas, de las cuales no pocas perecen innoblemente extranguladas. Madrid es, además, un ogro; va á tragarse la zoología y la horticultura masticables de media España.

Hasta aquí la esposicion y parte del enredo de la funcion de Noche-buena, cuyo interés (y no deberian olvidar esto nuestros dramaturgos), va creciendo progresivamente hasta el desenlace completo.

Las chimeneas se adornan para la fiesta con penachos de humo, que anuncian que la vida de la capital no sólo está en el exterior, sino dentro de las casas, en el hogar doméstico.

¡ El hogar doméstico ! El es la verdadera patria del hombre civilizado, la única patria que le va dejando el cosmopolitismo á que tienden las sociedades modernas, cuyas fronteras desaparecen; santuario su-

blime, arca eterna que flota sobre las revoluciones de los tiempos y de las ideas, y sobre las catástrofes del globo, donde se han refugiado las creencias más santas y más puras, y de la cual ha de salir la paloma con el ramo de oliva para anunciar la buena nueva, la trasformacion á que camina el mundo.

Penetremos en una casa.

Preside á la familia el abuelo, patriarca en las primeras edades de la tierra y patriarca en la nuestra, coronado de canas venerables, y rodeado de sus hijos y de sus nietos. En sus ojos brilla una lágrima, y entreabre sus labios una sonrisa, lágrima y sonrisa tristes; pero con la tristeza consoladora é inefable del amor y de la felicidad. Nada le falta, ni salud, ni sustento, ni paz; allí lo tiene todo; el mundo del anciano se ha reconcentrado en el reducido espacio de aquellas cuatro paredes, entre aquellos seres que le aman y respetan, bajo aquel techo amigo; y aunque una vaga melancolía le presiente su cercana desaparicion material de este oscuro valle, como desaparecieron sus antepasados, su espíritu velará por la familia, inmortalizado en la memoria de sus descendientes.

En un ángulo de la estancia donde se halla reunida la familia, hay un *Belen* de madera, iluminado, sin que falte en él figura alguna de las que corres-

ponden al caso: el niño Jesús, la Virgen, San José, los reyes magos, los pastores, la mula, el buey, etc. Á los lados y detrás, se eleva una montaña tapizada de césped natural, de cuyo terreno salen algunas ramas secas que semejan árboles, y en último término la nieve blanquea las cimas áridas y el fondo del paisaje.

El abuelo, un momento rejuvenecido y trasportado por la imaginacion á los primeros años de su vida, acompañado de la zambomba tradicional y con voz trémula, que desmiente los brios infantiles, canta la consabida copla popular que dice:

Esta noche es Noche-buena
Y no es noche de dormir,
Que está la Virgen de parto
Y á las doce ha de parir.
Ha de parir un niño
Blanco, rubio y colorado,
Que ha de ser pastor y guarda
Que guardará su ganado.

Pepe, el criado más antiguo, y que por este motivo tiene cierta confianza, si ya no se la permitieran los apasionados besos que durante el día ha dado á la bota, responde con estotros versos, *de carácter*:

Esta noche es Noche-buena
Y mañana Navidad,
Dame la bota, María,
Que me voy á emborrachar.

Adela, niña de seis años, repite la seguidilla que

por la mañana aprendió en el colegio y que transcribo :

Orillas de la fuente
La Virgen lava
Los pañales de Cristo,
Rica colada ;
En la yerba del campo
Los ha tenido,
Todas las madresevas
Han florecido.

Esta bella estrofa, que á la sencillez candorosa del idilio reúne el sabor poético y el sentimiento de la copla del gran poeta, del *pueblo*, arranca un beso al padre y á la madre de la niña.

El criado vuelve á echar su cuarto á espadas y canta, siempre *en carácter*:

El demonio esta noche
Se desconsuela,
Al ver que con el gozo
Se va la pena.

Eduardo, hermano de Adela, poco mayor que ella, entona la siguiente redondilla :

La Virgen lavaba,
San José tendía,
El niño lloraba
Del frio que hacía.

Ocioso parece añadir, que á cada copla siguen un ruido, una algazara y un estrépito formidables de

voces, chillidos, redobles de tambor, trompeteos y zambombazos; y que se danza, y se corre, y se brinca con tanta furia, que es cosa de marearse: el júbilo rebosa por todas partes, en los ojos, en los gestos, en los gritos, en los movimientos de esta familia venturosa; es una explosion de contento la que aquí resuena, es un delirio, una locura.

Y lo que sucede en este cuarto, que es el principal, sucede, con corta diferencia, en el segundo, en el tercero y en la buhardilla de la derecha.

Un tabique únicamente separa esta última de la de la izquierda, en la cual se representa á la misma hora una escena contraria del todo. La alegría y el dolor son vecinos antiguos, aunque no se tratan.

Al cantar abajo Pepe

El demonio esta noche
Se desconsuela,
Al ver que con el gozo
Se va la pena.

da una pobre madre su último adios á su desolada familia. ¿Dónde iré á pasar la Noche-buena? Tal vez cenará pan de ángeles, tal vez... Ignoro la historia de ese huésped de la eternidad, y, además, aunque la supiera no podría decirlo que sólo sabe el cielo. La infeliz deja á los suyos una herencia de orfandad, de sufrimientos y de miseria. Las carcajadas

de otros seres mas dichosos penetran en esta man-
sion de llanto y desamparo, interrumpiendo los so-
llozos y el rezo sombrío de los que velan á la muerta.

Entre tanto, grupos frenéticos de bacantes y de sá-
tiros, coronados de greñas desgreadas, recorren
cantando, tañendo y aullando, las calles de la po-
pulosa villa del oso y el madroño, inflamados por la
doble sed de sangre de inocentes animalitos y de la
que vierten los lugares de mil pueblos tributarios.
¿Va á celebrarse, acaso, el nacimiento de Cristo ó el
nacimiento de Baco? ¿Estamos en el Madrid cristiano
del siglo XIX, ó en la Roma de los Césares? ¿Es noche
de ayuno y de honesta alegría, ó noche de profana-
ciones y escándalos? Tambien los teatros, lugares de
prostitucion del arte, inmundos lupanares del drama,
de algun tiempo acá, abren sus puertas y sacan á la
vergüenza á la Talía española (que mas parece fran-
cesa), musa beoda é impúdica, para que el pueblo
aplauda su embriaguez lastimosa y su decadencia,
que si ruboriza por lo estéril, subleva por lo infame.

—¡Bomba! ¡bomba! gritan en el fondo de una
casa de mujeres públicas hombres perdidos, no más
venturosos, no más tranquilos que ellas; porque es-
ta es la noche de los santos recuerdos, y entre las
risotadas de la orgía se levantan en el espíritu de los
que la celebran los airados espectros de sus herma-

nos, de sus hijos, de sus padres y de sus amigos, cuyos nombres se han borrado ya de la estadística viviente. Pretenden los insensatos embriagar á la conciencia para que se duerma, y la conciencia continuará en vela como una luz perpétua.

¡Noche-buena! ¡Ay! no la tendrán todos; no la tendrán:

Ni el proscrito, que suspira por el cielo de su patria;

Ni el célibe, hongo solitario que, indiferente á los afectos más puros, mira esta noche en torno suyo y se encuentra aislado en medio de una sociedad que, por muy degenerada que se la suponga, lo rechaza, y siente oprimido su pecho por la tristeza y su alma por el hastío;

Ni el criminal, para quien sólo hay noches inquietas;

Ni la viuda fiel, que al sentarse á la mesa contempla vacío un puesto que ya no se ocupará nunca; pero que poco despues lo ve, con los ojos del espíritu, ocupado por una sombra querida y llorada;

Ni la viuda ingrata, que ve, con los ojos del remordimiento, sentarse en la silla desierta, en frente de ella y de su amante, el terrible fantasma de su esposo, nuevo convidado de piedra, venido del otro mundo, que antes ha llamado al corazón de su an-

tigua compañera, y como no le respondian ha penetrado por las paredes;

Ni la madre enferma, que da el pecho seco y sin calor al pequeñuelo hambriento y tiritando de frio, encogida junto á una casa opulenta, cuyos dueños podrian alimentar un año á esas criaturas desheredadas, con las migajas de la *colacion espléndida* de Noche-buena.

Pero ¿adonde voy con mis escepciones? ¿Será la Noche-buena la noche más triste de todas, por lo mismo que es la que más vivamente nos trae á la memoria lo que en el pasado hemos perdido, lo que deseamos para el porvenir y lo que nos aflige al presente?

Despues de la *Misa del Gallo*, cuando Madrid está ya jadeante, cansado, rendido, ébrio, harto, descuartizado, entre la niebla de la aurora aparece la siniestra figura del *Aguinaldo*, monstruo de cien brazos, como Briareo, que va á llamar á la vez á cien puertas, en algunas de las cuales es probable que no le respondan, porque la Noche-buena puede muy bien haber sido para muchos, por sus excesos, noche mala, cuando no víspera de la noche eterna.

LA MISA DEL GALLO.

Ea, lector amigo, no hay que dormirse; pereza á un lado, abrigarse un poco, y vamos á la *Misa del Gallo*. Así como así, el ruido estrepitoso de la calle es en esta noche enemigo declarado del sueño, y el que tal vez ahora mismo atruena tu propio domicilio tampoco te permitiría pegar los ojos.

Supongo que ya habrás hecho *colacion*, pero respetando, como es debido, los preceptos de la higiene, y la salud que sin duda disfrutas: dígame esto, porque la mayor parte de los cristianos entienden, al menos prácticamente, por colacion en Noche-buena, el abuso más estupendo de los placeres de la mesa. En esta noche cada boca es un molino, cada estómago un almacén de géneros de Ultramar y del reino; en una palabra, un abismo; y lo que es en cuanto á beber, hay quien se embriaga sólo de pensar lo que se trasiega.

Dan las once, y crece el estrépito, y es que ya van abandonando el teatro de sus glorias y de sus gastronómicas fatigas los que, como nosotros, se dirigen á la misa que ha de celebrarse, no precisa-

mente cuando canta el gallo, *ad pullorum cantu*, como parece indicarlo su título, sino á las doce.

Resuena cada zambombazo, que canta el credo; aturden los redobles de tambores de marca mayor, percutidos á la sazón, no por parvulillos entecos, sino por zanguangos de á fólio.

Pues ¿y las murgas? Aquí te quiero, escopeta. ¡Santo Dios, y qué melodías! ¿Oyes? ésta toca unas habaneras con tal rabia y desentono, que propiamente parecen tocadas para que las bailen los mismísimos diablos. Y es, que como ha nacido el Redentor del mundo, las toca Baco, y no los músicos; esta es la verdad. Esotra, que cruza á paso de Luchana, ó como si dijéramos, á banderas desplegadas, por delante de nosotros, revela instintos superlativamente marciales; y al son del himno de Riego, figúrase quizá que va á tragarse todo el imperio de Marruecos.

Veamos ese grupo que desemboca por la derecha. Son asturianos, honrados hijos de Piloña y de Právia, que, con unas cuantas paisanas suyas, caminan de seguro hácia la iglesia. ¿Qué canta ese chiquillo que cabalga sobre los hombros de ese aguador? Oigamos.

Arre, borriquito,
Que vamos á Belén,

Que mañana es fiesta
Y el otro tambien.

El aguador celebra con grandes risotadas el cántico del ginete, hace un par de corvetas de gusto, y continúa trotando.

Siguiendo nuestro camino, fácil es que tropecemos (pues no todo ha de ser tortas y pan pintado) con algun duelo á luz de los reverberos, producido acaso por una sola palabra, por un solo gesto sin significacion maldita, pero trasformados, por la fuerza del mosto sorbido, que todo lo aumenta, en insultos de primer órden. Todavía recuerdo un lance por el estilo, ocurrido tambien en Noche-buena, años há, lance en que no hubo grandes voces, ni escándalo, sino que se verificó á la chita callando, y del cual resultó gravemente herido uno de los adalides, á quien su adversario, un momento antes de clavarle la navaja, habia dicho, con la fria calma de un consumado perdonavidas:

—Lo que es tú, vas á nacer esta noche:

Á lo que contestó aquel:

—Como que es Noche-buena.

Pero dejemos memorias desagradables, y alegrémonos, ó si no podemos alegrarnos, envidiemos la alegría de esas familias del pueblo laborioso y pacífico, que asoman por la izquierda saltando y brin-

cando, al son de panderetas, campanillas, guitarras, tambores y zambombas, y alternando en sus cantares el villancico inocente y religioso con la copla desenvuelta y profana; la copla que empieza:

Esta noche es Noche-buena
Y no es noche de dormir,

Con la que acaba,

Mi madre mande en lo suyo,
Que en lo mio mando yo.

Si las calles están secas y serena la noche, muchas familias de la clase media y algunas, aunque pocas, de la alta sociedad, toman parte en la alegre expedición á la iglesia, de la cual vuelven, á veces, á sus casas, los que fueron *ad pedem*, se entiende, con el lodo hasta la cintura; y eso, los bienaventurados que logran pasar á nado, ó como Dios quiere, los diferentes rios que corren por las calles de esta bendita poblacion, porque otros aparecen al siguiente dia tendidos, en medio de ellas, como besugos que el mar ha dejado en la playa al retirarse.

Pero entremos en la iglesia: ya ves cómo los fieles—que en noche de tanto regocijo mejor merecerian el nombre de infieles—esperan la salida del sacerdote encargado del Oficio Divino, ó sea la *Misa del Gallo*. Lo que en la misa sucede, con corta diferencia, lo mismo en Madrid que en Alcorcon, en

Valencia que en Ruzafa, etc., ya sabes, lector mio, que ha dado motivo en repetidas ocasiones para que la autoridad competente la prohíba, evitando así el triste espectáculo de la falta de compostura con que muchos están en la casa de Dios.

Esta noche es noche grande para todos los que componen el ilustre gremio rateril; desde el que te escamotea el pañuelo de sonarte, aunque estés ojo avizor, hasta el que te roba el relój del bolsillo del chaleco, y si le apuran un poco, hasta la camisa que llevas puesta, sin que lo sospeches ni lo sientas; lo cual no quita, ni pone, para que el tomador se santigüe y rece más que un ermitaño.

El mancebo que no puede ó no quiere entrar en la casa de su adorado tormento, aunque la ame *con buen fin*, acude al templo, punto de cita, y colocándose detrás de la niña, la habla con fuertes apretones de manos, á que ella corresponde con otros no menos expresivos, cargándose recíprocamente de electricidad, y la entrega un elegante billete, en el que el nuevo Otelo descubrirá á su bella Desdémona los celos que le abrasan.

Aquí, un pillete se ocupa en unir, mediante varias puntadas de guita, unos cuantos vestidos, para que cuando sus propietarias quieran separarse no puedan, sin que se les rasguen, ó por lo menos sin

decirse mutuamente cuatro frescas, y cortar las puntadas; cosa harto difícil, si la operacion del cosido se ha ejecutado momentos antes de terminar la misa, pues acabada ésta, el barullo y la prisa por salir no permiten, así como quiera, deshacer lo hecho, lo cual origina disputas, que á veces han concluido á cachetes.

Allá, un rapaz, armado de cerbatana, arroja menudos proyectiles contra los ojos y las narices de tal ó cual vieja, sin considerar que puede dejarla tuerta ó roma; porque eso sí, el chico tiene una puntería tan certera, que donde pone el ojo pone el tiro, prueba elocuente de que se aplica más á estos ejercicios que al *musa musæ*.

Á lo mejor, suelen atravesar rápidamente el espacio, como siniestros aerolitos, manzanas podridas y patatas crudas, capaces de derribar al infeliz á quien alcancen; y no faltan mal intencionados, que con mazorcas ó pelusa de bayon, dibujan toda prenda de paño y de lana que encuentran por delante, dejándolas como nevadas, pero con una nieve que no se quita á tres tirones. Tampoco es raro sorprender, teniendo cuidado, á tal cual concurrente empinando una bota, ó bien durmiendo en un rincon la mona, como pudiera hacerlo en la cama.

En tanto, varias voces varoniles cantan villancicos en el coro, acompañados de los rústicos instrumentos de costumbre, y el cura sigue oficiando. Aldeas hay, en donde, si no se encuentran mejores, sirven de instrumentos almireces, cazos y sartenes; en otras, el tamboril y la gaita hacen el gasto, siendo tales la intemperancia y el desenfreno filarmónicos, que al día siguiente la estadística sanitaria resulta con un aumento considerable de sordos.

En algunas iglesias, para evitar confusión y escándalos, los varones tienen designado un sitio, y las hembras otro al lado opuesto. Lo que parece que ya no está en uso, es la antigua ceremonia de la adoración del Niño, bastante generalizada en España, y que consistía en depositar ofrendas en el Nacimiento que, al efecto, se preparaba, recibiendo á su vez, los fieles que las hacían, tortas y pan bendito, por mano del párroco.

En nuestros días, la costumbre que es objeto de estas breves líneas, ha quedado reducida á trasladarse de casa á la iglesia, después de la colación; oír misa, no con gran recogimiento, por grande que se quiera tener, lo cual casi equivale á no oírla, y tornarse después cada mochuelo á su olivo; habla-

mos de las personas de vida arreglada, pues respecto de las que no se hallan en este caso, se van á pasar el resto de la noche á los lugares de orgía, á las casas de juego, ó á las fondas, cafés y templos de Baco.

(MUSEO UNIVERSAL) — 1858.

LOS VERSOS DE ENCARGO.

Yo, como el lector no ignorará, si alguna vez ha pasado la vista por los míos, soy un pobre diablo de coplero, que se entretiene en aventar sus tristezas y acompañar sus soledades, entonando ó desentonando canciones que se pierden en el aire, al són de un instrumento, al que no sé ¡pecador de mí! si dar el nombre de lira ó de cencerro. Pero con igual franqueza confieso que soy un coplero cortés con las damas, de quienes acepto lo que me dan espontáneamente, y á quienes nunca me ha ocurrido la idea de mortificar con pretensiones importunas, aunque dice el refran que *pobre porfion saca mendrugo*. Por eso mi casta Musa no ha tenido que avergonzarse hasta ahora de ninguna debilidad, de ninguna de las flaquezas propias de corazones compasivos y

generosos, que ceden frecuentemente cuando se ven acosados por súplicas y llantos capaces de ablandar las duras piedras.

Sí, mi honesta, mi no mancillada Musa. Cuando te dignas inspirarme, suelto mi voz suave ó áspera, débil ó robusta, armoniosa ó desapacible, como sueltan la suya las ranas y los mochuelos, las chicharras y los buhos, no menos que las tórtolas, los canarios y los ruiseñores; como exhalan sus miasmas infectos las lagunas corrompidas, y sus aromas y su fragancia los jazmines y las azucenas: que en el gran concierto de la Creacion, en el himno sublime que los mundos elevan á Dios, no hay una nota de mas, ni una nota de menos; no sobra ninguna emanacion, por deletérea y repugnante que parezca, ni falta un perfume de los que embalsaman los valles, los jardines y las montañas.

No temas, pues, amiga mia, que te moleste; que te sorprenda mi indiscreta mirada cuando te bañas; que te despierte mi voz cuando duermes, para que vengas en paños menores á mi llamamiento, con la cabeza enmarañada, restregándote los ojos, soñolienta, ojerosa, vacilante, mal humorada y bostezando; siendo así que yo te quiero, y te quiere el público, ataviada con blanca túnica, peinadita, los ojos claros, fresca, dulce, noble y ruborosa.

Cierto es, que no pocos mancebos, olvidándose del sexo de aquella de las nueve hermanas del Parnaso que suelen invocar en sus necesidades poéticas, traen á la pobre doncella á mal traer; llámanla con desaforados gritos, la acarician y la desdeñan, la manosean y la riñen, le dirigen chicoleos é improprios, le tiran por la falda y la amenazan para que les provea de un poquito de inspiracion, género que va escaseando cada vez mas; y es no menos cierto, que si su Musa no acude voluntariamente, la maltratan, la abofetean, la azotan, la empluman y la arrastran por los cabellos, como despótico sultan á las odaliscas de sus harenes, en un arrebató de celos ó cuando sospecha que han cometido el más leve desaguisado.

Mas no hayas temor por mí; júrote, Musa mia, y Dios me perdone, que nosotros dos siempre hemos de vivir en paz, y que yo jamás tomaré la lira hasta que me digas:—¡Canta!

—¡Dilin! ¡dilin! ¡dilin!

Soy contigo al momento, amada Musa; oigo la campanilla, abren la puerta... La criada habrá dicho que estoy en casa, y tendré que sufrir las impertinencias de algun desocupado.

Mi Musa, amiga del silencio y de la soledad, ha desplegado sus blancas alas al anuncio de una visi-

ta; con ella ha volado la inspiracion que me traia, y... (Entre paréntesis: si no se me restituye la inspiracion, la visita me privará de ganarme el jornal de hoy... No importa; los *poetas* nacemos en la abundancia, somos muy ricos... ¡de ilusiones!)

—Buenos dias, querido. ¡Cuánto siento distraer á V. de sus ocupaciones!

—(Majadero!.. ¿pues por qué me distraes?) V. nunca incomoda; aquí tiene V. silla. (¡Y no se hunde el piso y se lo engulle!) ¿Á qué debo el gusto de ver á V. en mi casa?

—¡Se me ha muerto mi esposa!

—¡Pobrecilla! (¡Cuándo os moriréis tú y toda tu casta!)

—Creo que V. la conocia.

—¡Oh! ¡mucho, mucho! Doña Purificacion...

—No; se llamaba Adelaida.

—¡Ah! sí; ¡mucho, mucho! Adelaida... Era una señora de edad provecta, pero muy colorada, y sana como una pera... sana. ¡Vaya! ¡Pues no conocia yo poco, en gracia de Dios, á doña Adelaida!

—Pues bien; aunque apenas he tenido el honor de tratar á V. mas que para molestarlo, ahora me dispensará que le ruegue...

—(¡Soy feliz! este siquiera es agradecido; me va á hacer algun regalo.)

—...Que me componga un epitafio para su lápida sepulcral.

—(¡Oh! ¡con qué gusto he de hacer el tuyo cuando vayas á dar cuenta al Juez Supremo de los encargos homicidas con que me estás afligiendo á cada paso!)

—Ea, agur; cuento con el epitafio; esmérese V.; las altas prendas de la difunta le inspirarán el...

—Caballero...

—Nada, nada; no hay escape, no admito disculpas.

Salió. ¡Bárbaro! ¡salvage! ¡rinoceronte! ¡caiman! ¡culebra de cascabel!.. ¡Las virtudes de la difunta!.. Ahora recuerdo... ¡Si era una galopina! ¡Bravos tizonazos le esperan en el otro barrio!.. Verdad es, que era una galopina; pero ¡á cuántas galopinas no se erigen monumentos soberbios, y se dedican elogios inverosímiles cuando mueren! Morirán la ignorada madre de familia, modelo de verdaderas virtudes, y la honesta doncella, que prefieren la miseria y el dolor á la pompa insolente de la vanidad mundana y á la prostitucion, y no vibrará una voz que las cante, ni caerá una lágrima que las llore.

No quiero hacer el epitafio; me voy á tomar el fresco; á patinar en el Estanque grande del Retiro; á revolcarme en la nieve como un ruso; á bañarme

en el Manzanares como un pato, y eso que el termómetro señala 6° bajo cero; á zambullirme en el Canal... á escribir una zarzuela... ¡todo, primero que hacer el epitafio!

¡Horror! ¡horror! ¡horror! Me ha atisbado el estúpido Carratraca.

—¡Eh! ¡chico!

—¿Qué hay?

—Me caso.

—Te doy la enhorabuena.

—Á eso iba á tu casa; pero deseo que me la des en verso... ¡un epitalamio!

—Hombre, déjame en paz; ¿no conoces que cuando no le sopla á uno la Musa es en vano luchar, porque nada bueno, ni aun malo, se produce?

—Lo he ofrecido á mi novia.... ¿te acuerdas de ella? Es la hija del brigadier que vive enfrente de mi casa; la misma para quien me escribiste dos ó tres composiciones, que le dí con mi firma al pié. ¡Cree que soy poeta, y ya ves! ¡Ah! serás padrino del primer chiquillo que nos nazca, y... entonces habrá versos y mas versos; ya sabes que soy aficionado. Adios, hasta mas ver: estoy de prisa.

¡Santos cielos..., yo espiro!.. ¡Ah! qué idea! Para el 13 de Junio próximo venidero un cometa chocará con la tierra, habrá un cataclismo universal, ven-

drá el Antecristo... y se dará fin á la comedia del mundo con un gracioso sainete, titulado: *La Nada*. De aquí allá faltan cuatro meses... En cuatro meses es imposible que tengan sucesion... Sin embargo, á veces hay contingencias... sobrevienen fenómenos tan inesperados, tan prematuros... Además, este mozo ha adquirido una fama de D. Juan Tenorio, que espanta...

¡Hola! se fué Carratraca. Mi largo monólogo le ha impacientado... ¡mejor! Tampoco haré el epitalamio. Si la hija del brigadier quiere música, que le mande su padre la charanga de un batallon, ó que pague una murga. ¿Y qué diria yo en el epitalamio? ¿Hablaría del amor que de seguro no siente la hija del brigadier? ¿Elogiaría la fidelidad que no ha de guardar á su marido, porque es una coqueta sin corazon, una casquivana, sin más juicio ni más talento que un chorlito? ¿Ponderaría sus habilidades, que consisten en arañar pianos, romper vestidos, mirarse horas enteras al espejo, plantarse á menudo en el balcon, dormir mucho, trabajar nada, murmurar de sus amigas, y malquerer á todas las que no lo son? ¿Recomendaré á su futuro, por las cualidades... horribles que posee? ¿Al jugador, al botarate, al muchachero, al beodo, al tramposo, al ignorante, al renegado en política, al ateo en religion, al veleta en sus amistades?

Adios... ¡otro asesino! Este es un muñidor de ovaciones teatrales; me ha visto; se dirige hácia mí, y se me agarrará como un corchete, como los espinos de una zarza á una falda de seda.

—¡Oh feliz casualidad!

—¡Calle! ¿qué significan esas coronas que lleva usted en la mano?

—¿No adivina V.?

—Absolutamente nada.

—Los amigos de la P***, de esa interesante actriz que forma las delicias de nuestra escena, le preparamos una soberbia ovacion para esta noche. Es su beneficio.

—¿Hay funcion nueva?

—Se estrena un drama de espectáculo, titulado *El Paso de las Termópilas*.

—¡Diablo! Ya necesita dinero la empresa, si ha de representar con alguna propiedad tan famoso combate. ¡Ahí es nada! Trescientos espartanos, con Leonidas á la cabeza, cortando el desfiladero al ejército persa!

—¡Psit! eso es lo de menos; con hacer que entren y salgan, y vuelvan y tornen alternativamente unos cuantos zánganos!

—¿Hay decoraciones nuevas?

—¡Oh! sí; es decir, no; esto es, son y no son nuevas; de todo tienen.

—¡Ya! serán las viejas, embadurnadas recientemente para el drama, con estupendos chafarrinazos.

—Justamente.

—¿Y qué tal la produccion?

—Aquí, para *inter nos*, es lo más destartalado, lo más falto de sentido comun que he visto; es un modelo acabado de estolidez, un absurdo sublime, inconcebible. La empresa se promete grandes ganancias, porque en la tal obra dice que demuestra el autor conocimiento del público, de los efectos dramáticos, del juego escénico, y no negará V. que hasta para confeccionar y aderezar bestialidades se requiere cierto ingenio...

—Sí, cierto ingenio... bestial. Todo eso es magnífico; pero ¿y las letras?

—¿Qué tienen que ver las letras con los intereses de la empresa? ¿Acaso no le han producido á ella las últimas profanaciones del arte mas dinero que toda la literatura decente y bien criada? Trátase, pues, en este momento de defender *El Paso de las Termópilas* y la reputacion de la P**, que lo ha elegido para su beneficio. Yo he comprado estas cuatro coronas, y espero que V. me escribirá para la tarde una oda, en la que levante á la beneficiada y al autor hasta el sétimo cielo. Les echarémos poesías, coronas, palomas y enormes ramos de flores.

—Perdone V. ; eso es arrebatar al público un derecho que le corresponde ; yo no tengo la costumbre de elogiar ni de criticar, sino despues de conocer las producciones.

—¡Déjese V. de escrúpulos!

—Yo no engaño al público.

—¡Qué salida!

—¡Yo no prostituyo el arte!

—¡Como no está prostituido! Todo el arrepentimiento de una Magdalena, seria poco para purificarlo. ¡Ea! manos á la obra ; á la tarde me tiene V. en su casa por los versos, sin que esto quite para que en la primera revista dramática que V. escriba, recomiende eficazmente *la cosa*.

—Entiendo : hay que defender á todo trance *El Paso de las Termópilas*, é imitar en caso necesario la heroicidad de los trescientos, todos los cuales fueron degollados en el desfiladero como puercos por San Martin.

—No lo tome V. á broma, que el asunto es muy sério. Con que adios, y gracias anticipadas.

—(¡Cargue contigo una legion de caribes!)

Está visto ; hoy es dia fatal para mí. Me impiden ganarme el sustento, me revientan con epitafios, me descalabran con epitalamios, me amenazan con natalicios, me descoyuntan con ovaciones teatrales ; y

como no me esconda en las profundidades de la tierra, me apedrearán con álbums, me pedirán enhorabuena para los nuevos ministros, que no me gustan; bacanales ó anacreónticas para improvisar en francachelas, que aborrezco; declaraciones amorosas, como si yo fuese un cadete; décimas para dar días, cuando á mí nadie me da, por no darme nada, ni las buenas noches; y aun habrá persona tan prevenida, que me encargará versos de Navidad para repartidores de periódicos, que no leo; para felicitar las Pascuas, que no celebraré porque no tengo dinero; villancicos para que los berreen cuatro aspirantes á coristas; estrechos para la víspera de Reyes, etc. ¡Como si la poesía fuese sacar agua del pozo ó varrear lana! ¡Como si no hubiese mas que ponerse uno á escribir á salga lo que saliere, y aquí me las den todas!

Hay ocasiones en que el encargo de poesías es, en cierto modo, disculpable; como cuando se trata de enaltecer un hecho glorioso para el país, de pagar un tributo á la memoria de un escritor distinguido, de un buen amigo, de un orador ilustre, de un virtuoso patricio, de un artista eminente; y aun entonces, no conviene violentar el génio; la poesía vive y florece con la libertad; la opresion la ahoga y la mata. Un poeta puede muy bien levantar altares

en el fondo de su corazon á las virtudes ó á los talentos de un hombre, rindiéndoles así justo homenaje; y carecer, sin embargo, de la inspiracion suficiente para cantarlos de una manera digna del objeto y de sí mismo. Hé ahí la razon por qué la mayor parte de las poesías de encargo son malas, ya por lo pálidas, ya por lo vulgares, ya por lo vacías de pensamientos. Pero estas razones ó no se comprenden, ó no se quieren comprender, lo cual viene á ser lo mismo. Si un poeta se resiste á semejantes exigencias, se le contesta :

— ¡ Quiá ! ¡ si eso se hace bailando !

— ¡ Miren que fátuo ! Demasiado favor se le dispensa con encargarle versos.

— Siempre he creído yo que no tiene chispa.

— Muchas protestas de amistad, y para una vez que me remangué.....

¡ Sí, y mil veces sí ! ¡ Teneis razon ! El poeta debe ser materia dispuesta para todo ; debe servir, lo mismo para un barrido que para un fregado ; debe cantar cuando rabie, y bailar cuando lllore.

Ven acá, tú, Musa remolona, y si no, te traeré por las orejas entre cuatro soldados y un cabo : inspírame, ó te acribillo á cortaplumazos ; sóplame al oído unas cuantas estrofas, ó te llevo ante un juez de paz. ¡ Cantemos por fuerza !

Consuélate, viudo de mi alma; yo exprimire mi sesera y haré un epitafio, para que Adelaida siga mintiendo virtudes al mundo, aun despues de muerta.

Alégrate, precioso Carratraca; yo perfilaré, y pintaré, y afiligranaré la felicidad conyugal que nunca habeis de disfrutar ni la hija del brigadier, ni tú.

¡Oh! *El Paso de las Termópilas* y su representacion, van á ser en mis versos el mejor drama y la mas perfecta representacion posibles: sucumbirán á la cuchilla de los persas—que regularmente serán unos cuantos pobres mozos de cordel disfrazados—los trescientos valerosos espartanos, reducidos en el presupuesto de la funcion á ocho ó diez hombres; y sólo yo quedaré sano y salvo, para perpetuar la hazaña y darme á los diablos; porque, no hay remedio, mi pesadilla eterna van á ser, hasta que logren sus pérfidos intentos, el viudo gruñendo:

—¡Mi epitafio!

Carratraca profiriendo entre blasfemias de grueso calibre:

—¡Mi epitalamio!

Y el muñidor de ovaciones teatrales, confundiéndome con sus elocuentes prisas, y gritando:

—¡Mi composicion para *El Paso de las Termópilas!*

¡Ah! y tú tambien te vengarás, Musa amiga; por-

que me inspirarás, para escarmentarme, versos dignos de figurar en el inmenso catálogo de los *Versos de encargo*.

EPILOGO.

Los versos de encargo se guisan *gratis*.

(LA AMERICA).—1857.

IDILIO.

Emilio se estaba muriendo: su madre, mujer de un pobre jornalero, contemplaba loca de dolor los estragos que la enfermedad habia hecho en el hermoso niño, que era ya solamente, segun la expresion de aquella infeliz, *todo ojos*; pues al fresco sonrosado de sus mejillas, á la redondez de sus formas, á su infantil viveza, habian sucedido una palidez cadavérica, una demacracion espantosa y un decaimiento análogo al de la flor á poco de ser arrancada de su tallo.

La enfermedad se hallaba en el período crítico, y así podia terminar de una manera favorable como funesta.

Jornales, ahorros, muebles, ropas, todos los recursos, en fin, con que contaba la familia, habian si-

do empleados para arrebatarse de los brazos de la muerte á Emilio.

Al principio, un beso, una palabra afectuosa, un juguete, eran recibidos con sonrisas de gratitud por el enfermo, cuyos labios marchitos apenas se entreabrían ya, y cuando se entreabrían, era para dar paso á un débil gemido que, no obstante, resonaba con fuerza infinita en el corazón de la madre.

Teresa, pegando el oído al doblado de la manta que cubría el pecho de su hijo, parecía, en la intensidad de su mismo sufrimiento, como si deseara escuchar el último latido de la vida que se apagaba, porque con él acabaría de padecer Emilio. Sólo el que posea la ternura inmensa de una madre, será capaz de comprender la piedad sublime que había en este deseo tan contrario, en apariencia, á los dulces sentimientos de que la naturaleza ha dotado el sexo débil.

En uno de aquellos terribles instantes de inquietud, vió Teresa, desde la reja que daba á la calle, y por donde recibía luz la estancia del moribundo, pasar por delante de la puerta un hombre del campo, que llevaba en brazos un corderillo, pregonando en alta voz su venta.

Llamóle maquinalmente, pues nada esperaba ya de nadie, quizá ni aun del cielo: hay ocasiones en que hasta la misericordia divina, única estrella que

ilumina la noche de los desgraciados, desaparece del horizonte velada por densas nubes.

Despues de cruzar algunas palabras de regateo con el campesino, éste la entregó el cordero. ¿Fué esta compra inspiracion de la ternura maternal, aviso del cielo, ó puro efecto de la casualidad? Ya he dicho que la dolencia de Emilio habia entrado en el período de crisis, circunstancia que, por sí sola, esplica satisfactoriamente la modificacion feliz y casi repentina que experimentó el niño en el estado de su salud.

La sonrisa desplegó sus labios secos y descoloridos, cuando vió volver á su madre con el cordero, sobre cuyo vellon suave pasó él su descarnada manecita, que Teresa roció con lágrimas de gozo, adivinando, tal vez, que su hijo estaba fuera de peligro.

No se equivocaba : ocho dias despues, Emilio abandonó la cama.

¿Qué era, en tanto, de su amigo, del cordero, á quien habia dado los nombres más tiernos, colmándolo de caricias y recibiendo, en cambio, ya una mirada inteligente y dulce, ya el suave calor de su aliento cuando le lamia las manos y el rostro, yertos por el frio de la calentura?

El inocente animalillo, tan gracioso, tan vivo, tan esbelto en los primeros dias, fué abatiéndose á medida que su compañero recobraba la salud. En vano

Teresa lo habia adornado con un lindo collar del que colgaba una campanilla de agudo y limpio timbre; en vano adornó su cuerpo con lazos de seda de color de fuego (resto de sus antiguas galas) que, entre los negros vellones de lana salpicados de blanquísimos lunares, asemejábanse á las amapolas de los valles; en vano, quitándose el pan de la boca (porque la agradecida madre creia deber el *milagro* de la salvacion de su hijo al cordero) mermaba el escaso jornal de su marido para comprar, ya el haz de yerba recién segada y en cuyas hojas brillaba todavía (quebrándose en mil cada rayo de sol) el cristalino rocío de la noche, ya el salvado, el menudillo y hasta los bizcochos que mezclaba con leche para alimentarlo: el cordero, unas veces buscaba los rincones como si huyese de la gente, arrastrábase otras cabizbajo, acudiendo á la voz de Emilio, única á que solia obedecer; sus ojos perdian visiblemente la movilidad y animacion antiguas, y lastimero balido entristecia la vivienda donde tan regaladamente era cuidado.

El corderillo, arrancado á la madre y al campo natal, estos dos grandes amores de toda criatura dotada de inteligencia ó sólo de instinto, padecia sin duda la nostalgia del hogar, de la patria.

—Yo no sé (dijo un dia Teresa á su marido) lo

que tiene el cordero, que se va acabando á ojos vistos.

—Pues no es difícil adivinarlo (respondió el jornalero); lo que tiene, es que echa de menos la madre y el campo.

—Si de cierto supiese que es esa la causa, capaz seria de volvérselo al hombre que me lo vendió.

—¿Apostamos á que no?

—¿Vaya á que sí?

—Eso seria, como aquel que dice, lo mismo que pegar un puntapié al andamio, despues de hecha la casa.

—Espícate.

—¿No has afirmado un millon de veces que el niño debe la salud al cordero? Pues ¿con qué alma vas ahora á desprenderte de él? Bien que de desagrados está lleno el infierno.

—¿Te parece que no sentiré yo que se lo lleven? Lo sentiré, y mucho; lo sentiré como si perdiera una persona querida; pero mas vale que se lo lleven, que no verlo morir sin remedio; así se le pagará el bien que ha hecho á nuestro hijo.

—¡Bueno se pondrá Emilio, cuando vea que lo separan de su compañero!

—El se consolará pronto, mas pronto que nosotros: los niños son muy flacos de memoria. Una idea

me ocurre; en vez de regalárselo al hombre, lo cambiáremos por otro más grande, dando encima lo que sea.

—En fin, yo no entro ni salgo; haz lo que te parezca.

Ajustóse, pues, el cambio del corderillo, mediante un sobre precio, y en la tarde convenida fueron Teresa, su marido y Emilio á un prado que hay á la derecha de la puerta de Toledo, para escoger el que más les gustase entre los muchos que allí pastaban.

Teresa llevó en brazos el cordero gran parte del camino, pues la debilidad y la tristeza del animalito apenas le permitian ya dar un paso.

La escena que allí presenció la honrada familia, fué una de esas escenas conmovedoras, cuya descripción es imposible: no hay en el lenguaje humano palabras, no hay en la pintura colores, ni sonidos en la música para dar una idea próxima de ella.

El sol vertía torrentes de luz; el olor de las acacias, llenas de nevados racimos de flores, embalsamaba el ambiente; la verde alfombra del prado ostentaba sus lindas corolas blancas, violeta y rosa, y el eco traía de lejos el apacible murmullo del Manzanares y la alegre voz de las lavanderas.

La benéfica acción de todos estos objetos, de todas estas armonías naturales, y más que todo, la vista del numeroso hato de cabras y ovejas que, co-

mo he dicho, en aquel sitio pastaban, reanimó un tanto al pobre cordero; el cual, resucitando, digámoslo así, de improviso, arrojóse de los brazos de Teresa para ir á su madre, que, separándose del rebaño, corria ya desolada á su encuentro.

No era regocijo, no era amor, era un delirio, un vértigo, un frenesí, un impulso ciego é irresistible lo que confundió en un instante á la madre y al hijo en un abrazo estrecho, íntimo, casi doloroso por la misma violencia de la alegría.

La madre, repeliendo al hijo, con sus ágiles y nerviosos brazos, acercábaselo despues, revolcábalo por la yerba, y unas veces triscaba y retozaba en torno suyo, y otras saltaba por encima de él, ó bien se detenía de repente y restregaba su negro hocico sobre el blanco hocico del cordero, como si quisiera besarle é interrogarle, ó como, si no fiándose de sus ojos ni de su instinto, pretendiera reconocerlo por medio del olfato; y luego tornaba á sus locas demostraciones, bufando y balando de alegría. ¿Y cómo no, si hasta en el corazon de las panteras mismas ha puesto Dios un átomo de amor, y en la caverna más oscura un átomo de luz, aunque no siempre lo descubran nuestros débiles sentidos?

Emilio gemia, reclamando su cordero; Teresa procuraba detener á su hijo, asiéndole de la mano, y

diciéndole que iban á darle otro más lindo; el jornalero liaba un cigarro para el pastor, y éste exclamaba de tiempo en tiempo, señalando al corderillo:

El pelechará, que de casta le viene al galgo el ser corredor; y si no, ¡miren Vds. qué sana y qué rolliza está la madre! ¡Cómo conoce el pequeño que se halla entre los suyos! ¿eh?

En efecto, el esclavo recobraba su libertad, el proscrito volvía al campo (su patria y su hogar) y entraba nuevamente en el seno de la familia.

Teresa abandonó aquel sitio con profunda pena, y más de una vez tuvo que enjugarse las lágrimas que el sacrificio que acababa de hacer le habia costado.

Después de este día, cuando el pastor pasaba por delante de su puerta, preguntábale Teresa por el corderillo, temiendo siempre oír la noticia de su venta ó de su muerte. El pastor le dijo la verdad, durante algun tiempo; al cabo del cual, vendido el cordero, procuró ocultárselo, dejando que ella lo adivinase, porque conocia el mal rato que de otro modo daría á la honrada mujer del jornalero.

EL PARTO DE MI VECINO. (1)

Señor Villalva: estoy enfadado con V., muy enfadado, porque con su artículo EL PARTO DE MI VECINA, que *alguna mano extraña á la redaccion ha introducido en LOS POSTRES* (como dicen los periódicos políticos, cuando dan alguna pifia), ha pretendido V. hacer interesantes á los vecinos de las embarazadas y á éstas, atrayendo hácia unos y otras la compasion de las almas sensibles, sin tener ni una palabra de simpatía para los maridos, verdaderas víctimas en esas tragedias, en que muchas veces fulgura el siniestro acero del comadron belicoso, y en que siempre hay *ayes*, gritos, dolores y sangre... ¡arroyos de sangre, señor Villalva!

(1) Dió origen á este artículo el chistosísimo que, con el título de **El parto de mi vecina**, habia publicado en LOS POSTRES (periódico dirigido por el autor de la presente obra), el ilustrado escritor, D. Federico Villalva.

(N. del A.)

¡Usted se apiada de los vecinos! Con su pan se lo coma. Eso me indica que los vecinos de V. son unos benditos de Dios, unas almas benéficas y amables, que sirven para algo en el mundo, y de quienes no podrá decir como Quevedo:

Siempre fué mi vecindad
Mal casados que vocean,
Herradores que madrugan,
Herreros que me desvelan.

Si conociera V. los míos, muy diferente sería su modo de pensar. Sepa V., amiguito, que el mejor (salvo V.), si le ayuda á uno es... á caer. Bien puede quemárseme el cuarto, penetrar una partida de ladrones en mi alcoba, rompérseme una pierna, ocurrirme una desgracia cualquiera: así le importará todo ello á mis vecinos, como la carabina de Ambrosio. Frente por frente, á derecha é izquierda, y aun tabique por medio, los he tenido, y aseguro á usted, que ni á unos ni á otros se nos ha ocurrido jamás darnos los buenos días: cada cual vive en su celda como una monja, y no hay miedo de que ninguno se tome el trabajo de moverse por el prójimo.

Pero volvamos á nuestro asunto.

La conducta de V. es imperdonable, y más de un marido le guardará un rencor, que sólo podría extinguirse mediante un sincero arrepentimiento.

¡Bien se conoce que es V. soltero! ¡Harto se echa de ver que nunca ha parido V., ó que lo oculta, considerando como una afrenta las delicias de la maternidad!

Pues bien: yo voy á probar á V. (si no es tan díscolo que se niegue á las probaturas), que el cuadro que ha pintado es un cuadro de capricho, y que la verdad y él braman de verse juntos. Quien páre es el marido.

Supongamos que al pasar una tarde por la Puerta del Sol—paso actualmente más difícil que el de las Termópilas—tropieza V. casualmente con una doncella, á quien llamaremos *Pura* (algun nombre hemos de darla). Esta doncella es blanca ó morena, derecha ó gibada, rica ó pobre; en suma, es una muchacha que le gusta á V., y que corresponde á sus miradas con otras no menos expresivas. Síguela usted al Prado; sírvela de paje cuando vuelve del paseo; ronda luego su calle á todas horas, en términos que la policía le cree á V. conspirador ó ladrón; crúzanse billetitos perfumados; se establecen comunicaciones telegráficas; menudean las conferencias por el ventanillo; es V. presentado á la mamá; hay suspiros, apretones de manos, guiños, secretitos, pisadas suaves, sonrisas... y otros excesos.

Supongamos que V. como hombre honrado, se

decide á contraer el dulce vínculo del matrimonio —otros dirian á echarse una soga al cuello—y que se casa, con la santa idea de vivir en paz y en gracia de Dios, y de criar hijos para el cielo, aunque luego se los lleve Barrabás, gran ladron de niños... y de niñas.

Hasta aquí todo vá bien: ni la más leve nubecilla empaña su luna de miel, esceptuando tal cual eclipse de poca monta, producido por la interposicion de alguna impertinencia de la suegra voluminosa, cuerpo opaco que en ocasiones turba los claros horizontes domésticos.

Pues señor; una mañana observa V., que las antes rosadas mejillas de su cara mitad, se han puesto pálidas; que su mirar es triste; que experimenta cansancio y mareo; que tiene inapetencia; que le ronda tal cual náusea... y que se queja de un *no sé qué*, de un mal estar indefinible.

Supongo—y van tres—que V. ama á su esposa, y esto supuesto, se alarma naturalmente, y vuela á llamar al facultativo.

El facultativo observa, pulsa, recela; sin embargo, necesita mas datos para poder formar el diagnóstico de la *cosa*; no me atrevo todavía á llamar enfermedad á lo que motivó la consulta.

—¿Cenó V. mucho anoche?

— ¡Ay! no, señor; huevos pasados por agua; son mi cena de costumbre.

— Pudiera alguna indigestion...

— Yo he sido siempre muy fuerte de estómago.

— Tal vez un resfriado...

— Nada, no, señor.

— Un exceso en...

— Tampoco: ¡tenemos una medida en todo!...

— Ningun disgusto, ni...

— Ni pensarlo (habla el marido, habla V., señor Villalva); aquí todos procuramos darla gusto.

Despues de varias preguntas por el estilo y repetidas visitas, el médico le dice á V. un dia:

— Es embarazo, señor mio.

Estamos en la exposicion del drama.

A poco, principia el enredo ; las escenas se complican; sucédense los incidentes; crece la accion; y, en fin, se desarrolla la *fábula* hasta el punto de picar en historia, de hacerse eminentemente *interesante*.

¡Qué economía de personajes! Una mujer, un hombre, y un sér misterioso, que no se sabe á qué sexo pertenece, que siempre *está al paño*, y que inspira el mayor interés, sin embargo de que todavía no se ha presentado al público..... Hé ahí una obra clásica, una composicion de mano maestra. Eso

se llama trabajar. Es V. un verdadero artista, señor Villalva.

Así van trascurriendo días y días, hasta que llega el deseado por todos y con especialidad por V. No quiero detenerme en describir extensamente lo que pasa desde el comienzo del drama, hasta el término de los nueve meses, que éste dura. Basta á mi intento dar á conocer el desenlace, por ser el principal y casi exclusivo objeto de las presentes líneas.

Hallándose V. y Pura en el Prado, ésta se pára de repente, y exclama, perdiendo el color:

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!

—¿Qué es eso, bien mio? pregunta V. asustado.

—Ya pasó. ¡Jesús María, qué angustia!

Dán Vds. media vuelta por el salon, y Pura vuelve á exclamar, en tono más alarmante que la vez primera:

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!

—¿Te sientes mala, hija mia?

—No estoy muy buena.

—Nos retiraremos, si quieres.

—Sí, vámonos pronto.

Y se ponen Vds. en marcha. Pura siente frio, V. suda como un carretero. Á poco de entrar en la Carrera de San Gerónimo, su mujer de V. se des-

prende rápidamente de su brazo y entra en el portal de una casa, diciendo:

— ¡Aquí, aquí... no puedo más!

— ¿Qué quieres decir? Interpela V., temiendo que lo que nazca se venga al suelo y se estrelle como un huevo.

— Que me repiten los dolores.

— A mí también me duelen las muelas, me zumban los oídos, se me va la cabeza.

— Mira, Federico, podías tomar un coche.

Supongo, señor Villalva, que V. es uno de esos maridos, que no son, ni han sido siquiera ministros... No tiene V. veinte reales, y con todo, es preciso tomar una resolución, sin demora, al punto; hay que empeñar aunque sea la camisa. Hay maridos que, en percances de esta especie, han envidiado para sus mujeres la suerte de las gallinas, las cuales depositan el fruto de sus castos amores, no ya en un portal, sino en una cuadra, en un establo.

El coche rueda, llegan Vds. á casa, Pura quejándose y V. bramando de temor y de falta de maravíes.

Pura se afloja los vestidos; en seguida, se desnuda y se pone una bata de percal, con la prevision de quien sabe que hay que luchar largo rato, acaso un

dia, tal vez dos; y de que no es prudente ni económico destrozar un buen traje.

Durante esta operacion, se han anunciado varios dolores; la ansiedad y la fatiga se van apoderando de aquella naturaleza; aprietan los retortijones tanto, que parece que van á quebrantar tan delicada máquina; y despues de una ó dos horas, van apareciendo sucesivamente vecinos de ambos sexos, ó como si dijéramos, los coristas, los comparsas.

¿Qué sucede, en tanto, á nuestro buen Villalva? Cada suspiro de su esposa resuena en sus oidos como un cañonazo; cada lágrima que el dolor la arranca, le cae á él sobre el corazon como una gota de plomo hirviendo... ¡La quiere tanto! ¡Sufre tanto, viéndola sufrir! V. no puede estarse quieto en parte alguna, y anda de un lado para otro, sin objeto, como alma en pena, como un palomino atontado.

Hecha por el facultativo la declaracion oficial de que es parto, y practicados los reconocimientos que la ciencia aconseja en tales circunstancias, reconocimientos que, y sea dicho de paso, maldita la gracia que le hacen á V., los minutos le parecen á V. siglos, y en su alterada imaginacion se suceden, á manera de cosmorama, escenas y cuadros pavorosos, siniestros, atroces.

Sabiendo V. que Pura es buena cristiana y que

tiene particular devoción á ciertos santos, busca entre sus mamotretos una colección de estampas que representan á diferentes moradores de las celestes regiones, algunos de los cuales los coloca en hilera encima de la cómoda ó de la consola, poniéndoles delante en candeleros de cristal un par de velas de esperma, mientras Pura, por lo bajo, se encomienda á ellos con fervor extraordinario.

Todos estos preparativos son en extremo consoladores para V. y hacen que no le llegue la camisa al cuerpo, como suele decirse. Su cara de V. parece entonces la de un reo de muerte, y su misma esposa se vé obligada á dirigirle palabras cariñosas para animarle.

¿Y qué hacen los vecinos? ¿Qué hacen aquellos zánganos? ¿Quiere V. decírmelo? Yo lo diré, porque usted ocupado en *su* alumbramiento, apenas fija la atención en lo que alrededor pasa.

Oiga V., oiga V.

La señora Eustoquia, viuda de un sargento de coraceros, madre de nueve hijos y medio (porque uno nació con un ojo, una oreja, un brazo y una pierna de menos), entretiene á la concurrencia con la chistosa historia de su noveno alumbramiento, en el cual empleó ochenta y cuatro horas; añadiendo, que la tuvieron que operar, y que la criatura salió

con seis vueltas de cordon al cuello, por cuya causa *la taparon por muerta.*

Doña Filiberta Pamplina, mujer de un comerciante en cañamones, cominos, lentejas y otras menudencias, á cada chillido de Pura pronostica cincuenta calamidades, sólo porque ella las sufrió ó se las imaginó en sus partos.

Á lo mejor dice:

—¡Ay, hija! cuando yo sentia lo que V. siente, me desmayé, y luego supe que estuvo en un tris el que no me las liase para el otro barrio.

Si trascurren cuatro minutos sin quejarse Pura, el pájaro de mal agüero la espeta este consuelo:

—Eso no me gusta... me dá mala espina. Quéjese V., hija; quéjese y desahóguese V.

—¡Pero si no me duele!

—¡Qué fatalidad! Pues señor, no hay fuerzas; y lo peor que puede suceder á la que *vá de parto*, es no tener dolores.

Estas observaciones le desgarran á V. las entrañas: Pura permanece tranquila.

La tia Blasa arrolla fajas, hace hilas, dobla pedazos de lienzo y prepara todo un arsenal de trapos y telas usadas, por si un flujo ó cualquier otro accidente los reclama. Es la única que hace algo... porque se lo pagan.

D. Calisto Grajea, perrito de bodas, de bautizos y de entierros, conocido en el barrio por su puntualidad en concurrir siempre el primero á donde guisan, permanece en un rincon, esperando con sublime paciencia el momento de abalanzarse á una mesa que distingue en la habitacion de enfrente, y hácia la cual flecha terribles y continuas miradas, como si quisiera devorar con los ojos lo que despues ha de devorar con la boca. De vez en cuando, por ver si recuerda á los demás que la cena espera, suele exclamar:

—Pura, podía V. tomar un sorbito de Málaga, para adquirir fuerzas: ó bien: Sr. Villalva, ánimo... ¡qué diablos! no se aflija V., que el mundo no se acaba: tome V. un refrigerio, que, como dice el adagio, con pan y vino se anda el camino.

Pero nada; V. sigue afligiéndose y atórtolándose más y más. Carreras por acá y carreras por allá; quiere V. estar en todo, y suele no estar en nada, y si en algo está, es dado á los diablos.

¿Se queja Pura de sed? Villalva se lanza á la cocina por un vaso de agua. ¿Llaman á la puerta? Villalva sale á abrir. ¿Que viene una visita! Villalva se aturde en tales términos, que dice á *los piés de usted* á su amigo el barbudo Jimenez, que acaba de entrar, y abraza con efusion á la mujer de Jimenez

el barbudo, hombre celoso en extremo, que desde este instante sospecha que V. y su cara mitad están de inteligencia mucho tiempo hace.

El comadron, práctico de esos que no se equivocan ni un minuto en sus cálculos, llega precisamente en el momento en que arrecia la tormenta.

Usted, cansado, derrengado, despedazado por las malas noches, falto de sueño, sobrante de temores, perdido el estómago, tambaleándose, cayéndose muerto, en fin, no tiene ya fuerzas para resistir y presenciar el desenlace del drama.

La señora Eustoquia, sigue acumulando chistes para entretener á Pura; dícela que ya se acostumbrará á semejantes lances, como le sucedió á ella, que de resultas del último ya no le ocurrió nada más de particular que el quedarse *desriñonada* y con una metritis crónica que exige la frecuente aplicacion del *speculum*.

Doña Filiberta, exclama á cada tres minutos:— ¡Apriete V., hija, apriete V. para abajo, *como si fuese á echar una cosa!* Mire V. que, de lo contrario, no confío en que salgamos bien del apuro.

La tia Blasa, entra de la cocina una jofaina, con dos tohallas, esponjas y alguna ropa blanca.

Grajea, se aproxima á la mesa, atrapa una rueda de salchichon y una copa de Málaga, y dice:—Está

visto: yo no soy para estos lances; y si no me animase con un sorbo, me desmayaría como una gallina.

Entre el comadron y una huevera de la vecindad, sostienen á Pura, mientras V. es sostenido por la pared.

Pero llega el momento supremo, suena la hora; la infeliz parturiente brama como una novilla salvaje; su rostro, primero pálido, se vuelve color de rosa, en seguida amaranto, y despues amoratado; Pura llora á lágrima viva, y solloza, y suda á chorros, y tiene hipo, y hambre, y sed, y frio y calor, y se estira y se encoje, como una culebra, y clava sus dedos en los hombros de los que la sostienen; y reuniendo y centuplicando todas sus fuerzas—porque en estos casos hay mujer como un fideo que tiene las fuerzas de un Hércules—rompe la oscura cárcel en que, sin comerlo ni beberlo, ha permanecido incomunicado, el sér misterioso que tanto interés ha inspirado por espacio de nueve meses, y que, andando el tiempo, será todo un Alejandro, un César, un Cervantes, un Napoleon ó... un limpia botas.

¿Y Villalva? ¿Dónde está Villalva? Ha huido cobardemente á lo último de la casa, se ha escondido en el rincon más negro, se ha tapado los oidos con algodón; y de rodillas junto á la suegra, todavía es-

tá rezando con deplorable angustia una *Salve*, mientras Pura sonríe ya y besa á su hijo que el comadron reclama para pasarle la esponja, y atarle el ombligo y ponerlo aseadito.

La señora Eustoquia, se despide á poco rato, prometiendo volver á la mañana siguiente, por si se ofrece *algo más* (como si algo hubiera hecho), y recomendando á Pura el uso de una bizma á las caderas.

Doña Filiberta, la aconseja que busque inmediatamente un perrito *por si la criatura no agarra*, pues de no tomar esta precaucion pudieran aparecer postemas y hasta escirros en las glándulas mamarias.

La tia Blasa, cobra y base.

Grajea, permanece un rato más, tupiéndose de golosinas, guardando algunas cuando nadie lo vé, y pretestando, si lo ven, que son *para los niños*. El no tiene hijos, pero se cree que los conservará (los dulces) en el estómago, para cuando los tenga.

Á la suegra se le cae la baba, y ya no se acuerda de lo pasado media hora antes.

De manera, que al único que entre todos no le ha salido aun el susto del cuerpo, el único digno de compasion en la casa, es el asendereado esposo, el cual no ha tenido, desde el principio de la funcion,

momento alguno de sosiego, ni ha descansado, ni sonreído siquiera algunas veces como la dichosa Pura.

¡Y habrá todavía quien se compadezca de los vecinos!

(LOS POSTRES).—1857.

CARIDAD EVANGÉLICA. (1)

Amparo y Marieta no pueden contener la risa, viendo enzarzarse á los dos ancianos, cuyas miradas, cuya voz y cuyos ademanes les dan, como otras veces, la actitud de dos gallos dispuestos á lanzarse á la pelea.

El suceso feliz, origen de los debates, tiene locos de contento á los dos amigos, que en esta noche se salen de sus casillas, aumentándose lo cómico de su gravedad á medida que la disputa arrecia.

Como el baron, despues de su conferencia con Bravo, ha renunciado á toda empresa amorosa, cuidase

(1) Estos párrafos pertenecen á la novela titulada **El Mundo al revés**, original de autor de la presente obra.

menos que antes del aliño de su persona: el frac, la corbata de puntas bordadas, los guantes, el chaleco, el pantalon, el traje, en fin, que constituia en otro tiempo el arsenal de sus seducciones, está dentro de una vieja cómoda, estrecho cuartel, digámoslo así, de inválidos, que algunas veces le recuerda con dolor, al abrirla, no pocas glorias de una edad que ya no volverá.

¡Qué diferencia del traje que ahora le cubre! Un gorro negro de seda, de dormir, encasquetado hasta las orejas, como medio de evitar el catarro que le amaga; una bata que le llega á los piés, y unos zapatos de castor, con forro de piel de cordero, no son, seguramente, prendas á propósito para realzar la persona de ningun galan. El mismo D. Juan Tenorio se hubiera visto en calzas prietas para alcanzar el más miserable de todos sus triunfos, á presentarse á las damas con atavío semejante.

Hé ahí quizá una de las cosas que, juntamente con lo que arriba queda indicado, ocasiona la destemplada risa de su sobrina y de Amparo.

—Yo creo poco—salta el marqués, así que el alcalde le concede la palabra—en las protestas de religiosidad que parten de ciertos labios; y aunque no incluyo en este número á mi amigo el baron de Solares, debo decir, que en las circunstancias presen-

tes, su exigencia es una usurpacion hecha á la iniciativa que en el asunto de que se trata me corresponde, y que, por un descuido que no me perdono, me he dejado arrebatat. En efecto, señores : la idea de celebrar con una solemne funcion de iglesia el restablecimiento de nuestro amigo D. Lorenzo Figueroa, partió del diputado que tiene la honra de dirigir su voz á esta ilustre asamblea, el cual se la comunicó en la Fuente de San Luis, hace cuatro ó seis dias, al que se sienta en los escaños de enfrente.

—¡Pido la palabra! dice el cura.

—Hable su señoría; responde el alcalde.

Todos los circunstantes se apaciguan y callan como por encanto.

—Señores—exclama el cura:—llamo particularmente la atencion de este cuerpo, sobre ciertas frases que el dignísimo marqués de la Cabeza ha pronunciado, sin duda en el calor de la improvisacion, y que espero se apresurará á recoger en el momento que se le designe. Su buena fé, y la sinceridad misma con que profesa sus principios políticos, le harán reconocer que se ha escedido en su manera de juzgar los sentimientos religiosos de los hombres que siguen otras banderas. En mi persona, señores, se reunen dos diversos caractéres, el de ciudadano y el de sacerdote: como ciúdadano, mis opiniones son absolu-

tistas, y no porque en realidad valgan acaso mas que las contrarias, sino porque, en mis cortas luces, creo yo que ellas son las que mas directa y fácilmente conducen á lo que todos ansiamos, á la felicidad y á la grandeza de la patria. Si vivo equivocado, cúlpese á mi ignorancia; pero se cometeria una injusticia culpando á mis intenciones. Oigo decir á menudo, que el sacerdote no debe mezclarse en las cosas politicas, y, francamente, no comprendo este lenguaje: para que el sacerdote no se mezclase en las cosas politicas, seria preciso despojarlo de su razon, y convertirlo en idiota; de su libertad, y convertirlo en esclavo; del amor al pais bajo cuyo cielo ha nacido, cuyo aire respira, cuya lengua habla, cuya prosperidad le interesa, cuyas glorias respeta y admira, y convertirlo en un sér insensible, egoista y abyecto.

Pero como sacerdote, me debo completamente á Dios, y me agravia el que piense que he de hacer de la Religion un instrumento servil de las pasiones humanas. La Cruz es una oliva, no una espada, y al leño que fué trono del Redentor, no se sube con gorro frigio, ni con diadema real, entre músicas, flores y aplausos, sino con corona de espinas, con cetro de caña, y con púrpura desgarrada por los martirios de la vida. Cuando un católico se acerca de rodillas al

tribunal de la penitencia á declararme sus culpas, no le pregunto yo, ni me cuido de averiguarlo, y aun si lo sé lo olvido, sus opiniones políticas; bástame ver que aquel pecador arrepentido deja al pié del confesonario el manto de sus vicios, para vestirle la blanca túnica de la inocencia, sin la cual no seria digno de presentarse ante la inagotable misericordia de Dios. ¿Quién soy, yo, ciega criatura, para cerrar las puertas de la inmortalidad á la pobre alma contrita de un adversario político, que me llama desde el lecho del dolor, lleno de confianza en mis consuelos, y para desplegar ante sus ojos moribundos el espantoso cuadro de castigos tambien inmortales? ¿Quién soy yo para negar la sepultura á su cadáver, cuyos labios yertos parece que se entreabren para pedir un puñado de tierra que impida la profanacion de sus restos á las fieras y á las aves de rapiña? El pueblo judío, que crucificó al Gran Mártir, abandonó, sin embargo, su cuerpo divino á la piedad de José de Arimatea y de unas santas mujeres, en la cima del Calvario. ¡Oh amigos míos! La Religion es una cosa más alta que nuestras miserias, y tan espléndido su manto, que debajo de él puede cobijarse la humanidad entera. ¡No! ¡Estas manos, que en el sacrificio de la misa sostienen el cáliz, no lo ofrecerán lleno de hiel á la boca sedienta de un cristiano,

como hicieron los verdugos del Salvador, sino lleno del vino consagrado, que simboliza la sangre saludable y regeneradora del Cordero! ¡Estas manos, que parten la hostia, cuerpo figurado de Jesucristo, no privarán de este alimento de las almas ni á mi mayor enemigo, cuando se acerca lloroso á la sagrada mesa! Yo soy pastor de almas, no lobo disfrazado de pastor: cuando alguna oveja huye del aprisco y se descarría, la llamo con los silbos cariñosos de la clemencia, para que vuelva al buen camino, y no arrojé contra ella mi cólera para que despedace á la oveja. ¿Quién ha dicho, quién ha pensado que baje la Religion de las serenas regiones del cielo al tumultuoso palenque de nuestras discordias, personificada en una furia humana, con el puñal de las venganzas en una mano y la Cruz de la misericordia en la otra? ¡No, y mil veces no! Los que á eso llaman Religion, los desgraciados que eso hacen, no conocen que están arastrando nuevamente al Señor por la via dolorosa, y que crucifican su espíritu, puesto que crucifican su doctrina. ¿Quiere decir esto, que el ministro de Dios cierre los ojos, para no ver el espectáculo de las desolaciones, y los oídos para que no lleguen á él los ayes del dolor? Tampoco. Para esas campañas de la caridad, cuyo término suele ser el martirio, es para lo que el sacerdote debe reservar su valor, su

actividad, su abnegacion, su sangre, su vida. Cuando en 1848 monseñor d'Affre, arzobispo de París, se arrojó como un ángel de paz en medio de la furia y el fuego de los combatientes de las barricadas, una bala perdida fué á hundirse en su corazon magnánimo, arrebatando á la patria un gran ciudadano y al catolicismo un gran apóstol. Con él sí que pudo decirse que estaba la Religion; y á ser posible detener en el aire el plomo fatal, no hubiera habido en París brazo alguno que no se hubiera levantado para detenerlo. Este dia fué un dia de luto para Francia; esta muerte fué un triunfo para la Iglesia, que cuenta entre sus mas gloriosos héroes á los mártires.

Pido, pues, que nuestro digno amigo el señor marqués de la Cabeza, retire las palabras que han dado márgen á mi discurso, ó que, en caso contrario, se le dé un voto severo de censura.

LA ESPADA DE DAMOCLES.

No recuerdo quién dijo, pero alguien lo ha dicho, que la naturaleza es un libro abierto á todo el mundo, y que sus páginas están llenas de grande y sabrosa enseñanza; pero el mundo, sin duda considerándose ya bastante instruido, apenas se digna hojearlo, y en esto debemos mostrarnos agradecidos los que nos dedicamos al oficio menudo de escribir, puesto que sin aquel desdén por el libro de la naturaleza, es muy probable que no existieran muchas cosas buenas, como la libertad de imprenta (donde existe), y la curiosidad de leer obras impresas con letras de molde; y por ende, tampoco el consumo de semejantes artículos, que en el día son de primera necesidad para la inteligencia, como lo son para el cuerpo el pan y la carne.

El pájaro que canta, el pez que nada, la espina

que defiende á la rosa, la estrella que brilla en el firmamento, el trueno que estalla, el arroyo que murmura, con perdon de las mujeres; en una palabra, cuantos brutos se mueven en esta jaula, que no son pocos, cuantos vegetales brotan en este pícaro valle, enseñan más, porque tanto no sería mucho enseñar, que algunos graves doctores que se sientan en los bancos universitarios.

La zorra, sin hablar, es un soberbio catedrático de astucia y de diplomacia; el perro, callando, y muchas veces ladrando y mordiendo, esplica á menudo cursos enteros de lealtad; para lealtad los perros; no mentemos las abejas, porque entre ellas hay algunas que se designan con el significativo nombre de *maestras*, y son, efectivamente, modelo de industria; *et sic de ceteris* (el que no sepa latin que vaya á Salamanca).

En el reino mineral tropezamos con el hierro; del hierro se hace el acero, del acero las espadas, y las espadas son los mejores argumentos para corroborar el dicho de que la naturaleza es un libro abierto á todo el mundo, y para otras muchas cosas que no son para dichas. ¡Qué lecciones tan elocuentes no se desprenden de los referidos chismes, esceptuando, no obstante, el de Bernardo que, como es sabido, ni pincha, ni corta!

Pero hablemos únicamente, por hoy, de la célebre espada de Damocles.

Pues señor, es el caso, que en la corte de Dionisio, llamado *el Antiguo*, tirano de Siracusa (¿dónde no hay tiranos?), habia un tal Damocles, quien, fuese por adular al rey, segun uso y costumbre en las cortes, fuese porque lo sintiera como lo decia (cosa rara en la gente palaciega), le felicitó un dia, segun refiere la historia, por la envidiable dicha que al parecer disfrutaba, manifestando de paso que la mayor de todas era la de reinar. El señor Dionisio, que acaso tendria sus razones para creer lo contrario, convino aparentemente con Damocles en que, en efecto, no cabia ventura mas cumplida, añadiendo (¡vean Vds. si era zorro!) que le estimaba tanto, que queria hacerle una vez partícipe de ella.

Al efecto, mandó que se tributasen á Damocles los honores y respetos que á sí propio, y que se preparase un banquete espléndido, suntuoso, verdaderamente régio, en el que todos le obsequiasen y sirviesen á porfía, como al magistrado supremo de la nacion. Escusado es decir, que las órdenes del príncipe fueron puntual y exactamente ejecutadas; ¡ay, si no lo hubieran sido! porque el señor Dionisio tenia muy malas pulgas.

Pero hé aquí que, cuando más feliz se contempla-

ba Damocles, alza los ojos, y vé sobre su cabeza una cuchilla pendiente de una cerda de caballo sujeta al techo. Figúrense mis lectores el gesto que pondría el improvisado monarca: fáltale tiempo para abandonar la mesa; levántase azorado, suda, tiritita y corre, como perro que lleva una maza atada al rabo, en busca de Dionisio para contarle el percance, á lo cual dijo éste: «Hé ahí la imágen de la vida que tú llamas dichosa.»

Desde entonces, siempre que se cita la espada de Damocles, se cita como sinónima de amenaza, de apuro, de peligro, de riesgo inminente. ¡Consideren ustedes las aplicaciones á que se presta la tal metáfora, y las infinitas formas que tomará la tal espada!

Ejemplos.

Matalobos.—¿Es el Sr. de Medrano la persona á quien tengo el honor de hablar. (*Haciendo muchas cortesias y mucho arrastre de piés*).

Medrano.—Servidor de V. (*Tartamudeando*).

Matalobos (con voz meliflua).—Hágame V. el favor de pasar los ojos por esta letra. ¡Psit! ¡Una friolera!

Medrano (medio asfixiado y poniéndose verde).— ¡Ochenta mil reales! ¡Y es pagadera á la vista!

Matalobos.—¿Está V. malo? Yo soy homeópata, y....

Medrano.—No... no es nada... un mareo...

Matalobos.—No corre mucha prisa el cobro; volveré...

Medrano.—Sí, sí (*reanimándose*), volverá V...

Matalobos.—Dentro de media hora.

Medrano (aparte).—¡De media hora! Sí (*á Matalobos*), recibiré á V. de aquí á un rato.

Medrano es un comerciante en vísperas de no serlo, ó lo que es lo mismo, de dar un barquinazo, de presentarse en quiebra. No tiene ochenta mil reales, ¿qué digo? ni ochenta cuartos. Hé abí la espada de Damocles, en forma de letra pagadera á la vista.

Así que Matalobos se ausenta, Medrano se abalanza desesperado á un tapa-bocas de lana dulce, se lo lia alrededor del cuello, tira por las puntas con las dos manos, y se dispone, segun parece, á hacer una barbaridad, á extrangularse.

Ahora la escena pasa entre bastidores, en uno de los teatros de esta córte.

Cándido (autor de la comedia que se estrena).—¿Qué tal el público? ¿Ha recibido bien la escena en que el jefe de la tribu pone la albarda al pueblo indio, simbolizando en el salvaje vestido con piel de borrego?

El Galan (con despego).—Nos ha llamado indios.

Cándido.—¡Ya! ¡si Vds. han aflojado! Bien me

temia yo.... ¡Como la comedia es, además, de un género nuevo!

El Galan.—Señor D. Cándido, desengáñese V., su comedia aquí es ridícula, absurda; sólo alcanzaría éxito representada al aire libre, en medio de un cafetal, entre negros bozales.

Cándido.—¡Oh! perdone V.; en eso no estamos acordados...

El galan vuelve á las tablas. El autor se oculta detrás de un bastidor de cementerio, y aplica el oído.

El Galan (representando en la escena):

¡Sí, por vida del dios Baco!
Tú me vendes y sonrojas,
Cosechero monicaco;
¡Ojalá que no recojas
Ni una libra de tabaco!

Se oyen murmullos vergonzantes, muy mirados, eso sí, pero que sin embargo, son para el autor otras tantas espadas de Damocles, pendientes sobre su reputacion y sobre su bolsillo.

Cambia la decoracion.—Es una buhardilla habitada por un redoblante de murga, casado y con tres hijos, el mayor de los cuales se dedica al clarinete, el mediano á la corneta de llaves, y el más pequeño al pífano.—Gran silencio, mucha gazuza, *sindineri-*

tis crónica.—El casero da tres palmetazos en la puerta de la vivienda.

Prisca (corriendo de puntillas hácia su marido, despues de mirar por los cinco agujeros en figura de cruz, que sirven de ventanillo).—¡Geromo! ¡Geromo!... es el casero.

Geromo (á la prole).—Muchachos, á tocar el *Tri-pili*; pronto, coged los instrumentos. (*Los chicos le obedecen; el casero vuelve á llamar*). ¡Á la una... á las dos... á las tres!

Principia la orquesta: retiemblan los tabiques; bufan los gatos, saltando como demonios por aquellos tejados de Dios; aullan los perros de la vecindad; oyen los sordos y ensordecen los tísicos. El techo, las ventanas, la casa, todo parece que se viene abajo; el único que se viene encima es el casero, el abominable casero, que ya encolerizado se ha vuelto de espaldas á la puerta, y sacude contra ella furibundos taconazos.

Prisca.—¡Allá voy, allá voy! (*abre*).

Casero (*entrando*).—Dios guarde á Vds.

Prisca.—Muy buenos, señor de Prieto; siéntese usted.

(*Geromo saluda con la cabeza, y sigue redoblando*).

Casero.—Gracias; vengo de prisa: es dia de co-

branza, y quiero despachar hoy mismo, por no perder otra mañana.

Prisca.—¿Oyes, Geromo?

Geromo.—Callad, muchachos (*cesa la música*). El caso es (*al casero*), que en este momento no tengo maravedises para... Higinio (*al hijo mayor*); ¿pagó la boda el horchatero que sabes?

Higinio.—No, señor; he ido cuatro veces, y dicé que no hay mosca.

Prisca.—No he visto hombre más tramposo.

Geromo.—Bien, habladora; ¿eso qué le importa á este caballero? Señor de Prieto, esta noche damos ocho *felicitaciones*, que nos valdrán buenos cuartos. Precisamente ahora estamos ensayando el *Tripili*, el wals de *Las fraguas de Vulcano* y algunas otras piezas de mérito.

Casero.—Señor Geromo, ya vá de muchas, y esto tiene que concluir de una; me debe V. tres meses de inquilinato y no quiero que llegue el cuarto. Si pasado mañana no me paga V., le embargo hasta el último clavo y le pongo á la puerta de la calle.

La espada de Damocles, esto es, el embargo, pende ya sobre la familia del atribulado redoblante.

Junio.—Buen tiempo.—Los labradores están contentos, los campos vestidos de color de esperanza.—Aparece una nubecilla blanca, luego otra parda, otra

despues más oscura... ¡Cómo se forman las tempestades! ¡Si sucederá á los labradores lo que á la lechera de la fábula? Todo pudiera ser.—El cielo se nubla completamente; cierra la noche, que es como boca de lobo; los angelitos lloran; relampaguea, truena... ¡Si se perderá la cosecha? ¡Si no se perderá?—Flota la tempestad sobre la tierra... ¡Qué más espada de Damocles que ella?

¿Ocurre un cambio político? Cada empleado es un Damocles que, cuando más alegre disfruta lo que le ha cabido en el banquete del presupuesto, puede ver una cuchilla, bajo la inofensiva forma de un pedazo de papel, en el que se lea la palabra *cesante*, seguida de un *Dios guarde á V. muchos años* que, por cordial que sea, casi nunca se agradece.

¿Irá Carolina á la *soirée* (*en castellano moderno, para que se me entienda*) de la marquesita de los Alcaparrones? Licencia tiene; pero tiembla de que al llegar la hora de salir de casa, le suceda lo que otras veces; porque tambien tiene su espada de Damocles, la pícara gota de su papá, que á lo mejor echa por tierra sus ilusiones.

El sarampion, las viruelas, la escarlatina y otras enfermedades, son la espada de Damocles de los padres, durante la infancia de sus hijos.

La desaprobacion del público es la espada de los

Damocles que emborronamos cuartillas de papel. Si por este artículo la mereciese yo, con razon podria decir (parodiando las palabras de Dionisio el Antiguo) á los que envidian la gloria de los escritores, porque ignoran las amarguras que cuesta:—« Ved en mi mala ventura, hija de mi poco ingenio, la imágen de la gloria que tanto ambicionais vosotros. »

(Los POSTRES).—1857.

BANQUETE HUMORÍSTICO. (1)

La gacetilla de *La Nueva Era* se habia mostrado muchas veces hostil á D. Amadeo ; pero éste se cura muy poco de *cuchufletas*, segun llama á los alfilerazos de aquel periódico, atribuyéndolos á envidia, y diciendo que así se rebaja la dignidad de la prensa ; la cual, en su concepto, cumple perfectamente su mision civilizadora, siempre que elogia á él y á los suyos, y desuella á los adversarios.

Pero todo lo que de él ha dicho *La Nueva Era* en la seccion festiva de sus columnas, es miel sobre hojuelas, comparado con lo que hoy trae á propósito de la candidatura del ministerio en ciernes.

(1) Tomado de *El Mundo al revés*.

«Varios amigos de los hombres—dice—indicados en el lugar correspondiente de nuestro periódico para hacer nuestra felicidad, parece que tratan de celebrar un banquete *in honore tanti festi*.

»El encargado de la mesa es un célebre fondista, que ha dado palabra de *escederse á sí mismo*, ofreciendo á la voracidad de los señores aludidos, platos en armonía con los principios que llevará al poder el futuro gabinete, y con los fines que aguardan al país; de manera, que formen una especie de alegoría ó de poema gastronómico, del que no sabemos que hablen Aristóteles, Longinos, Schlegel, Richter, ni Martinez de la Rosa en sus tratados de estética, retórica y poética. ¿Quién se atreverá á negar ahora los adelantos del siglo?

»Para no ser difusos, nos contentaremos con citar los nombres de unos cuantos platos, reservándonos la enumeracion oportuna de los restantes, con las consideraciones filosóficas á que sin duda ha de prestarse un acontecimiento de esta naturaleza.

»SOPA Á LO JULIANO. Esta sopa desbanca y relega al olvido la que conocemos con el titulo de *sopa á la Juliana*. La *sopa á lo Juliano* es una sopa histórica, que recuerda al emperador aquel que, habiéndose propuesto esterminar á los cristianos, de cuya religion habia renegado, al levantar el brazo, en una

batalla, para animar á sus tropas, cayó mortalmente herido de una flecha; entonces, arrojando al cielo un puñado de la sangre que á borbotones manaba de su herida, exclamó lleno de rabia: *¡Venciste, Galileo!* El que no recuerde bien la historia, puede llamar á esta sopa: *sopa de apóstatas*.

»SOPA DE PLUMA. Si las plumas de esta sopa fuesen las de los redactores de *La Fama*, ó las que usa don Amadeo para escribir sus alegatos, sería la sopa mas insustancial del mundo. El nombre de sopa de pluma no quiere significar otra cosa que *sopa de aves*; pero el cocinero no ha querido privarse de la gloria que le corresponde por la nueva combinacion que ha hecho de los seres alados y demás elementos que entran en su sopa. Al primer golpe de vista, parece que implica contradiccion lo de sopa de pluma, con lo de estar desplumadas las aves que la componen; pero si bien se mira, esta y otras particularidades de nuestro idioma revelan precisamente su flexibilidad, su gracia y su riqueza. ¿No se llama pelon al que no tiene pelo, y rabon al que carece de rabo?... Esta sopa es simbólica, segun tenemos entendido; con pocos esfuerzos de imaginacion que se hagan, se comprenderá que representa al país desplumado; los despojos ó desperdicios, bien machacados en un mortero, por un sistema flamante, y bien deslei-

dos, le darán, indudablemente, un sabor delicioso.

»OLLA PODRIDA. No se asusten los que ignoren la significacion de este título, creyendo que el fondista se propone envenenar á alguien. El adjetivo *podrida* no quiere decir que se echen en la olla indicada conciencias que ya huelen, corazones con gusanos, lenguas cancerosas, almas que corrompen; la olla podrida es pura y simplemente el buen cocido ordinario, con el aditamento de gallina, jamon, mannos, piés, orejas, y aun rabos de cerdo, rellenos y despojos de aves. Al decir gallinas, no aludimos á los que cacarean fuerte cuando están en el poder, y se asustan del zumbido de un cínife cuando están caidos; así como al decir cerdos, tampoco nos referimos á ciertos individuos que se revuelcan y solazan en el cieno de sus miserias, imitando á aquel útil cuadrúpedo, en esta y otras inocentes costumbres, tan higiénicas para todo animal que quiera conservarse robusto. Esta olla tambien es simbólica; representa á las de Egipto, y recuerda las bodas de Camacho. Camacho es aquí la nacion. Como habrá en la olla varios piés, nadie podrá decir con razon que los señores del banquete se van á comer la nacion por un pié, sino por los dos, si es que el país no tiene mas.

»SALSAS. Hé aquí dos de las salsas que se servi-

rán : Salsa picante, compuesta de pimienta, guindilla, vinagre, tomillo y laurel. Aunque el apetito de los señores sea voraz, nada se pierde con aguzarlo. Nunca afeita mejor la navaja que cuando está recién vaciada. Sabemos que el laurel está arrancado del árbol de la patria; el tomillo es también de tierra de Castilla, regada con el sudor y la sangre de sus hijos; el vinagre procede de la viña llamada *del Señor*, en la que trabajan laboriosos agricultores, para que otros la vendimien. Por último, la guindilla y la pimienta se pone para que la sensibilidad de los caballeros de estómago moral perdido, se reanime y exalte debidamente.

» Salsa tártara. Esta se sirve por vía de refuerzo de la anterior, pues consta de cosas tan inocentes y atemperantes como ajos, mostaza, vinagre, pimienta y sal; de modo, que es una salsa con su sal y pimienta.

» Cordero de cortijo. Manjar agradable, de seguro. Hay hombres capaces de engullirse, no sólo á los corderos de cortijo, sino á los de las aldeas, villas y ciudades, con las ciudades, villas, aldeas, cortijos, pastores... y pastos.

»SESOS. Plato ordinario; pero admite disculpa la sana intencion del fondista, el cual cree que, dándoles sesos, les dará el seso de que carecen.

»BOFES. Tambien esto les falta; porque los unos ya han echado y los otros andan echando los bofes para conseguir sus deseos.

»ROPA VIEJA. La desechan como tres y dos son cinco; la razon es clara: ellos buscan ropa nueva.

»PEPITORIA DE PAVO. GANSO EN ADOBO. Dos platos que apenas tocarán; la modestia, aunque escesiva, de los comensales, no les veda reconocer que son suficientemente gansos y pavos ellos, sin necesidad de alimentarse de carnes que les inspiren pavadas y gansadas.

»TRUCHAS. Las aceptarán, con la idea de hacer alguna entruchada.

»LANGOSTA. Quizá no se les sirva este plato, á consecuencia de la juiciosa observacion del cocinero, que ha dicho al fondista: «Señor, podríamos suprimir este plato; ¿qué mas langosta que ellos?»

»RANAS. Con este ha hecho el fondista lo que el cocinero con el anterior; lo ha borrado de la *carta*, manifestando á su dependiente que los del banquete *no son ranas*, frase que, en nuestro idioma, quiere decir lo contrario.

»CALABACINES RELLENOS. Este sencillo producto ve-

getal no será rechazado, en razon á que los comen-
sales son unos solemnes calabazas, lo cual, si bien
se considera, no es lo mismo que ser calabacines.

.
. :
.

»VINOS. La satisfaccion embriaga; así, pues, no
se servirán vinos del país, porque como los vinos
del país están fabricados á lo tio Diego, producen
el efecto que deben producir: en lugar suyo, se pre-
sentarán esos célebres enjuagues que vienen de
Champagne, de Bordeaux y otros puntos del extran-
jero, los cuales, sobre la ventaja de no ser peleones,
ofrecen la de servir para lavarse la boca, aunque no
tan bien como con agua clara.»

¿QUIÉN ES TU ENEMIGO?

Tarabilla aplaude la indicacion de Cipriana.

Váse, pues, á la sale, y lee:



«Caballero:

»Me habia propuesto no hacer caso de las parlanchinerías de usted, porque donde no hay aquello que usted sabe, no hay que buscarlo; á tí te lo digo suegra, entiéndelo tú, mi nuera. Pero llegan tantos chismes á mis oidos, que no puedo *por menos* de coger la pluma y acusarle las cuarenta, aunque se queme usted más que un cabo de realistas.

»¿No me llamaba usted farolon, fachenda, botarate, tiquis-miquis y otra porcion de cosas, burlándo-

se de la pomada, el espejo dorado, las tenacillas, los polvos de arroz, la raíz de lirio de Florencia, los aceites. *ecétera?* ¿Pues á qué santo dice usted ahora á los choriceros y otros individuos de estos contornos, que la *Correspondencia* va á poner el dia menos pensado un artículo anunciando el establecimiento que piensa abrir en Baños, con todos aquellos enseres é *item* mas, para dejarnos patitiesos y turulatos? ¿Cómo le llamaremos á usted entonces? ¡Si la envidia fuera tiña, señor artista en cabellos, cuántos tiñosos habria!

»Tambien cuentan que le hace usted ascos al nombre de peluquero, pareciéndole preferible el de *artista en cabellos*. ¡Cómo subo, cómo subo, de pregonero á verdugo! ¿Y á mí, que?

»Bien considerado, todo esto prueba que sigue usted la corriente del siglo. Búrlese usted ahora, búrlese del *intruso*, porque sigue creyendo lo mismo que antes: sí, señor: *el mundo marcha, quien se quiera parar será aplastado, y el mundo continuará marchando*.

»Yo me alegro de que usted prospere: en cuanto á mí, le confieso que no tengo queja. Hago por dar gusto al pueblo, el pueblo me aprecia, yo correspondo, y vamos anduviendo, como dijo el otro.

»Añadiré, para su satisfaccion, que todas las he-

ridas que causó el serrucho de usted en estas inocentes barbas, se han cicatrizado;

»que, sin embargo de que *apuro* hasta dejar el cutis liso como la seda, no salta ningún cañon;

»que mi gato está bueno y rollizo, sin que haya podido relamerse una vez siquiera, como el de usted, con las piltrafas de las víctimas;

»que aquí no hay otro *Ecce homo* que el de la iglesia, ni corre por la cara y por el pescuezo de nadie otra sangre que la de las cisuras de las sanguijuelas, cuando el médico manda aplicarlas á las sienes ó detrás de las orejas;

»que si piensa volver á esta con su título de practicante, se arma un pronunciamiento;

»que hasta sus mismos parroquianos, le miran ya como un verdugo, y que uno de ellos, de lo principalito de Baños, cada vez que se acuerda de los tajos y reveses que usted le tiraba á diestro y siniestro, repite chungándose:

¡Antes morir que consentir tiranos!

»Por último, las mandíbulas siguen sin novedad en su importante salud, desde que el gatillo y la torpeza de usted no se dedican á arrancarlas de cuajo, echando la culpa de estos horrores unas veces á la inserción particular de las raíces de los dientes y las

muelas, y otras á lesiones que sólo existian en su cabeza de chorlito de usté.

«¡Invente usté, invente injurias y calumnias contra mí; pero no olvide que desprecio su fanfarria, que sus palabras por un oído me entran y por otro me salen, pues las oigo como quien oye llover, y mas vale así, porque si me sulfurase... ¡pobre *artista en cabellos!*

»Esto le dice

EL INTRUSO.»

—¡Esto le dice el intruso!—esclama Taravilla, pálido como la cera, estrujando la carta con sus manos.—¡Esto le dice el intruso! ¡Yo te diré á tí cuántas son cinco!

Vuelve, sin embargo, á la cocina, con aire risueño, y pide un vaso de agua á su prima.

—¿Qué tienes? le pregunta Cipriana.

—¿Qué he de tener?

—Eso tú lo sabrás, que te fuiste colorado como una rosa y vienes amarillo como el azafran.

—Me ha sentado mal el almuerzo; ya lo sabes.

—¿Pues qué has almorzado?

—Caracoles, que son comida indigesta.

—¡De veras! ¿Y la carta?

—Esto no es carta, ni quien tal pensó; es un pelucho con mas tonterías que palabras.

—¿Piensas contestar?

—No; lo tengo á menos; sería rebajarme; hay mucha distancia de él á mí. Yo no sé dar coces, y á un burro sólo se le puede contestar coceándole.

Cipriana le sirve un vaso de agua, y el barbero respira con mas desahogo.

En seguida, se despide de la prima, y se dirige á una tienda de objetos de escritorio.

—¿Hay papel fino con orlas iluminadas y canto dorado? pregunta (entrando en la primera que ve) al mancebo que está detrás del mostrador.

—Sí, señor.

El mancebo le presenta varias resmillas para que escoja, y él se decide por la más vistosa, esto es, por la que se le figura de mejor gusto.

Propónese deslumbrar con sus grandezas al intruso, y echa el resto, comprando, además, una cajita con polvos de color de rosa y limaduras de metal plateado, y otra de obleas de goma, en cuyo centro hay una flor diminuta.

La orla del papel consiste en una guirnalda verde, de cuyos tallos penden infinidad de corazones, contra los cuales el travieso Cupido dispara furibundas saetas.

La alegoría, como se ve, no puede ser más expresiva, ni más propia del caso.

Provisto de semejantes adminículos corre á la peluquería, revolviendo su magin en busca de ideas para rebatir victoriosamente las de su vengativo adversario.

—¡O somos, ó no somos!—piensa por el camino.
—¡Á papel de á ochavo, papel de á real! ¡Á obleas de harina, obleas de goma! ¡Á polvos de hierro, polvos de coral y de plata! ¡Al que no quiere caldo, taza y media!

Tú te lo quieres,
Fraile mosten,
Tú te lo quieres,
Tú te lo ten.

Luego que viene la noche, y en el silencio de su zaquizamí, da principio á su importantísima tarea.

La vanidad, la venganza, el amor propio ajado, la cólera y el desprecio, le inspiran y le dictan las frases que salen á borbotones de su pluma, y que borra y corrige mil veces, durante las seis horas mortales que, á costa del sueño, en la operacion emplea.

Finalmente, despues de bien pulido y afiligranado todo, copia la minuta en el papel comprado por la mañana, complaciéndose de antemano en las rabietas que de seguro va á causar al intruso la epís-

tola modelo, que, literalmente, á continuacion trasladado:

«Caballero:

»Quédese para los hipócritas eso de poner una cruz delante de sus picardías; yo sé por dónde va el agua del molino, y digo: «detrás de la cruz el diablo;» con que así, arre allá, á otro perro con el hueso, que acá no comulgamos con panes de cuatro libras. ¿Qué tal? ¿Me esplico?

»Parlanchinerías llama á las verdades del barquero, y cree que sus bocachonadas van á quemarme como á un cabo de realistas. ¡Anda, salero! ¡Y qué adelantados estamos de noticias!

»Hágame usted el favor de no hablar de política en sus cartas, para sonsacarme y comprometerme: más valia que se encerrase, como yo, dentro del terreno científico, limitándose á ejercer las funciones del cargo que me usurpó con escándalo de todas las personas honradas y amantes de la propiedad, tan combatida hoy por los enemigos declarados ú ocultos del orden.»

Para escribir los renglones que anteceden, Taravilla á apuntado las voces y conceptos de la *Correspondencia* que más al caso le parecen, y ahora siem-

bra con ellos su carta, colocándolos donde el capricho le dicta.

«No retiro ni una sola palabra de las que usted me atribuye: tan farolon, tan fachenda, tan botarate y tan tiquis-miquis es usted hoy como ayer; y si me burlé de su pomada, de su espejo dorado, de sus tenacillas, sus polvos de arroz, su lirio de Florencia y sus aceites, fué porque eran enseres de lance y géneros adulterados y fabricados por usted no procedentes de las perfumerías de Frera, Fortis y demás que han obtenido privilegios de invencion, si no me engaño, en las exposiciones extranjeras.

»¡Quisiera yo saber con qué diablos hace usted esos *mejunjes*, que dan náuseas! Malas lenguas dicen que su pomada es sebo, que su espejo dorado se lo compró á un tísico, que sus tenacillas pertenecieron á una tiñosa, que sus polvos de arroz y su lirio de Florencia son cal rebujada con harina de habas, y sus aceites rebañaduras de candil.»

Leyendo estos renglones, y asombrado de la energía que revelan, hace una breve pausa para exclamar:

—Cuando llegue aquí, de seguro le da un patatús.

Y luego continúa:

«El nombre de peluquero, muy respetable en tiempos de Maricastaña, ya no es moneda corriente. ¡Valor es menester para venirsenos con que es más elegante y más bonito que el de *artista en cabellos*, inventado en París de Francia! ¡Si querrá saber más un hominicaco lastimoso que las primeras notabilidades de Europa, esos hombres encanecidos y calvos á fuerza de hacer estudios profundos y de trascendencia! ¡Qué atrevimiento!

»Pero cuando mas enseña la punta de la oreja, es cuando dice que *el mundo marcha*. ¿Quién se lo ha contado á usted? El mundo se está quieto y muy quieto, cosa que saben hoy hasta los niños de teta. ¡Qué ignorancia! Es preciso no tener ojos en la cara, para no ver que el que marcha es el sol alrededor del mundo; mire usted el calendario, que allí está más claro que la luz del medio día; y si no ¿á qué viene aquello de que sale y se pone á las tantas horas y minutos de la mañana y de la tarde? Además, si el sol no marchara, siempre nos estaria alumbrando, y escusaba uno de gastar dinero en aceite.

»Si mi navaja era un serrucho, si yo mantenía á mi gato con las piltrafas de mis víctimas, si convertía los parroquianos en *Ecce homos*, ¿en qué consiste que en la córte, donde los cútis son delgados

como tela de cebolla y suaves como el raso, confiesan á una voz los marqueses y banqueros que afeitado y rizo, que tengo mano de manteca? ¿En qué consiste que me regalan brevas imperiales, y me llaman amigo, y ofrecen pagarme los gastos de re-válida?

»Usté no puede hablar de mandíbulas, porque no ha saludado ni por el forro la Anatomía. ¡Gracias si de oidas conoce á Martin Martinez!

»Cuando usté se pase los días y las noches, como yo, estudiando á fondo los dientes incisivos, caninos y molares, entonces, y sólo entonces, tendrá derecho á echar su cuarto á espadas.

»Adorne usté su tienda con estampas indecorosas, como aquella en que un mozo rubio besa la mano á una jóven, y la otra en que á una señorita se le ve hasta el tobillo al subir una escalera; yo adorno mi cuarto con huesos, calaveras, y grabados de angiología, neurología y esplanología; con frasquitos que contienen trozos de solitarias, cálculos vesicales y otros varios objetos, recreando mi vista y robusteciendo mis facultades intelectuales. Pero ¿á qué me canso? Todo esto debe ser *gringo* para usté.

»Concluamos.

»Dentro de dos años, ó menos, volveré yo á esa, con mi título; se lo advierto para que vaya usté pre-

parando la maleta; porque si para entonces no ha puesto piés en polvorosa, pasará un oficio al subdelegado de Medicina y Cirujía del partido, que le pondrá las peras á cuarto, como intruso y usurpador de lo ajeno.

»Esto le dice

EL ARTISTA EN CABELLOS.»

FIN.

INDICE.

	<u>Pags.</u>	
AL QUE LEYERE.	vii	
Profesion de fé.	1	
Los Prólogos.	9	
Yo estoy por lo positivo.	23	
Dos de Mayo de 1808.	39	X
Tomando el Sol.	67	X
Entierro de una niña.	83	
¡Chis! ¡Chas!.	99	
Yo en compra.	109	
Las lavanderas del Manzanares.	129	X
Miserias de la vida literaria y artística.	143	
Carta de un amigo vivo á un amigo muerto.	175	X
La criada novicia.	185	
La criada profesa.	197	
El dia primero de Noviembre.	211	X
El Rastro de Madrid.	225	
Noche-buena.	259	
La Misa del Gallo.	252	
Los versos de encargo.	261	
Idilio.	275	
El parto de mi vecino.	283	
Caridad evangélica.	299	
La espada de Damocles.	307	
Banquete humorístico.	317	
¿Quién es tu enemigo?.	323	X

INDICE

Page	
vii	AL QUELLE
1	Tratado de la
9	Las Ciencias
23	Yo estoy por lo contrario
29	Una de las cosas de Dios
31	Formas de la
33	Indice de los
35	El fin de la
37	Yo no puedo
39	Las ciencias de la
41	Indice de la obra de la
43	Una de las cosas de Dios
45	La ciencia de la
47	La ciencia de la
49	El fin de la
51	Yo no puedo
53	Las ciencias de la
55	Indice de la obra de la
57	Una de las cosas de Dios
59	La ciencia de la
61	La ciencia de la
63	El fin de la
65	Yo no puedo
67	Las ciencias de la
69	Indice de la obra de la
71	Una de las cosas de Dios
73	La ciencia de la
75	La ciencia de la
77	El fin de la
79	Yo no puedo
81	Las ciencias de la
83	Indice de la obra de la
85	Una de las cosas de Dios
87	La ciencia de la
89	La ciencia de la
91	El fin de la
93	Yo no puedo
95	Las ciencias de la
97	Indice de la obra de la
99	Una de las cosas de Dios
101	La ciencia de la
103	La ciencia de la
105	El fin de la
107	Yo no puedo
109	Las ciencias de la
111	Indice de la obra de la
113	Una de las cosas de Dios
115	La ciencia de la
117	La ciencia de la
119	El fin de la
121	Yo no puedo
123	Las ciencias de la
125	Indice de la obra de la
127	Una de las cosas de Dios
129	La ciencia de la
131	La ciencia de la
133	El fin de la
135	Yo no puedo
137	Las ciencias de la
139	Indice de la obra de la
141	Una de las cosas de Dios
143	La ciencia de la
145	La ciencia de la
147	El fin de la
149	Yo no puedo
151	Las ciencias de la
153	Indice de la obra de la
155	Una de las cosas de Dios
157	La ciencia de la
159	La ciencia de la
161	El fin de la
163	Yo no puedo
165	Las ciencias de la
167	Indice de la obra de la
169	Una de las cosas de Dios
171	La ciencia de la
173	La ciencia de la
175	El fin de la
177	Yo no puedo
179	Las ciencias de la
181	Indice de la obra de la
183	Una de las cosas de Dios
185	La ciencia de la
187	La ciencia de la
189	El fin de la
191	Yo no puedo
193	Las ciencias de la
195	Indice de la obra de la
197	Una de las cosas de Dios
199	La ciencia de la
201	La ciencia de la
203	El fin de la
205	Yo no puedo
207	Las ciencias de la
209	Indice de la obra de la
211	Una de las cosas de Dios
213	La ciencia de la
215	La ciencia de la
217	El fin de la
219	Yo no puedo
221	Las ciencias de la
223	Indice de la obra de la
225	Una de las cosas de Dios
227	La ciencia de la
229	La ciencia de la
231	El fin de la
233	Yo no puedo
235	Las ciencias de la
237	Indice de la obra de la
239	Una de las cosas de Dios
241	La ciencia de la
243	La ciencia de la
245	El fin de la
247	Yo no puedo
249	Las ciencias de la
251	Indice de la obra de la
253	Una de las cosas de Dios
255	La ciencia de la
257	La ciencia de la
259	El fin de la
261	Yo no puedo
263	Las ciencias de la
265	Indice de la obra de la
267	Una de las cosas de Dios
269	La ciencia de la
271	La ciencia de la
273	El fin de la
275	Yo no puedo
277	Las ciencias de la
279	Indice de la obra de la
281	Una de las cosas de Dios
283	La ciencia de la
285	La ciencia de la
287	El fin de la
289	Yo no puedo
291	Las ciencias de la
293	Indice de la obra de la
295	Una de las cosas de Dios
297	La ciencia de la
299	La ciencia de la
301	El fin de la
303	Yo no puedo
305	Las ciencias de la
307	Indice de la obra de la
309	Una de las cosas de Dios
311	La ciencia de la
313	La ciencia de la
315	El fin de la
317	Yo no puedo
319	Las ciencias de la
321	Indice de la obra de la
323	Una de las cosas de Dios
325	La ciencia de la
327	La ciencia de la
329	El fin de la
331	Yo no puedo
333	Las ciencias de la
335	Indice de la obra de la
337	Una de las cosas de Dios
339	La ciencia de la
341	La ciencia de la
343	El fin de la
345	Yo no puedo
347	Las ciencias de la
349	Indice de la obra de la
351	Una de las cosas de Dios
353	La ciencia de la
355	La ciencia de la
357	El fin de la
359	Yo no puedo
361	Las ciencias de la
363	Indice de la obra de la
365	Una de las cosas de Dios
367	La ciencia de la
369	La ciencia de la
371	El fin de la
373	Yo no puedo
375	Las ciencias de la
377	Indice de la obra de la
379	Una de las cosas de Dios
381	La ciencia de la
383	La ciencia de la
385	El fin de la
387	Yo no puedo
389	Las ciencias de la
391	Indice de la obra de la
393	Una de las cosas de Dios
395	La ciencia de la
397	La ciencia de la
399	El fin de la
401	Yo no puedo
403	Las ciencias de la
405	Indice de la obra de la
407	Una de las cosas de Dios
409	La ciencia de la
411	La ciencia de la
413	El fin de la
415	Yo no puedo
417	Las ciencias de la
419	Indice de la obra de la
421	Una de las cosas de Dios
423	La ciencia de la
425	La ciencia de la
427	El fin de la
429	Yo no puedo
431	Las ciencias de la
433	Indice de la obra de la
435	Una de las cosas de Dios
437	La ciencia de la
439	La ciencia de la
441	El fin de la
443	Yo no puedo
445	Las ciencias de la
447	Indice de la obra de la
449	Una de las cosas de Dios
451	La ciencia de la
453	La ciencia de la
455	El fin de la
457	Yo no puedo
459	Las ciencias de la
461	Indice de la obra de la
463	Una de las cosas de Dios
465	La ciencia de la
467	La ciencia de la
469	El fin de la
471	Yo no puedo
473	Las ciencias de la
475	Indice de la obra de la
477	Una de las cosas de Dios
479	La ciencia de la
481	La ciencia de la
483	El fin de la
485	Yo no puedo
487	Las ciencias de la
489	Indice de la obra de la
491	Una de las cosas de Dios
493	La ciencia de la
495	La ciencia de la
497	El fin de la
499	Yo no puedo
501	Las ciencias de la
503	Indice de la obra de la
505	Una de las cosas de Dios
507	La ciencia de la
509	La ciencia de la
511	El fin de la
513	Yo no puedo
515	Las ciencias de la
517	Indice de la obra de la
519	Una de las cosas de Dios
521	La ciencia de la
523	La ciencia de la
525	El fin de la
527	Yo no puedo
529	Las ciencias de la
531	Indice de la obra de la
533	Una de las cosas de Dios
535	La ciencia de la
537	La ciencia de la
539	El fin de la
541	Yo no puedo
543	Las ciencias de la
545	Indice de la obra de la
547	Una de las cosas de Dios
549	La ciencia de la
551	La ciencia de la
553	El fin de la
555	Yo no puedo
557	Las ciencias de la
559	Indice de la obra de la
561	Una de las cosas de Dios
563	La ciencia de la
565	La ciencia de la
567	El fin de la
569	Yo no puedo
571	Las ciencias de la
573	Indice de la obra de la
575	Una de las cosas de Dios
577	La ciencia de la
579	La ciencia de la
581	El fin de la
583	Yo no puedo
585	Las ciencias de la
587	Indice de la obra de la
589	Una de las cosas de Dios
591	La ciencia de la
593	La ciencia de la
595	El fin de la
597	Yo no puedo
599	Las ciencias de la
601	Indice de la obra de la
603	Una de las cosas de Dios
605	La ciencia de la
607	La ciencia de la
609	El fin de la
611	Yo no puedo
613	Las ciencias de la
615	Indice de la obra de la
617	Una de las cosas de Dios
619	La ciencia de la
621	La ciencia de la
623	El fin de la
625	Yo no puedo
627	Las ciencias de la
629	Indice de la obra de la
631	Una de las cosas de Dios
633	La ciencia de la
635	La ciencia de la
637	El fin de la
639	Yo no puedo
641	Las ciencias de la
643	Indice de la obra de la
645	Una de las cosas de Dios
647	La ciencia de la
649	La ciencia de la
651	El fin de la
653	Yo no puedo
655	Las ciencias de la
657	Indice de la obra de la
659	Una de las cosas de Dios
661	La ciencia de la
663	La ciencia de la
665	El fin de la
667	Yo no puedo
669	Las ciencias de la
671	Indice de la obra de la
673	Una de las cosas de Dios
675	La ciencia de la
677	La ciencia de la
679	El fin de la
681	Yo no puedo
683	Las ciencias de la
685	Indice de la obra de la
687	Una de las cosas de Dios
689	La ciencia de la
691	La ciencia de la
693	El fin de la
695	Yo no puedo
697	Las ciencias de la
699	Indice de la obra de la
701	Una de las cosas de Dios
703	La ciencia de la
705	La ciencia de la
707	El fin de la
709	Yo no puedo
711	Las ciencias de la
713	Indice de la obra de la
715	Una de las cosas de Dios
717	La ciencia de la
719	La ciencia de la
721	El fin de la
723	Yo no puedo
725	Las ciencias de la
727	Indice de la obra de la
729	Una de las cosas de Dios
731	La ciencia de la
733	La ciencia de la
735	El fin de la
737	Yo no puedo
739	Las ciencias de la
741	Indice de la obra de la
743	Una de las cosas de Dios
745	La ciencia de la
747	La ciencia de la
749	El fin de la
751	Yo no puedo
753	Las ciencias de la
755	Indice de la obra de la
757	Una de las cosas de Dios
759	La ciencia de la
761	La ciencia de la
763	El fin de la
765	Yo no puedo
767	Las ciencias de la
769	Indice de la obra de la
771	Una de las cosas de Dios
773	La ciencia de la
775	La ciencia de la

ERRATAS IMPORTANTES.

<u>Páginas.</u>	<u>Lineas.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
14	20 y 21	Horacio lo ha dicho: <i>Nihil novo sub sole.</i>	Salomon lo ha dicho: <i>Nihil sub sole novum.</i>
85	17	á sus miembros, delicados.	á sus miembros delicados,
249	9	lugares.	lugares.

ERRATA IMPRINTES

Page	Line	For	By
10	10	Balance to be paid	20 y 21
		with interest	Balance to be paid
11	17	to the interest of	with interest
		of	of
12	2	of	of

CONTENIDO

1. Introducción 1

2. El mundo de la cultura 2

3. El mundo de la ciencia 3

4. El mundo de la filosofía 4

5. El mundo de la literatura 5

6. El mundo de la historia 6

7. El mundo de la geografía 7

8. El mundo de la biología 8

9. El mundo de la física 9

10. El mundo de la química 10

11. El mundo de la medicina 11

12. El mundo de la psicología 12

13. El mundo de la sociología 13

14. El mundo de la economía 14

15. El mundo de la política 15

16. El mundo de la religión 16

17. El mundo de la ética 17

18. El mundo de la estética 18

19. El mundo de la pedagogía 19

20. El mundo de la lingüística 20

INDICE DE AUTORES

1. Introducción 1

2. El mundo de la cultura 2

3. El mundo de la ciencia 3

4. El mundo de la filosofía 4

5. El mundo de la literatura 5

6. El mundo de la historia 6

7. El mundo de la geografía 7

8. El mundo de la biología 8

9. El mundo de la física 9

10. El mundo de la química 10

11. El mundo de la medicina 11

12. El mundo de la psicología 12

13. El mundo de la sociología 13

14. El mundo de la economía 14

15. El mundo de la política 15

16. El mundo de la religión 16

17. El mundo de la ética 17

18. El mundo de la estética 18

19. El mundo de la pedagogía 19

20. El mundo de la lingüística 20



OBRAS DEL AUTOR.

	<u>Reales.</u>
ELEGÍAS, un volúmen, edicion elegante, con un precioso retrato.	8
ARMONÍAS Y CANTARES, un volúmen, edicion de todo lujo.	8
INSPIRACIONES, poesías escogidas entre las <i>Baladas</i> y <i>Ecos nacionales</i> , <i>Armonías</i> y <i>Odas</i> , <i>Elegías</i> y <i>Cantares</i> , <i>Idilios humorísticos</i> y <i>Sátiras</i> , con el retrato del autor, grabado en acero por uno de nuestros más distinguidos artistas. .	10
PROVERBIOS EJEMPLARES, cuadros y novelas de costumbres, 1. ^a y 2. ^a séries, dos volúmenes. . .	20
EL MUNDO AL REVÉS, novela de costumbres, ilustrada con profusion de grabados, dos grandes volúmenes.	36

DISPUESTAS PARA PUBLICARSE.

PROVERBIOS EJEMPLARES, 3.^a série.

ELEGÍAS, 2.^a edicion.

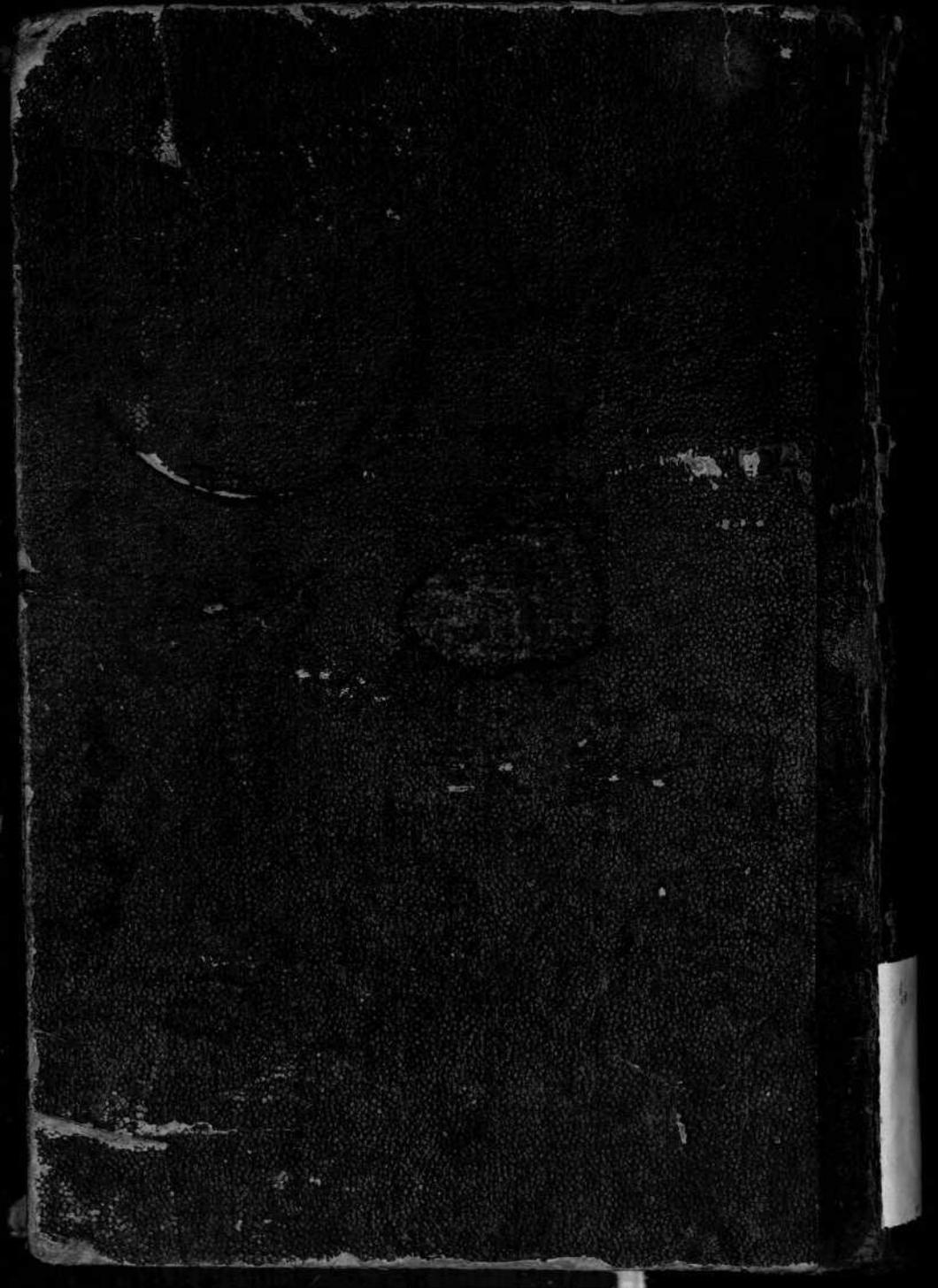
LA ARCADIA MODERNA, poesías humorísticas.

100. General provisions relating to the...
 101. ...
 102. ...
 103. ...
 104. ...
 105. ...
 106. ...
 107. ...
 108. ...
 109. ...
 110. ...

APPENDIX

111. ...
 112. ...
 113. ...
 114. ...
 115. ...





G 255722